

CUADERNOS COLOMBIANOS

la violencia y sus efectos
en el sistema político
colombiano

GONZALO SANCHEZ G.
el mito de los impulsos
filicidas

J. F. PEREIRA LUX
la agresividad

Ma. DEL SOCORRO CASTRO
el desarrollo de la economía
cafetera hasta la
década de 1920

ABSALON MACHADO C.

CUADERNOS COLOMBIANOS

9

AÑO III, PRIMER TRIMESTRE DE 1976

Director: Mario Arrubla
Redactor: Jesús Antonio Bejarano
Editor: Moisés Melo
Diagramador: Alberto Sierra

INDICE

GONZALO SANCHEZ G. La violencia y sus efectos en el sistema político colombiano	1
JOSE FEDERICO PEREIRA LUX. El mito de los impulsos filicidas	45
Ma. DEL SOCORRO CASTRO. La agresividad	65
ABSALON MACHADO C. El desarrollo de la economía cafetera hasta la década de 1920	95
Lecturas	135

★ ★

REDACCION: Apartado Aéreo 9026 - Bogotá D. E.

ADMINISTRACION Y VENTAS: Calle 54 (Caracas) No. 46-14
Apartado Aéreo 51968 Medellín

IMPRESION: Lealon, Medellín

Licencia Mingobierno, Res. 0897 de agosto/73.

Tarifa para libros y revistas No. 451 Administración Postal Nacional

Prohibida la reproducción total o parcial, sin previa autorización expresa de la revista.

CUADERNOS COLOMBIANOS

GONZALO SANCHEZ G.
la violencia y sus efectos
en el sistema político
colombiano

INTRODUCCION

El propósito de este ensayo es evaluar, con referencia a la experiencia colombiana, las modificaciones producidas por el fenómeno conocido como "la Violencia", en la política de los dos partidos políticos dominantes (liberales y conservadores), en conexión con los desarrollos dentro del movimiento campesino y las mutaciones del papel del ejército en la estructura del poder.

La importancia del análisis del caso colombiano se debe al hecho de que, por lo menos en dos aspectos, es ilustrativo de un fenómeno más general. En efecto, una de las más notables características de la estructura socio-política de Latinoamérica es la de que, a pesar de ser, hasta muy recientemente, un continente predominantemente rural, la estructura de poder y el liderazgo político han mantenido un asentamiento urbano: fenómeno al cual se alude usualmente bajo las denominaciones de gamonalismo, caciquismo o clientelismo. Sin embargo, el efecto dominante de las grandes movilizaciones campesinas (y desde luego de la Violencia) ha sido reducir considerablemente los términos de esa forma de dominación, produciendo una cierta transferencia de poder de la ciudad al campo. La fuerza ilustrativa de la Violencia colombiana deriva del hecho de que en Colombia la penetración del bipartidismo, que estableció profundas raíces entre los campesinos, acentuó más que en cualquiera otra parte el tipo de dominación de bases urbanas. En tales circunstancias, Colombia constituye un caso límite de esa clase de situación en ambos aspectos: la forma de control, y sus modificaciones por una movilización campesina.

Por otra parte, es particularmente interesante observar cómo, debido al proceso mismo de la violencia, tuvo lugar una gradual y compleja transformación de los dos partidos con relación a las posiciones y actitudes del uno con respecto al otro, y con relación a los principales componentes del sistema político colombiano. De hecho, el análisis de este período plantea un problema original porque la violencia, que comenzó como una guerra civil entre los dos partidos, terminó, paradójicamente, con una coalición entre ellos (Frente Nacional); la rivalidad fue sustituida por la cooperación pacífica, y la lucha por el monopolio del aparato burocrático fue reemplazada por la repartición institucionalizada del poder.

Debe señalarse de una vez que la durabilidad del sistema bipartidista, por más de una centuria, es una de las más destacadas características individualizadoras del sistema político de este país en el contexto latinoamericano. Este hecho por sí mismo justifica el estudio de cómo fue generado este cambio de actitud que llevó a la constitución de un "Frente Nacional" entre dos rivales seculares.

PARTE I

I. ANTECEDENTES

Para entender las transformaciones producidas en el sistema político colombiano durante la Violencia, es preciso tomar como punto de partida del análisis los hechos más relevantes acaecidos de 1934 en adelante. Y ello porque los orígenes de la Violencia sólo pueden ser entendidos como el resultado de un doble movimiento: de un lado, el fracaso del intento reformista, frente a las tareas políticas que se había asignado, de uno de los sectores más radicales del partido liberal ("La Revolución en Marcha") bajo la conducción de Alfonso López; y por otro lado, la sangrienta ofensiva conservadora que se había dado como consignas "la reconquista" y la "revolución del orden".

1) *Fracaso del reformismo lopista*

a) *Rural*: La "Ley de Tierras" (200 de 1936), eje de la política agraria de la "Revolución en marcha", emergió como respuesta a la creciente presión campesina, alrededor de los años treinta, que López se aprestó a canalizar con el objeto de ampliar las bases sociales de soporte a su tarea de modernización del Estado.

Aunque en términos de tenencia, la ley dejó virtualmente intacta la estructura agraria, tuvo, sin embargo, el efecto de alertar y unificar a los terratenientes, una de cuyas reacciones preventivas fue el lanzamiento de muchos colonos, aparceros y arrendatarios, y su subsecuente proletarización.

En términos políticos, sin embargo, la ley logró aliviar, por lo menos temporalmente, las tensiones de las luchas agrarias, y ello de dos maneras:

1) Solucionando efectivamente algunas situaciones de hecho creadas por colonos y arrendatarios, y

2) Después de la primera administración de López, manteniendo la ilusión de la futura efectividad de la ley, con un posible retorno de López al poder después de la "pausa"; esta es la denominación, por sí misma reveladora, bajo la cual es conocida la Administración de Santos (1938-1942).

La idea cuidadosamente inculcada fue la de que los enemigos de López habían obstaculizado la implementación de la ley, pero que ésta contenía en sí misma las potencialidades para dar respuesta a las demandas del campesinado. La ley 100 de 1944 (un compromiso con los terratenientes), bajo la segunda administración de López, puso fin a tales ilusiones.

Como Antonio García lo ha señalado, en la práctica el mayor efecto de la ley fue "acelerar la incorporación de la tierra en el sistema capitalista de mercado" ⁽¹⁾.

b) *Urbano*: El movimiento obrero, es cierto, había logrado considerables conquistas durante la primera administración de López (1934-38), tanto en términos de organización sindical como de reivindicaciones sociales.

Pero, después de la "pausa", algunos sectores liberales —con beligerante apoyo conservador— consideraron que las reformas habían ido suficientemente lejos y que, por consiguiente, era necesario frenar el impulso de ese sector popular que se había tornado peligrosamente combativo. López no estaba dispuesto a enfrentar el reto de la situación. Su renuncia, antes de la terminación de su segundo período, marcó los límites de su intento reformista.

El limitado desarrollo de la industria colombiana ⁽²⁾, debido principalmente a la tardía incorporación del país al mercado mundial de una manera estable, hizo que López no pudiera encontrar una clase industrial suficientemente fuerte que soportara su programa antioligárquico. Bajo tales condiciones objetivas, las opciones políticas de la burguesía para impulsar su propio desarrollo eran muy reducidas. Estas eran básicamente dos: 1) Una confrontación radical con los intereses terratenientes en la cual el campesinado y la clase obrera jugaran un papel decisivo como aliados; opción en la cual, dada la debilidad de la burguesía industrial, ésta corría el riesgo de perder el con-

trol del proceso y ser desbordada por sus aliados; 2) Una situación de compromiso con los intereses terratenientes, que implicaba el abandono del programa inicial del partido liberal.

Estas opciones no sólo enfrentaron a los liberales contra los conservadores sino que produjeron, además, una división al interior del partido liberal en el poder. López, que había percibido los peligros de la primera opción, adhirió finalmente a la segunda. Entre tanto, el gaitanismo recogía las banderas que el lopismo dejaba a mitad de camino.

La revista *Semana* caracterizó esta tendencia al compromiso y a la concesión en la política de López durante su inestable retorno al poder (1942-45), en estos términos: "Los Ministros del segundo gobierno de López no se convirtieron en millonarios, pero con frecuencia los millonarios se convirtieron en Ministros". Algunos años más tarde López habría de reconocer que "si la obra quedó trunca, el edificio inconcluso y frustradas muchas esperanzas, la culpa fue de quienes no seguimos avanzando y no de las masas, que instintivamente nos reclamaban nuevas reformas" ⁽³⁾.

El tono de lo que seguiría después de la renuncia de López lo dio Lleras Camargo (quien debía terminar el período de López) con la práctica destrucción, en pocos días, del sindicato más combativo del país: FEDENAL.

No era, sin embargo, el fin de la lucha. El proletariado urbano asumió entonces, por su cuenta y riesgo, la defensa de sus intereses: Bogotá, Cali y Medellín, los tres grandes centros urbanos del país, fueron el escenario de la resistencia en el tenso período de finales de 1946 hasta comienzos de 1948. Entre mayo de 1947 y noviembre de 1949, fueron declaradas cuatro huelgas generales con objetivos netamente políticos ⁽⁴⁾; sus logros fueron muy limitados, pero el hecho mismo de su declaración indica la naturaleza del clima político del período.

En esta polarización, escribe Fals Borda, diversos elementos estaban en juego: "el disfrute del poder y el uso de las finanzas públicas, el uso y el control de la tierra, la defensa de caudillismos políticos locales y regionales y su

1. Antonio García, *Gaitán y el Camino de la Revolución Colombiana*, Ediciones Camilo, Bogotá, 1974; 2ª ed. p. 229.

2. Según Furtado, el coeficiente de industrialización de Colombia en 1947 era todavía inferior al coeficiente registrado por otros países latinoamericanos (Argentina, México y Brasil) en 1929. Ver, Celso Furtado, *Economic Development of Latin America*, Cambridge University Press, 1970; p. 86.

3. Véase *El Tiempo*, Noviembre 21, 1959.

4. Miguel Urrutia, *Historia del Sindicalismo en Colombia*, Edit. U. de los Andes, La Carreta, 2ª Ed., Medellín, 1976; p. 213.

organización, la supremacía tradicional de la Iglesia, en una palabra, la sobrevivencia de intereses creados con profundas raíces en el 'orden sagrado' " (5).

2) El ascenso del gaitanismo y la contra-ofensiva conservadora

El movimiento gaitanista se alimentó inicialmente del fracaso de la "Revolución en marcha" (6). Los resultados electorales de 1946 muestran las dimensiones de su ascenso:

$$\text{Total de votos liberales: } 800.156 = \begin{cases} \text{Gabriel Turbay:} & 441.199 \\ \text{J. E. Gaitán:} & 358.957 \end{cases}$$

Total de votos conservadores (por Ospina Pérez):
565.939 (7).

PORCENTAJE DE VOTOS EN FAVOR DE GAITAN EN ZONAS URBANAS Y RURALES

Ciudad y Departamento	Urbano %	Rural %
Medellín (Antioquia)	4.9	3.9
Barranquilla (Atlántico)	71.5	52.8
Cartagena (Bolívar)	65.8	50.4
Armenia (Caldas)	23.8	9.3
Manizales (Caldas)	11.8	9.3
Pereira (Caldas)	23.4	9.3
Bogotá (Cundinamarca)	57.6	33.8
Santa Marta (Magdalena)	57.5	33.5
Ibagué (Tolima)	42.5	29.4
Cali (Valle)	37.9	36.6 (8)

5. Fals Borda, "Violence and the Break-up of Tradition in Colombia", en *Obstacles to Change in Latin America*; Editor Claudio Véliz, Oxford University Press, 1970; p. 197.

6. Tal vez demasiado generosamente definida como una tentativa de revolución burguesa en Colombia. Véase Francisco Posada, *Colombia: Violencia y subdesarrollo*, Edit. Universidad Nacional, 1969.

7. *Colombia Política 1935-1970*, DANE, p. 154.

8. Según cálculos de R. S. Weinert, citado por Joan E. Garcés, en *Re-*

Vale la pena hacer tres anotaciones a este respecto:

a) El voto por Gaitán fue predominantemente urbano;

b) El partido liberal, numéricamente mayoritarios pero dividido con dos candidatos (Gaitán y Turbay), perdió las elecciones frente al partido conservador unificado en torno a Ospina.

c) El Partido Comunista que, en desarrollo de las tácticas del Frente Popular, había perdido prácticamente su independencia política y se había convertido en "apéndice del lopismo", movilizó sus fuerzas en apoyo de Turbay, el candidato de López contra Gaitán. La razón de su desconfianza y sospechas sobre Gaitán se debía, según ellos, a que éste estaba rodeado "por los sectores populares más atrasados políticamente", error que sólo corrigieron cuando los resultados electorales mostraron su falsa apreciación y subestimación de la fuerza del gaitanismo.

La adhesión incondicional del Partido Comunista al lopismo le permitió al partido liberal presentarse como el heredero de las luchas libradas antes independientemente a nombre del Comunismo y el Socialismo Revolucionario durante el decenio 1920-30. A causa de ello el único camino a seguir por los sectores más radicales en la década de 1940-50 fue el escogido por Gaitán: "la subversión interna del partido liberal" (expresión de Gilhodés).

El ascenso de Ospina al poder marcó el comienzo de un período de intensa represión, encaminado a atajar el avance del gaitanismo, pero que producía efectos contrarios a los esperados: 1) el fortalecimiento de la oposición en torno a Gaitán, quien se convierte en jefe indiscutido del partido liberal, y 2) una aguda polarización en el sistema de alianzas de clases. Formalmente, dentro del partido liberal, Gaitán trató de plantear el juego político por fuera del marco tradicional bipartidista, inculcando la identificación de las clases explotadas como "pueblo", frente a un común opresor, la "oligarquía" (liberal y conservadora).

Es cierto, como anota Gilhodés (9), que bajo el aparen-

vista Latinoamericana de Sociología, Vol. VI, Marzo 1970, N° 1; "La continuidad del sistema a través del cambio: el sistema bipartidista de Colombia", p. 39.

9. P. Gilhodés, "Colombia", en *Guide to the political parties of South America*, The Pelican Latin American Library, Edit. Richard Gott, 1973; p. 283.

temente simple esquema de oposición liberal-conservador había habido siempre, en el espectro político colombiano, dentro del partido liberal, un sector que había operado como canalizador de los radicales. Pero esta vez, a los ojos del conjunto de las clases dominantes, Gaitán había dejado de representar un simple canalizador y se había convertido en una amenaza cierta para la estructura social existente. De hecho, desde 1947, Gaitán aparecía como el candidato invencible para las elecciones de 1950. La represión fue entonces para los conservadores en el gobierno el único mecanismo para mantener lo que virtualmente no podía ser mantenido por medios electorales. El movimiento fue decapitado con el asesinato de Gaitán y luego aniquilado a través del sanguinario proceso que se llamó "la Violencia" (10).

El asesinato de Gaitán fue seguido por la tal vez más grande insurrección urbana hasta esa fecha en Latinoamérica —"el Bogotazo"—, en realidad un levantamiento no sólo de la capital sino de muchas otras ciudades. Y este es, desde luego, un hecho muy notable, si se tiene en cuenta la estructura predominantemente agraria del país en el período en consideración. Las masas populares, que encontraron adeptos incluso en las filas de la policía, atacaron todo lo que consideraban un símbolo de opresión: el palacio presidencial, las iglesias, las cárceles y los periódicos. "Juntas revolucionarias", en diversas partes del país, hicieron saber que se preparaban para la toma del poder: este fue el caso, por ejemplo, en Cali, Barranquilla, Cartagena, Ibagué, Barrancabermeja, Puerto Tejada, etc. Los rebeldes, además, encontraron la encarnación inmediata de sus objetivos anti-imperialistas en la persona del Secretario de Estado norteamericano, George C. Marshall, quien asistía a la IX Conferencia Panamericana que por esos días se reunía en Bogotá.

Un observador norteamericano comentaría un año más tarde (enero 1949): "Ningún evento desde la Segunda Guerra Mundial ha revelado tan violentamente el potencial revolucionario que existe entre nuestros vecinos del sur como la abortada revolución del pasado 9 de abril en Colombia" (11).

10. Se detuvo así brutalmente un proceso que, según Hobsbawm, debía haber culminado con un desenlace potencialmente similar al que se produjo con la Revolución Cubana. Ver, E. Hobsbawm, "The Revolutionary situation in Colombia", en *The World Today*, 19 Junio/63; p. 248.

11. Citado en Vernon Lee Fluharty, *Dance of The Millions*, University of Pittsburg Press, 1957; p. 143.

Cabe destacar dos hechos de especial relevancia en el curso de los mencionados acontecimientos:

1) El carácter fundamentalmente urbano de la insurrección posterior al asesinato de Gaitán, y.

2) La reacción relativamente tardía en el sector rural que estuvo, en gran medida, desconectado de la original insurrección urbana.

Entre los factores que contribuyeron decisivamente a la efectividad de la represión contra la movilización airada de las fuerzas populares, sobresalen: primero, la ausencia de una base organizativa que le imprimiera dirección a la rebelión. Esta aparece como la más protuberante limitación del gaitanismo —que no puede, sin embargo, sobreestimarse si se tiene en cuenta que el movimiento apenas estaba en su etapa formativa— (12). Segundo, la incertidumbre creada por la Dirección Oficial del liberalismo cuya posterior participación en el Gobierno de "Unión Nacional" produjo, contradictoria pero funcionalmente, los siguientes efectos: a) Por una parte aparecía —y así se mostraba a las masas— como una ganancia burocrática que, si no venía la muerte del líder, constituiría por lo menos un primer paso en el proceso de recuperación, por la vía legal, del aparato gubernamental. Por este aspecto, las consignas democráticas que controlaba Gaitán eran absorbidas por viejos líderes del partido liberal que en todo podían pensar menos en la promoción de alzamientos revolucionarios. Su táctica en los meses siguientes fue obtener garantías para las elecciones parlamentarias y municipales de 1949 y para el período presidencial que se iniciaba en 1950.

b) Por otra parte, para muchos otros sectores populares, la participación en tal "Unión Nacional" no era sino la manera como se legitimaba —para ponerlo en términos gaitanistas— la represión ejercida por la oligarquía conservadora y la oligarquía liberal contra el pueblo (13). La atribución, por parte del gobierno de Ospina, de la responsa-

12. El escritor socialista, Antonio García, quien era gaitanista, la describió así: "En el Movimiento de Restauración, Gaitán era *todo el poder*: en este hecho radicaba su debilidad y su fuerza, su ímpetu y su inconstancia". Op. cit. p. 49.

13. Otra vez en 1948, ante la revuelta popular, como en 1854 contra los artesanos, la alianza de los dos partidos ponía en evidencia su solidaridad de clase.

bilidad del levantamiento insurreccional a un "complot internacional" facilitó las operaciones colaboracionistas de las directivas liberales.

A la relativa quietud en el campo, y su aislamiento en este primer momento, quizás se puedan aducir como elementos explicativos:

1) El hecho de que la actitud de espera creada por la ley 200/1936, la "Ley de Tierras" ⁽¹⁴⁾, había estado ligada a un manifiesto mejoramiento de la situación económica en los años inmediatos de la postguerra, que se expresó por un aumento de los precios agrícolas, particularmente del café, y, parece ser, por un mejoramiento consiguiente de los salarios rurales.

COMPARACION DEL COSTO DE VIDA URBANO Y DE LOS INDICES DE PRECIOS AGRICOLAS (1945 = 100)

Año	Costo de vida obrero en Bogotá	Precio del café para el productor
1945	100.0	100.0
1946	109.2	138.5
1947	129.2	178.0
1948	150.4	198.7

Fuente: Pierre Gilhodés, *Las Luchas Agrarias en Colombia*, Ed. Tigre de Papel; p. 51.

2) Gaitán, que había hecho sus primeras armas en el campo en sus tiempos del UNIR, había dedicado los años

14. Esta establecía un plazo de 10 años para que una de sus principales cláusulas entrara en ejecución. La cláusula estipulaba que, con ciertas excepciones, las tierras que permanecieran sin cultivar por un lapso de 10 años consecutivos, revertirían al dominio público. En tales condiciones, todas las tierras de propiedad privada debían en 1946 o estar cultivadas o ser expropiadas y redistribuidas entre sus ocupantes. (Véase, Robert Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, Yale University Press; 1967; p. 88).

Esta cláusula que, como sabemos, no tuvo aplicación, muestra, de paso, que el principal objetivo de la Ley no era la redistribución de la tierra sino el incremento de su productividad, dando a los latifundistas un cierto plazo en el cual pudieran transformarse en empresarios capitalistas.

precedentes a su asesinato a recoger el creciente descontento urbano, y había abandonado transitoriamente la movilización política del sector rural. En un país predominantemente rural como la Colombia de esos años, la ausencia o la presencia militante del campesinado en cualquier proceso político era, sobra decirlo, determinante.

Fue sólo cuando la fracción gobernante consideró dominada y quebrantada toda posibilidad de protesta urbana, después de varios días de confrontación, y había puesto en ejecución la consigna de "sangre y fuego" en las áreas rurales, que empezó en éstas una enorme movilización campesina. Los colombianos la llamaron después "la Violencia". A partir de 1949 se desarrolló como una de las más grandes movilizaciones armadas de campesinos en el continente.

II. LA VIOLENCIA

(De Ospina a Gómez-Urdaneta)

Políticamente, el gobierno de Ospina (1946-1950), la "revolución del orden", significó la exclusión de la clase obrera del sistema de alianzas implementado durante los años treinta bajo la hegemonía de la burguesía industrial, y la configuración de un sólido bloque de esta última, que conservaba todavía su papel hegemónico, con los sectores terratenientes y comercial importadores. Como lo ha señalado Daniel Pecaut, "el sector industrial refuerza su posición política en el seno de la coalición dominante. Las medidas económicas del gobierno de Ospina son inspiradas en gran parte por la ANDI, reflejando particularmente los intereses del sector textil de Antioquia, verdadero vocero de las industrias en su conjunto". No es, por consiguiente, sorprendente la considerable prosperidad de la industria durante este período. "Cuando la violencia se encuentra en su punto álgido, el presidente de la ANDI, José Gutiérrez Gómez, anota que 'la situación de Colombia en este momento es la mejor que se haya contemplado hasta hoy'" ⁽¹⁵⁾.

Se ha podido establecer, además, que si se toma como base el año de 1938 (= 100), el índice de los salarios rea-

15. Daniel Pecaut, *Política y Sindicalismo en Colombia*, Edit. La Carreta, Medellín, 1973; pp. 246-7.

les de los obreros, diez años más tarde, se encuentra apenas al nivel de 106,6. Tales efectos económicos del proceso de acumulación no podían, obviamente, ser mantenidos por largo tiempo sin la intervención directa del aparato de Estado. De hecho, a partir de 1948, el movimiento sindical fue prácticamente desplazado de la escena política, y ello no sólo a través de la represión directa sino también con la creación y promoción de una organización rival (UTC) a la liberal-comunista CTC, que hasta 1945 había mantenido el monopolio del movimiento sindical, y por consiguiente, un mayor poder de presión. Esta división acentuó los límites derivados de su debilidad numérica.

La clase obrera es reducida casi al silencio total después de noviembre de 1949 con el establecimiento del Estado de Sitio que, por un período ininterrumpido de 10 años, iría a mantener erigida a la categoría de delito toda acción de masas.

El ascenso de Laureano Gómez al poder (1950-53) ⁽¹⁶⁾ estuvo acompañado de una verdadera ola de terrorismo político contra sus adversarios, que eran de hecho la mayoría del país; éstos no participaron en las elecciones.

El cambio de gobierno no significó una variación de los elementos integrantes de la alianza ya establecida, pero sí de su peso respectivo: consolidación de la hegemonía del sector terrateniente que añoraba los años de la Colonia y abogaba por un retorno a la *Hispanidad* (bandera de las fuerzas más conservadoras en la Latinoamérica del siglo XIX). Los programas de Gómez eran recogidos, además, por fervorosos predicadores en muchos sectores eclesiásticos. Su alineamiento pro-imperialista se hizo patente:

a) Por la revisión de la legislación petrolera que abrió las puertas al capital extranjero (Urdaneta, quien reemplazó a Gómez, fue llamado el "Presidente Petrolero").

b) Por el envío de tropas a Corea (Colombia fue el único país latinoamericano en hacerlo), que el Departamento de Estado norteamericano retribuía con armas para la dictadura. Así, el 17 de febrero de 1952, Urdaneta decía: "... Nuestro país es el único en Latinoamérica que está participando activamente en la lucha contra el comunismo en Co-

16. A pesar de su reemplazo por Urdaneta Arbeláez, debido a enfermedad, el poder real permaneció en las manos de Gómez.

rea...", y luego, en conexión evidente con ello, agregaba: "En este preciso momento estamos adelantando negociaciones con los Estados Unidos sobre defensa mutua y colaboración militar para la defensa continental" ⁽¹⁷⁾.

Esta medida le permitía, adicionalmente, deshacerse de algunos oficiales del ejército sospechosos de tener simpatías liberales.

Los antagonismos desatados por su política, progresivamente excluyente, implicaron para su permanencia, la consolidación de un rígido poder dictatorial.

Alguna vez dejó definida su filosofía política en los siguientes términos: "El manejo del Estado es por antonomasia obra de la inteligencia. Una observación elemental demuestra que la inteligencia no está repartida en porciones iguales entre los sujetos de la especie humana. Por este aspecto la sociedad semeja una pirámide cuyo vértice ocupa el genio si existe en un país dado, o individuo de calidad destacadísima por sus condiciones intelectuales. Por debajo encuéntrase quienes con menores capacidades son más numerosos. Continúa así una especie de estratificación de capas sociales, unas abundantes en proporción inversa al brillo de la inteligencia, hasta llegar a la base... la más amplia y nutrida, que soporta toda la pirámide y está integrada por el oscuro e inepto vulgo donde la racionalidad apenas aparece para diferenciar a los seres humanos de los brutos..." ⁽¹⁸⁾.

No se necesita subrayar que para él ese inepto vulgo eran el campesinado y el proletariado que soportaban todas las consecuencias de la violencia.

Pero no se trataba solamente de creencias filosóficas. Gómez intentó moldear las instituciones colombianas, en su proyecto de reforma constitucional de 1953, de acuerdo con esta visión jerárquica de la sociedad. Diversos desarrollos políticos en el curso de la violencia le impidieron hacerlo.

17. Citado en *Hispanic-American Report*, Stanford, California; Marzo/52.

18. *El Siglo*, mayo 21/1953; citado por J. Martz, *Colombia: Un estudio de política contemporánea*, Edit. Dirección de Divulgación Cultural, Universidad Nacional; p. 195.

III. LAS TRES FASES DE LA PRIMERA VIOLENCIA (1949-53)

Desvanecida toda ilusión de lucha legal, fundamentalmente a partir del momento en que la violencia oficial llegó a su clímax —el período precedente y subsiguiente a las elecciones presidenciales (27 noviembre, 1949)— empezaron a aparecer espontáneamente los núcleos guerrilleros de resistencia al régimen.

Teniendo en consideración las relaciones existentes entre los dos partidos y la movilización campesina, hay tres fases, más o menos claramente diferenciables, en la naturaleza de la resistencia al régimen conservador hasta 1953:

a) En su primera fase, la resistencia tomó la forma de una lucha interpartidista por la hegemonía del poder político y, en cuanto tal, no difirió fundamentalmente de las guerras civiles que antaño habían opuesto a liberales y conservadores, excepto por su intensidad y el número de víctimas, como puede verse en los siguientes datos de pérdidas humanas:

Años	Pérdidas humanas
1830-1854	10.600
1860-1895	20.000
1899-1902 (Guerra de los "Mil Días")	150.000
1948-1965 ("La Violencia")	300.000

Fuente: Steffen W. Schmidt, "La Violencia Revisited: the Clientelist Basis of Political Violence in Colombia", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 6, parte I, mayo/74.

Los campesinos en esta etapa lucharon no por sus propios intereses, sino por los de sus jefes políticos, bien fueran locales, regionales o nacionales. La expresión militar de estas luchas anárquicas fue la *cuadrilla*.

De hecho, los primeros brotes tomaron la forma de una venganza por los hechos sangrientos imputados al partido liberal, principalmente en los dos Santanderes y Boyacá, con motivo de la transmisión del mando en 1930.

La continuidad y permanencia de los dos partidos ha hecho que las guerras pasadas encuentren siempre su eco

en las confrontaciones presentes. Después de todo, la incorporación masiva del campesinado a la vida política en este país se produjo a través de la movilización armada en apoyo de uno de los dos partidos ⁽¹⁹⁾.

En síntesis, la fuerza del bipartidismo en Colombia hizo que los conflictos políticos y sociales que comenzaron a desarrollarse en los dos decenios precedentes se expresaran dentro de los marcos institucionales, a pesar de las transformaciones producidas en el partido liberal como resultado del impacto del gaitanismo.

b) En la segunda fase, los elementos puramente partidistas no desaparecieron, pero hubo hechos nuevos que empezaron a pesar cada vez más en el rumbo de la contienda ⁽²⁰⁾. Los factores dominantes en esta segunda etapa fueron: la irrupción en el escenario de varios enclaves bajo dirección comunista y la escisión del llamado "bloque llanero" (originalmente bajo vasta influencia de terratenientes liberales). De ese momento en adelante, hubo una extensa parte del

19. La hipótesis de Gilhodés a este respecto merece ser desarrollada: "Las últimas guerras civiles del siglo XIX, y sobretudo la guerra de los Mil Días, al poner en presencia de uno y otro bando efectivos cada vez más numerosos, contribuyeron, mucho más que el sufragio censatario mantenido por la Constitución de 1886, a la masificación de la vida política; ellas le dieron también ciertas características muy particulares. Fue en estos combates sangrientos que para los campesinos enrolados por los propietarios el vocabulario político fue hecho sobre todo de términos de odio y de venganza.

Los recuerdos de esas guerras civiles son vivaces y cuidadosamente conservados por los dirigentes políticos que hacen del odio el elemento decisivo de la movilización..."

Véase, P. Gilhodés, *La Question Agraire en Colombia*, Edit. Armand Colin; París, 1974; p. 72.

20. He subrayado deliberadamente, en este ensayo, el impacto de estos elementos nuevos, pues el carácter puramente partidista y sanguinario de la lucha ha sido ampliamente descrito en los dos volúmenes de *La Violencia en Colombia*, por Germán Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna (Edit. Tercer Mundo; Bogotá, 1962 y 1964).

Desafortunadamente, sobre los aspectos que aquí subrayo, la información empírica es todavía muy deficiente, lo cual obliga a tener mucha cautela en la evaluación de sus alcances. Algunos testimonios políticos sin embargo, como el del P. C. ("*Treinta años de lucha*"), y la información acumulada más recientemente (por ej. la voliosa investigación de Gilhodés), sugieren que su influencia fue mayor de lo que originalmente se creyó.

país en la cual los movimientos guerrilleros empezaron a expresar la lucha de los campesinos contra los terratenientes, independientemente de la afiliación política de éstos (bien fueran liberales o conservadores).

En el sur del Tolima, zona de amplia tradición de lucha organizada por la tierra, en 1950, bajo la dirección del P. C., se puso en ejecución la táctica de "auto-defensa de masas" que, ante la presión de la violencia oficial, es obligada a transformarse en lucha de guerrillas en 1952. Esta había sido una de las regiones más combativas en las luchas que enfrentaron a terratenientes y arrendatarios en los años veinte y en los treinta. Establecieron contactos con núcleos de resistencia liberal del área, pero sólo con resultados ocasionales. Otras veces hubo enfrentamientos con ellos que dieron lugar a los mote de "limpios" para los liberales y "comunes" para los comunistas.

Vale la pena anotar que una de las razones que impidieron el crecimiento de una movilización coordinada entre los guerrilleros comunistas y liberales fue la divergencia de tácticas. El infatigable pacifismo del P.C. lo había llevado a calificar la lucha de guerrillas, impulsada desde sus comienzos por núcleos liberales, como "tendencias anárquicas y conspirativas". Su errónea evaluación, en diversas ocasiones, de las modalidades de lucha que imponían las circunstancias, y su excesiva confianza en las posibilidades de una acción de masas, lo llevó, por ejemplo, al extremo de participar en las elecciones parlamentarias de 1952 en condiciones de represión tales que incluso el partido liberal había declarado abstención. El resultado fue la pérdida inútil de las vidas de varios militantes.

En la región de Sumapaz y en la población de Viotá (Departamento de Cundinamarca), el P.C. operó con las mismas tácticas de auto-defensa ⁽²¹⁾.

Se puede decir, en general, que la ausencia de combatividad y de una plataforma de lucha a nivel nacional hicieron que, a la larga, el P.C. operara, muchas veces, no como un promotor sino más bien como freno a la lucha campesina. Su táctica de "auto-defensa" —en oposición a la de "resistencia" abogada por sectores liberales— tendía sim-

21. La descripción de las posibilidades y limitaciones de la política de "auto-defensa" hecha por José Gutiérrez, para el caso de Viotá, sigue siendo la clásica. Véase su *La Rebelión Colombiana*, (Edit. Tercer Mundo, Bogotá, 1962; pp. 85 y ss.).

plemente a la conservación de posiciones ya adquiridas en luchas anteriores (las célebres "repúblicas rojas"); pero la generalización de esa táctica funcionó al mismo tiempo como barrera a la iniciativa del campesinado en otras regiones. Cuando ponía en práctica la lucha de guerrillas lo hacía sólo arrastrado por los acontecimientos y no como desarrollo de un plan regular.

El desarrollo más significativo, sin embargo, durante este período, ocurrió en las guerrillas del Llano. Significativo, porque, quizás, lo que estaba sucediendo allí era un índice de lo que estaba aconteciendo o podía acontecer en otras regiones del país; y además porque, numéricamente, los efectivos campesinos comprometidos con la resistencia en esa región sobrepasaban a los de cualquiera otra región del país.

Como se ha dicho, hubo allí inicialmente una marcada influencia de terratenientes liberales en las guerrillas. Sin embargo, cuando en el proceso mismo de la lucha las organizaciones guerrilleras se vieron forzadas a amenazar los intereses de los terratenientes liberales (por ejemplo, con impuestos a la ganadería para asegurar su subsistencia o su equipamiento militar), los terratenientes hicieron un pacto expreso con el ejército y la policía: la llamada "declaración de Sogamoso". Después de ésta, los terratenientes no volvieron a referirse a los guerrilleros como rebeldes sino que comenzaron a calificarlos de "bandidos", justificando así su represión ⁽²²⁾. De paso, se rompió con ese hecho la imagen de "neutralidad" que había logrado mantener el ejército ⁽²³⁾. Empezó, en adelante, la consolidación en la dirección del movimiento de elementos surgidos de las filas mismas del campesinado: Guadalupe Salcedo es citado como el más brillante ejemplo de esa parábola.

Cuando el campesino tuvo que empezar a luchar igualmente contra el policía o soldado que actuaba como brazo armado de la represión oficial y contra el terrateniente liberal, la naturaleza de la lucha cambió: ya no era la gue-

22. Una patética descripción de este cambio de actitud, y de las tensiones surgidas entre el campesino raso levantado en armas y el jerarca o el terrateniente liberal, se encuentra en la Introducción de Juan Lozano Lozano a las *Guerrillas del Llano*, p. IV.

23. Reforzada por casos aislados de desertión o insubordinación, como ocurrió, por ejemplo, con el Capitán Alfredo Silva y su contingente en Apiay.

rra civil, era la lucha de clases. Como lo dijera uno de los líderes: "Ciertamente, la peonada había cambiado su mentalidad" (24).

Este paso fue incorporado incluso en la estructura jurídica que las guerrillas impusieron en el terreno que estaba bajo su control, y se refleja en la transición, para dar sólo un ejemplo, del marcadamente partidista artículo 13 de la Primera Ley del Llano (11, septiembre 1952): "Todos los bienes raíces, semovientes, etc. que sean de propiedad del enemigo, o sean de los godos chulavitas y de los partidarios o simpatizantes del Gobierno Dictatorial, serán confiscados...", al artículo 138 de la Segunda Ley del Llano (Junio 18, 1953) en que, con el fin de ampliar las bases de sustentación para implantar un "Gobierno Popular en Colombia", se eliminan expresamente las consignas puramente partidistas.

Relatos hechos por altos oficiales del ejército confirman esta transición ideológica; por ejemplo, el escrito por el Coronel Gustavo Sierra Ochoa ("Las Guerrillas de los Llanos Orientales", Manizales, 1954) que anota: "Sus programas son muy vagos pero no descuidan el tema de la lucha entre ricos y pobres, con sentido de lucha de clases" (25).

El viaje del expresidente López a la región (diciembre, 1951) a entrevistarse con los jefes guerrilleros, representó, tal vez, el último gran intento del partido liberal de mantener el movimiento bajo su control.

Ya en agosto de 1952, en un importante mensaje político, retiró públicamente su solidaridad a las guerrillas del Llano, a nombre propio y a nombre de la Dirección Liberal (26). El fue también el primer líder político, según Francisco Leal, en advertir a la burguesía acerca de los peligros de los nuevos desarrollos y del hecho de que "detrás de la violencia caminaba la revolución social" (27).

c) Tercera fase: Un proyecto de coordinación nacional de la resistencia armada contra el régimen se abría paso

24. Eduardo Franco Isaza, *Las Guerrillas del Llano*, Bogotá, 1959; p. 172.

25. Citado por Guzmán, op. cit.; p. 206.

26. La carta a Ospina Pérez (Agosto 1952) que apareció en *El Tiempo* y *El Espectador*, se encuentra integralmente transcrita en el libro de Franco Isaza, ya citado. Ver p. 288 y ss.

27. Francisco Leal, *Revista Mexicana de Sociología Política*, México, 32 (3), Junio/70; "Política e intervención militar en Colombia", p. 535.

en 1953. Ello representaba un cambio cualitativo en términos organizacionales, dado que, hasta ese momento, las guerrillas habían operado como pequeñas y aisladas unidades sin un plan estratégico nacional (28).

Por esa misma época, Laureano Gómez ya había hecho públicas sus intenciones de introducir una reforma constitucional que echara las bases de un Estado corporativo y la perpetuación de su dominio personal.

Debido a este nuevo giro de la situación, la fracción ospinista del conservatismo empezó a inquietarse visiblemente por los peligros que envolvía la prolongación de la lucha, y unió entonces su voz al clamor de los liberales que abogaban por una intervención militar para salir del "impasse".

El 13 de junio de 1953, el General Rojas Pinilla, Comandante de las Fuerzas Armadas, asumió el poder. Este hecho representaba, por una parte, un compromiso entre las clases dominantes de cuyas diferencias tácticas las Fuerzas Armadas se convertían en árbitro; y por otra parte, al mismo tiempo, su unificación para contrarrestar el avance de lo que comenzaba a ser percibido como el real y amenazante enemigo: la incubación de un proceso revolucionario como desenlace potencial de la violencia.

De hecho, el Ejército, en esa situación de confusión y crisis para los partidos, aparecía como la única fuerza cohesiva a nivel nacional.

28. "Los campesinos estaban resistiendo a las armas oficiales, en un momento dado, en cuarenta frentes distintos, dispersos en el territorio nacional. No hubiera bastado sino encauzar aquellos desesperados esfuerzos hacia un objetivo común y la dictadura habría saltado en pedazos con esfuerzo moral y desgaste físico diez veces menor del que costó el derrumbe del sistema despótico". Lozano y Lozano, en su Prólogo a las *Guerrillas del Llano*.

PARTE II

EL ARBITRAJE DE LAS FUERZAS ARMADAS

(Y la segunda ola de violencia)

"La política general de mi Gobierno buscaba el mejoramiento de los trabajadores y la defensa del capital, para estabilizar sobre bases firmes el progreso de Colombia, evitando con firme y recta intención, la temible lucha de clases. En esta forma el proletariado gozó de garantías, ejerció sus derechos y avanzó en las conquistas sociales. El capital, dentro de un ambiente de confianza y seguridad, consiguió grandes ganancias... El Gobierno militar, como tienen que reconocerlo las clases trabajadoras y las oligarquías económicas, evitó esa temible lucha de clases, protegió al capital, protegió al trabajo".

(Rojas Pinilla, en *Rojas Pinilla ante el senado: El Gobierno Militar ante la historia*, Bogotá, Edit. Excelsior, 1959, p. 726).

El reconocimiento por los dos partidos tradicionales y las fuerzas sociales que los soportan, de la imposibilidad de imponer su hegemonía sobre el respectivo enemigo a través de una larga lucha que se revelaba destructora para ambos, y el gradual y amenazante crecimiento a su sombra de una alternativa que ponía en peligro el tradicional sistema de dominación en su conjunto, fueron los factores que, combinadamente, hicieron posible en Colombia la más típica forma de Bonapartismo que haya conocido Latinoamérica: el Gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla.

El tema de esta parte es el proceso por el cual la intervención militar permitió la restauración, e incluso el reforzamiento, del equilibrio de fuerzas que el gaitanismo y los eventos posteriores a abril de 1948 habían puesto en crisis.

a) *El Punto de Equilibrio*: El programa enunciado por Rojas al asumir el poder fue simple: "¡No más sangre! ¡No más depredaciones! Paz, justicia y libertad para todos"; sin embargo, fue suficiente para obtener la adhesión de las directivas políticas de los dos partidos (excepto, obviamente, la fracción conservadora desplazada) y de vastos

sectores populares para los cuales, cualquiera que fuese el rumbo posterior de la situación, ésta ofrecía un momentáneo alivio frente a la represión del régimen anterior.

Rojas ofreció amnistía a los rebeldes —él personalmente puso todo el peso de su prestigio inicial entablando negociaciones directas con las guerrillas del Llano— y miles de campesinos depusieron sus armas ⁽²⁹⁾.

En las zonas bajo influencia comunista se evitó la rendición, pero se aceptó tácitamente la tregua.

Este amplio consenso se explica en parte por el hecho de que Rojas haya conservado en su Gabinete Ministerial y, en general, en el aparato burocrático que lo rodeaba, muchas de las figuras visibles del régimen desplazado ⁽³⁰⁾, en tal forma que logró crear una situación en la que, como Milton Puentes lo subrayó, "los liberales creían que todo lo habían ganado, y los conservadores pensaban que nada habían perdido" ⁽³¹⁾. Había sido, en la celebrada expresión de Darío Echandía, un *golpe de opinión*.

Por otra parte, la excepcionalmente favorable coyuntura externa, con precios del café nunca antes alcanzados, le permitió mantener una política de compromiso y equilibrio entre los sectores dominantes sin que ninguno de ellos en particular tuviera que pagar los efectos de la nueva fórmula política.

b) *La ruptura del equilibrio*: La firme adhesión popular de que gozó en su primera fase lo llevó a intentar golpear determinados sectores tradicionalmente dominantes en beneficio de otros (o de algunos sectores populares) pero cediendo alternativamente a las presiones de los afectados, dándole a su administración la forma de un incoherente y desordenado proyecto de conciliación.

Como ejemplo típico se podría citar el gravamen a las exportaciones de café, con el objeto de frenar los efectos

29. "El acuerdo más dramático es logrado por el General Duarte Blum en los Llanos Orientales, donde un total de 3.450 combatientes se entregan en agosto y septiembre de 1953. Según el mismo General, en todo el país y en solo 5 días del mes de septiembre, deponen las armas 6.500 rebeldes". Véase, Guzmán y otros, *La Violencia en Colombia*, Vol. 1, pág. 100.

30. Y por este aspecto el golpe contra Gómez aparecía como un golpe dado por su propio partido. (*Hispanic American Report*).

31. Milton Puentes, *Historia del Partido Liberal*, Bogotá, 1961; p. 645.

inflacionarios del "boom" y de financiar la nueva fase de industrialización, particularmente las plantas de energía eléctrica, de hierro y acero (Paz del Río). Al mes siguiente no sólo disminuyó el gravamen, sino que, además, cambió el sector que debería beneficiarse de él: ya no sería para el desarrollo industrial sino para el desarrollo agrícola.

Algo similar había sucedido antes cuando, en su proyecto de reforma tributaria, intentó gravar algunos intereses financieros (impuestos a los dividendos).

Esta versatilidad de su política económica comenzó, progresivamente, a enajenarle el apoyo de diversos sectores dominantes: primero, los intereses cafeteros, y luego, los intereses financieros e industriales representados por la ANDI.

Su proyecto inicial de representarlos a todos, colocándose por encima de los intereses particulares de cada uno de ellos, agotó muy pronto sus límites.

c) *La Tercera Fuerza*: Cuando el equilibrio entre el Gobierno y algunos sectores dominantes comenzó a erosionarse, Rojas se vio obligado a seleccionar sus propias fuerzas:

1) Visiblemente buscó el respaldo de los sectores terratenientes ligados a la ganadería y a nuevos cultivos en expansión, particularmente algodón, oleaginosas y arroz; sectores que, de hecho, se habían sentido previamente relativamente marginales, pero que ahora se consideraban en una posición mucho más ventajosa: la Costa Atlántica y el Valle del Cauca, por ejemplo, ampliamente beneficiados con sus planes de irrigación, adecuación de tierras y suministro de moderna tecnología agrícola. Rojas mismo ligó sus intereses personales, en gran medida, a los del latifundio ganadero.

2) Buscó también el apoyo de sectores obreros, creando una organización distinta de las dominadas tradicionalmente por los dos partidos, y con vínculos a la peronista ATLAS. La inmediata intervención de la Iglesia que, no sólo por sí misma sino también a través de la organización sindical bajo su patrocinio (la UTC), condenó la tentativa por "peronista y anticatólica... y oponerse a la doctrina social de la Iglesia", le quitó ímpetu a la idea. Rojas que, desde el comienzo, había puesto en claro que el objetivo de su gobierno era contrarrestar la lucha de clase mediante "la aplicación cristiana de la justicia social", estaba desarmado para responder a tal ataque.

3) Finalmente, buscó el respaldo de las clases medias con su programa de democratización del crédito a través del Banco Popular; con la congelación de arrendamientos, y con la monopolización, por organismos estatalmente financiados, de la importación y distribución de algunos productos alimenticios. La implementación de esta última medida se puso a cargo de instituciones tales como SENDAS, INA y el Comisariato de las Fuerzas Armadas, que afectaban hasta cierto punto determinados sectores comercial-importadores.

En las condiciones colombianas, sin embargo, un proyecto que se propusiera la aglutinación de las clases medias sólo era factible a largo plazo, y Rojas necesitaba respuestas inmediatas.

Pero, ¿por qué no era posible una pronta movilización de tales sectores en su favor? En primer lugar, porque en Colombia la clase media no ha tenido una expresión política propia, homogeneizante como clase; en segundo lugar, si se recurre a la tesis de Nun⁽³²⁾ de que en tales situaciones, los militares, que son dentro de la clase media el más cohesivo sector, son los que se encargan de representar los intereses globales de dicha clase, su aplicabilidad en el caso colombiano es muy poca. Los militares, por lo menos hasta el período en referencia, seguían siendo una fuerza subordinada a la dominación oligárquica.

d) *Aislamiento, segunda ola de violencia y caída*: La explicitación de su proyecto coincidió con el comienzo del deterioro de la situación económica: el "boom" del comercio exterior se esfumó en 1954 y fue seguido por cuatro años de declinación, y una crisis sin precedentes en la balanza de pagos. La tentativa redistributivo-populista perdió su vigor inicial. El resultado fue la iniciación de una intensa competencia en la que el gobierno y los líderes de los dos partidos se disputaban la lealtad de todas las fuerzas sociales. Después del cierre de varios periódicos, la prensa se convirtió en el foco de cristalización de todas las contradicciones.

El paulatino aislamiento del gobierno militar dio paso a una nueva fase represiva: *la segunda ola de Violencia*: "Ejército y pueblo se enfrentaron otra vez a muerte. Este

32. Véase, José Nun, "The middle class military coup", en *The Politics of Conformity in Latin America*. Edit. Claudio Véliz; Oxford University Press, 1970.

período de violencia fue más bárbaro e intenso que el anterior" (33), aunque el área geográfica fue considerablemente más reducida que en el primero.

Rojas siguió contando con el respaldo de liberales y conservadores para acciones tales como la masacre de estudiantes (al final de su primer año de gobierno) o la gigantesca operación militar contra los campesinos en armas que comenzó en abril de 1955 en el Sumapaz y el oriente del Tolima. Las operaciones militares provocaron un éxodo masivo de poblaciones enteras. El volumen de las fuerzas enviadas por el gobierno (un estimado de diez a quince mil soldados —que era casi la mitad del ejército— más tanques y aviones) es, además, un indicador de los alcances de la resistencia campesina en el área.

Como consecuencia de estos hechos, se produjo un intento de reunificación de las guerrillas del Llano, bajo el comando de Guadalupe Salcedo, el más prestigioso líder campesino en la región, más tarde asesinado en las calles de Bogotá. En un documento suscrito el 28 de febrero de 1957 brindaba su solidaridad a los combatientes del Tolima y a los guerrilleros de Sumapaz que comandaba Juan de la Cruz Varela: "Analizada la situación de orden público que ha venido padeciendo el departamento del Tolima, Sumapaz, y demás zonas afectadas por la violencia, reconocemos que ante la gravísima situación que han venido afrontando esas comarcas de la patria, nuestro silencio como antiguos guerrilleros de la libertad sería injustificable, por lo cual declaramos desde ahora nuestra total solidaridad con los movimientos alzados en armas..." (34).

La violencia oficial se ejercía ahora por el conjunto de las clases dominantes a través del ejército. Este sería, en adelante, premiado por su acción represiva. ¿No fue ésta acaso la fundación efectiva de las modificaciones en el sistema de ascensos militares, según las cuales el servicio activo en las zonas de violencia era computado como el doble del tiempo en las áreas pacíficas?

Aprovechando el progresivo debilitamiento del gobierno de las Fuerzas Armadas, los dos partidos —cuya táctica era, entonces, apoyar la violencia y al mismo tiempo utilizarla contra Rojas— a través de Laureano Gómez, presi-

33. Guzmán, op. cit. p. 102.

34. Citado por Umaña Luna, *La Violencia en Colombia*, Vol. 2 p. 201.

dente del primer período de la violencia, y Alberto Lleras, pactaron en Benidorm (España, 1956) (35) la constitución en un "Frente Civil" de oposición bipartidista al régimen, que culminó en mayo de 1957 con una huelga general organizada por la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) y secundada por todos los sectores dominantes: Banca, Iglesia, etc. Los estudiantes también sumaron sus fuerzas a lo que juzgaban como una victoria suya.

Rojas dejó el poder en manos de una Junta Militar, que se comprometió a devolverlo a la coalición del Frente Nacional convertido en partido único de la oligarquía (36). Un año después Rojas era llamado a juicio ante el congreso de Colombia.

f) *Comentarios*: Es comúnmente aceptado que el régimen de Rojas, habiendo sido concebido como provisional por los partidos políticos, al haber intentado luego establecer una nueva fuerza, no ya "por encima de los partidos sino por fuera de los partidos", habría dejado de serles funcional. Y ello habría determinado la coalición para derrocarlo.

Los hechos en que dice basarse esta interpretación son auténticos, pero la interpretación misma es por lo menos incompleta, en cuanto sólo nos revela una sola cara de los efectos del proyecto independizante de Rojas. En mi opinión, el régimen de las Fuerzas Armadas se hacía más funcional para los partidos en la medida en que guardaba una cierta distancia de ellos erigiéndose en poder relativamente autónomo. En primer lugar, porque esa posición le permitía desarrollar más cabalmente su papel de intermediario en la tarea de reconciliación de los partidos. Segundo: porque, habiéndose hecho evidente que la conciliación a través del ejército era imposible, y éste estaba intentando, además, sacar provecho de sus diferencias, el pacto directo entre los grupos dominantes aparecía cada vez más justificable, y el gobierno de las Fuerzas Armadas aparecía como su obstáculo fundamental.

En estos términos, el ensayo "tercerista" de Rojas aparece como la condición de la recuperación del equilibrio

35. El contenido de este acuerdo es desarrollado por el Pacto de Sitges, en julio de 1957, que sentó las bases del Frente Nacional.

36. Diego Montaña, *Colombia: París formal y París real*, Edit. Platina, Buenos Aires, 1963; pgs. 223 y 279.

por parte del sistema bipartidista de dominación, pero bajo una nueva forma: bajo la forma de una coalición institucionalizada.

Lo importante, en relación con este régimen, no es, pues, preguntarse por qué fracasó como intento populista, sino cómo hizo posible la unificación de las clases dominantes. Desde este punto de vista, aparecerá, ya no como la "anomalía histórica" de que habla Di Tella, sino, por el contrario, como la realización última del sistema tradicional de dominación en Colombia.

La singularidad del régimen de Rojas no hay que buscarla en su gestión económica, incoherente y contradictoria, como resultado, por un lado, de su papel de mediador entre los variados intereses en pugna, y por el otro, de la necesidad, al mismo tiempo, de crearse bases propias de soporte. Lo característico de este régimen fue la multiplicidad de funciones políticas que cumplió. A la vez que aparecía, entre los partidos, como un instrumento "pacificador" (es decir, de represión), fue llevado, por otro lado, a una posición que lo hacía aparecer como el enemigo común, el tirano contra los partidos, haciendo posible la posterior unificación de éstos y permitiendo descargar la responsabilidad de la "violencia" en un elemento exterior a ellos —el Gobierno de las Fuerzas Armadas—. Esto llegó a un punto tal que, en un documento memorable contra la Iglesia por no tomar posición contra Rojas, Laureano Gómez pudo permitirse el lujo de referirse al régimen como "sangrienta dictadura"; y en el discurso de posesión al primer presidente del Frente Nacional, el mismo Gómez pudo decir, en una especie de auto-absolución, a nombre de los dos partidos:

"Todos nos hemos equivocado; pero la dura mano que nos oprimió nos hizo comprender nuestro yerro y nos decidió a volver rápida y decididamente las espaldas a los antiguos métodos de lucha...".

Es esta complejidad de funciones (en la cual no hay por qué buscar una presunta coherencia) lo que, a mi modo de ver, caracteriza el régimen militar que va desde 1953 a 1957.

Es, para decirlo en una sola frase, la expresión de la crisis de los partidos tradicionales, y su medio de solución de esta crisis.

g) *Rojas ante el Senado* (Significado político del proceso): Rojas fue depuesto el 10 de mayo de 1957. A fines

de 1958 era llamado a juicio por el primer Congreso del Frente Nacional. Era un acontecimiento inusitado, pues el más cercano antecedente de esa naturaleza se remontaba a un siglo atrás cuando fuera juzgado el General Mosquera.

Explícitamente se le acusaba de abuso del poder, y de haber creado una considerable fortuna personal durante el ejercicio de su cargo. De la lectura del *Proceso* ⁽³⁷⁾ se puede inferir que, si en realidad ese enriquecimiento no alcanzó las dimensiones que se le atribuían, era inocultable que sus propiedades se habían ensanchado considerablemente y que ellas lo podían acreditar como un nuevo y holgado terrateniente.

Pero, en realidad, esto no era lo importante: antes y después de él, funcionarios oficiales (incluyendo presidentes) se enriquecen a la sombra del poder. Más importante, tal vez, es la dimensión político-religiosa del proceso. Convertido en un verdadero ritual religioso, el juicio asumió las características de una ceremonia a través de la cual los partidos podían deshacerse, por así decirlo, de sus culpas pasadas transfiriéndolas a su expiatoria víctima: Rojas.

No deja de ser extremadamente significativo que el senador nombrado como acusador de Rojas perteneciera a la corriente laureanista del conservatismo, es decir, a la popularmente reconocida como responsable de haber desatado la violencia. Mientras más culpable se pudiera mostrar a Rojas, más exculpados quedarían los partidos. El ambiente mágico y religioso de Colombia permitía una enorme efectividad a tales mecanismos. No quiero decir con esto, obviamente, que el juicio deba ser interpretado en términos religiosos o morales, sino que el carácter religioso y moral que asumió tiene una particular significación histórica y política.

Un juicio, además, implica la individualización de los cargos: se podía, entonces, inculpar al *terrateniente* Rojas, sin que el conjunto de la clase terrateniente, beneficiada y fortalecida bajo su Gobierno, sufriera mengua; se podía inculpar también al *indigno General* Rojas, sin cuestionar el papel represivo del Ejército en su conjunto, etc. etc.

Hábilmente, sin embargo, Rojas, en su defensa, se dedicó a demostrar que las raíces de los males que aquejaban al país había que buscarlas en los dos partidos que

37. *Rojas Pimilla ante el Senado*, 3 vol., Bogotá, 1959.

ahora se encontraban coaligados, y fundamentalmente, en el gobierno que él había depuesto, convirtiendo así el juicio que se hacía a él en una tribuna de enjuiciamiento al régimen que lo había precedido y al Frente Nacional que lo sucedía.

Cuando en medio de gran sensacionalismo Rojas anunció que haría revelaciones sobre responsabilidades en el asesinato de Gaitán, el Senado precipitó la sentencia condenando a Rojas, tratando de evitar la prolongación de un juicio que ponía, ahora, en una situación embarazosa a los acusadores. Pero, antes de que aquella se produjera, Rojas hizo una última proclama: "Que la opinión pública condene, ya que no puede castigar, a los responsables de la injusticia que me imparten los mismos que hicieron posible la miseria de las clases trabajadoras, impidiendo que el País Nacional sustituya al País Político, como quería Gaitán" (38).

Al terminar el juicio, Rojas tenía pues el doble carácter de *reo* y de *víctima*. Pero, a medida que se iría revelando el carácter antidemocrático del Frente Nacional, el segundo elemento se volvería más importante que el primero, lo cual tal vez explique, en buena parte, la futura rehabilitación de Rojas como líder popular de la oposición.

38. *Ibid.*, vol. 2, p. 492.

PARTE III

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA VIOLENCIA

I. EL AMBIENTE GEOGRAFICO

La Violencia afectó virtualmente a todo el país; pero, aparte de la gran excepción de Los Llanos, se concentró primordialmente en la zona cafetera. El café es en Colombia el producto agrícola más extendido, el que emplea el mayor volumen de fuerza de trabajo y del cual depende el equipamiento industrial del país. En un gran número de sus explotaciones, debe añadirse, persisten aún supervivencias de relaciones de producción de tipo precapitalista.

Dos hipótesis, ligadas a condiciones naturales y sociales de la producción cafetera misma, tal vez arrojen alguna luz sobre la expansión del fenómeno en esta zona particular:

1) El alto grado de movilización campesina existente en tales áreas derivado:

a) del carácter migratorio de los pobladores de la región, que se trasladaron allí a través del proceso de colonización antioqueña.

b) de la naturaleza estacional de la producción cafetera, y la imposibilidad de la región, ya por esa época, de absorber, después del período de la cosecha, la corriente migratoria de jornaleros de otras regiones atraídos por los salarios relativamente altos que se pagan por la recolección del grano.

Era, pues, y es aún, un área de permanentes desplazamientos humanos.

2) Siendo el café un producto predominantemente destinado al mercado, y al mercado de exportación en particular, las zonas cafeteras son los sectores rurales más profundamente ligados a la ciudad y más integrados políticamente a la estructura nacional de poder (39). Esto per-

39. El grado de este dominio de la ciudad sobre el campo ha sido mostrado en un estudio sobre la ciudad de Manizales —el centro más impor-

mitió a los líderes urbanos, al principio, estimular y al mismo tiempo mantener la agitación campesina dentro de los límites de la lucha bipartidista.

Esta manipulación era, por consiguiente, más fácil en Caldas (departamento cafetero por excelencia) que en Nariño, por ejemplo, donde el contacto campo-ciudad era considerablemente más limitado.

Estas mismas razones nos permitirían entender, adicionalmente, por qué el núcleo guerrillero de los Llanos Orientales (región donde predomina el latifundio ganadero) fue, dentro de los grupos bajo dirección liberal, el que adquirió mayor independencia de la lucha interpartidista con el correr del tiempo.

En suma, existían en la zona cafetera dos condiciones ideales —alto grado de movilidad rural y fuerte integración a la ciudad— para que una movilización campesina de tal magnitud se produjese y fuera políticamente controlable.

II. LA ESPECIFICIDAD DE LA VIOLENCIA EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

Si se analiza la forma en que los movimientos campesinos de la América Latina contemporánea se relacionan con la estructura nacional de poder (por sus objetivos, sus modelos ideológicos y sus estrategias de acción), la siguiente tipología parece plausible y nos permite entender la especificidad de la violencia ⁽⁴⁰⁾:

tante de los intereses cafeteros en Colombia—. Entre los resultados, vale la pena mencionar los siguientes: "El predominio de las fuerzas urbanas se distingue por tres características fundamentales: primero, el proceso de elaboración para exportar el café y los mecanismos financieros que lo acompañan están hoy y han estado desde el principio radicados en la ciudad... Segundo, los grandes productores de café en Manizales no han sido campesinos sino habitantes de la ciudad... Tercero, toda la organización gremial de los cafeteros, la Federación Nacional de Cafeteros, ha estado dominada desde su fundación en 1927 por los grandes productores urbanos ausentistas". Véase, José Fernando Ocampo, *Dominio de clase en la ciudad colombiana*, Edit. La Oveja Negra, Bogotá, 1972, pp. 73-74.

40. Para un desarrollo completo de este punto, véase, Aníbal Quijano, "Contemporary Peasant Movements", en *Elites in Latin America*, editado

- a) Agrarismo reformista
- b) Agrarismo revolucionario
- c) Bandidismo político

a) *Agrarismo reformista*: Este incluye los movimientos campesinos que no cuestionan la estructura de poder en cuanto tal, sino que sólo buscan el mejoramiento de su operatividad. Es decir, que sólo buscan reforzar su participación en los beneficios del sistema existente, aceptando, por consiguiente, la visión ideológica de la sociedad impuesta por sus amos. Sus demandas son, por ejemplo, aumento de salarios, garantías sociales que eleven el nivel de vida de la población campesina y, eventualmente, cambios en el sistema de tenencia de la tierra. Su desarrollo se produjo bajo el modelo del sindicalismo urbano y bajo la dependencia de partidos políticos ya existentes. Los ejemplos típicos son el peruano y el venezolano, en los cuales los campesinos fueron organizados y estimulados "desde arriba" como clientelas políticas del APRA y Acción Democrática, respectivamente.

b) *Agrarismo revolucionario*: Para este tipo de movimientos campesinos, las reformas o el mejoramiento del sistema de tenencia de la tierra son considerados sólo como una parte de la transformación total de la estructura de poder en el campo. Más precisamente, la redistribución de la propiedad de la tierra es planteada como inseparable del derrocamiento del sistema político-social. Sus más avanzadas formas de acción son las organizaciones armadas: la milicia, la banda y la guerrilla. Los ejemplos clásicos son la Revolución Mexicana en algunas de sus etapas y el MNR (Movimiento Nacional Revolucionario) boliviano, a pesar de su posterior rutinización e institucionalización. Hasta hoy, sólo la Revolución Cubana ha asegurado, en forma duradera, un nuevo papel al campesino en la estructura de poder.

c) *Bandidismo político*: Es la forma peculiar de movimiento campesino que emergió en Colombia como resultado del proceso de la Violencia. Esta aparece como el único caso en Latinoamérica en que tal forma de movilización campesina se produce a escala nacional.

Aunque, en sus orígenes, la movilización campesina se desencadenó como una guerra civil entre los dos partidos,

por Seymour Martin Lipset y Aldo Solari, Oxford University Press, 1967, pp. 301 y ss.

que representan fracciones de la clase dominante, con el correr del tiempo y la acumulación de contradicciones, las organizaciones campesinas lograron una autonomía tal que sus acciones, dirigidas contra los terratenientes cualquiera fuese su afiliación política, comenzaron a amenazar el sistema social en su conjunto y a adquirir características revolucionarias. La singularidad de la Violencia reside, no sólo en estas transformaciones de la consciencia política del campesino, sino, aún más, en el hecho de que *la Violencia se desarrolló como una combinación, a grande escala, de los tres tipos de movimiento campesino: bandidismo político como forma dominante pero también gradual transformación en agrarismo reformista y agrarismo revolucionario* (por ejemplo en las áreas bajo dirección comunista—las famosas “repúblicas rojas”— y en el caso de las guerrillas de los Llanos).

Indudablemente, esta combinación única, que hace de la violencia una categoría especial de movimiento campesino, merece, por esa sola razón, mayor atención investigativa.

III. LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA

A pesar de la carencia de análisis económicos del período, se pueden, hasta el momento señalar, como efectos protuberantes, los siguientes:

a) *Migraciones*: Uno de los más visibles efectos de la violencia fue una dramática aceleración de la migración rural a las ciudades. Esta ha sido estimada en un millón para el período 1938-1951, y en 2.2 millones para el período 1951-1964. Este flujo migratorio, uno de los más altos en el mundo ⁽⁴¹⁾, tendió a concentrarse en los centros urbanos más importantes del país. Así, entre 1951 y 1964, 61% de los migrantes se concentraron en 6 ciudades (Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga y Manizales).

Un estudio realizado en el Líbano ⁽⁴²⁾ llegó a la conclusión de que, del 88% de la muestra tomada, que era de ori-

41. Según J. Garcés, op. cit.

42. Roberto Pineda Giraldo, *El Impacto de la Violencia en el Tolima: el caso del Líbano*, Edit. Universidad Nacional, Bogotá, 1960.

gen rural, el 59% se había trasladado a dicha ciudad por causas directamente conectadas con la Violencia.

No hay información disponible con respecto a las migraciones de la zona rural cafetera a otras zonas rurales no cafeteras, ni sobre los posibles efectos de tales desplazamientos humanos en el desarrollo del capitalismo en otras regiones. Pero el hecho es que, por lo menos cronológicamente, el período de la violencia coincide con el surgimiento de las grandes y modernas plantaciones capitalistas de algodón, caña de azúcar, arroz, etc.

Un estudio oficial pudo afirmar: “En la década de 1950 se presentaron adelantos que tuvieron un tremendo impacto en Colombia y cuyas consecuencias aún no han sido completamente sentidas. Uno fue el advenimiento de la revolución técnica en otros tipos de agricultura (diferente del café, G. S.) y el otro consistió en la construcción de una red de carreteras y, más recientemente, la terminación del Ferrocarril del Atlántico, el cual puede considerarse sin exageración como una revolución en el transporte. Estos dos factores están transformando la agricultura colombiana y sin duda, el país” ⁽⁴³⁾.

b) *Los costos*: 1) *Humanos*: Para el solo departamento del Tolima el número de víctimas ha sido estimado, para el período 1949-58, en 35.294 muertos; y para todo el país, en alrededor de 200.000 (hay cálculos que lo hacen llegar al medio millón). Desde luego, hay que señalarlo, muchos de los datos del informe de Guzmán se basan en abusivas extrapolaciones, pero no ha habido ningún intento posterior de reevaluación y siguen siendo, por consiguiente, los únicos disponibles.

2) *Materiales*: Hasta 1957, se calculó igualmente, para el solo departamento del Tolima, en 34.730 el número de fincas abandonadas por causa de la violencia; y el monto de las pérdidas, en una suma equivalente al presupuesto nacional de 1955 ⁽⁴⁴⁾. De acuerdo a Guzmán, 40 de los 42 municipios del departamento sufrieron el impacto de la Violencia.

c) *Las relaciones sociales en el campo*: La tesis de Hobsbawm ⁽⁴⁵⁾ de que, como resultado de la violencia, se

43. *La Industria Cafetera*, publicación del Banco Cafetero, p. 111.

44. Ver, Guzmán, op. cit.

45. E. Hobsbawm, “The Anatomy of Violence”, *New Society*, Londres, abril 11, 1963, pp. 16-18.

produjo el ascenso de una clase media rural, debe ser, por lo menos, atenuada. El caso de los mayordomos convertidos en propietarios es, claro está, un bien escogido ejemplo en apoyo de la tesis. Pero con respecto a los pequeños y medianos productores independientes, sólo una minoría pudo capitalizar y sumarse a la categoría de los campesinos ricos (burguesía rural): para el resto, la inmensa mayoría, comenzó el proceso de su descomposición, siguiendo así la misma suerte que el campesinado pobre. Las manifestaciones de este proceso que arrastró a unos y otros fueron, principalmente, la expulsión de minifundistas de sus tierras, el desalojo de aparceros y arrendatarios que perdían sus cosechas y mejoras, y el fraccionamiento de la pequeña propiedad de caficultores empobrecidos. Esta última parte del proceso se acentuó en los años 1955-1960, y fue la antesala del comienzo de su desaparición y absorción por las grandes plantaciones en la década del 60⁽⁴⁶⁾. El resultado global fue, entonces, una acelerada polarización del sistema de clases en el campo. Un elevado grado de concentración de la propiedad territorial en la zona cafetera, antes predominantemente minifundista, se está produciendo hoy, y un consiguiente enrolamiento de los pequeños y medianos propietarios desplazados al ejército de los jornaleros colombianos.

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LAS FINCAS CAFETERAS SEGUN SU TAMAÑO 1955-1960-1970

Años	Menos de 1 ha. %	De 1 a 10 has. %	De 10 a 50 has. %	Más de 50 %	Total %
1955	30.0	62.8	6.4	0.8	100
1960	42.0	54.0	4.0	0.3	100
1970	12.6	56.9	24.6	5.8	100

Fuente: Estanislao Zuleta, Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, *La Tierra en Colombia*, Cuadernos de la Oveja Negra 6, 1973, p. 53.

A los efectos de la competencia de la agricultura mecanizada en expansión se sumaba la inestabilidad política en el campo que operaba como una presión adicional so-

46. Un excelente análisis de este proceso se encuentra en los dos artículos publicados por la ANUC en *La Tierra en Colombia*.

bre el campesino, que era forzado a vender, y como un incentivo para el terrateniente que compraba. Del análisis de un informe de la Caja Agraria de Cundinamarca, que suministró datos completos sobre 31 casos, se desprenden los siguientes resultados:

VENTAS FORZOSAS POR CAUSA DE LA VIOLENCIA SEGUN AVALUOS COMERCIALES DE LAS FINCAS Y PORCENTAJES DE VENTA POR DEBAJO DE SU VALOR COMERCIAL

Fincas según valor comercial (en pesos)	Venta forzosa en % menos de su valor comercial			
	De 25 a 49%	De 50 a 74%	De 75 a 100%	TOTAL
De 1 a 5.000		2	1	3
De 5.001 a 10.000	1	3	4	8
De 10.001 a 20.000	1	5	5	10
De 20.001 a 40.000	1	2	7	9
De 40.001 a 60.000	1	1	1	1
TOTALES	1	12	18	31

Fuente: Alonso Tobón, en *La tierra y la reforma agraria en Colombia*, Edit. La Oveja Negra, p. 47.

Datos que, a pesar del limitado número de casos que cobijan, pueden ser tomados como indicadores de que el grupo social más afectado fue el de los pequeños y medianos propietarios.

Por otra parte, la tesis de Posada⁽⁴⁷⁾ de que el efecto dominante de la Violencia fue el atraso y subdesarrollo del sector agrario de la economía carece de bases empíricas objetivas. La tesis obviamente ignora el hecho de que, aunque hubo durante el período en cuestión un desarrollo muy limitado de la agricultura en el sector llamado de "cultivos tradicionales" (maíz, papas, frijoles, etc.), en donde se concentra la actividad del campesinado pobre, hubo, de otro

47. Francisco Posada, *Colombia: Violencia y subdesarrollo*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1969.

lado, una impresionante expansión de la agricultura mecanizada, ubicada en las mejores tierras del país, los valles del Cauca y el Magdalena, con productos tales como el algodón, caña, arroz, etc. Estudios recientes han llamado la atención sobre este punto ⁽⁴⁸⁾.

CUADRO No. 1

Banano			Algodón, Arroz, Caña de azúcar		Ajonjolí, Cebada, Soya, Sorgo	
Area cultivada (hectáreas)		Indice	Area cultivada (hectáreas)		Area cultivada (hectáreas)	
			Indice		Indice	
1948	40.000	100	164.861	100	37.390	100
1960	50.000	125	440.497	267	98.560	264
Crecimiento:			Crecimiento:		Crecimiento:	
Absoluto	10.000		+ 275.636		61.170	
%	+ 25%		% + 167%		% + 164%	

Fuente: Estanislao Zuleta, Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, *La Tierra en Colombia*, Cuadernos de la Oveja Negra 6, 1973, p. 111.

CUADRO No. 2

MAIZ - PAPA - TRIGO - TABACO - YUCA
FRIJOL - PLATANO - PANELA

Area cultivada (hectáreas)		Indice		Area cultivada (hectáreas)		Indice	
1948	934.050	100		570.257	100		
1960	957.768	103		618.520	108		
Crecimiento:				Crecimiento:			
Absoluto	+ 23.718			Absoluto	+ 48.263		
%	+ 2.5%			%	+ 8.4%		

Fuente: *La tierra en Colombia*, p. 113.

48. Un estudio realizado por el Banco de la República y publicado en septiembre de 1953 sugiere lo contrario de la tesis de Posada: las utilidades en la agricultura aumentaron en un 305% entre 1945 y 1950, y las utilidades en la industria en un 262%. (Ver Pecaut, op. cit., p. 271).

Estos dos cuadros, como se señala en la fuente de la cual son tomados, revelan el carácter de clase de la Violencia en las transformaciones producidas en la agricultura durante el período si se contrastan los progresos, por un lado, de los llamados cultivos comerciales (Cuadro I), y de otro lado, el casi nulo crecimiento de los cultivos tradicionales, en donde se apiña el campesinado parcelario.

Mirada, entonces, como un proceso a largo plazo, la Violencia tal vez pueda comprenderse mejor como el efecto de la alianza del capital industrial y de nuevos sectores agrarios (capitalistas o antiguos latifundios transformados en grandes plantaciones capitalistas), a expensas del campesinado parcelario, particularmente de la zona cafetera que, recordémoslo, fue la más azotada por el fenómeno. En este sentido, es más tentador concluir con Gilhodés que: "Lo que la Violencia de 1949-1953 revelaba era quizás la crisis estructural permanente de una agricultura ampliamente tributaria de relaciones de producción precapitalistas..." ⁽⁴⁹⁾.

d) *Los efectos para el Capital*: Nos hemos referido ya al reforzamiento político de la industria durante el período inicial, que se tradujo en la práctica, de 1945 en adelante, en una tasa de expansión que sobrepasó a la alcanzada en los años anteriores a la Guerra: el crecimiento industrial anual entre 1945 y 1950 fue 11.5 por ciento, y se mantuvo por encima del 9 por ciento como promedio durante todo el período comprendidos entre 1945-1954.

Pero uno de los aspectos que no deja de llamar poderosamente la atención es el hecho de que, habiendo la Violencia tenido como escenario la zona cafetera, durante el período en estudio ni los ingresos globales del sector cafetero, ni las divisas que el país recibía de ese sector, disminuyeron; por el contrario, lograron un notorio aumento con relación al período precedente.

Fluharty, sorprendido, comentó: "Irónicamente, en este período de fracaso social, 1949 a 1953, el valor de las exportaciones casi se duplicó, haciendo de este el período más próspero en la historia de la economía. Entre 1948 y 1952, el porcentaje de formación de capital saltó de 14.2 a 28.2 por ciento. Esta tendencia estuvo acompañada de un aumento en los depósitos bancarios y de la moneda

49. Gilhodés, *La Question Agraire*... p. 341.

en circulación; y los préstamos bancarios para expansión, movimiento comercial y desarrollo agrícola alcanzaron un nuevo récord..."⁽⁵⁰⁾. El régimen se había autodefinido como "la economía de la prosperidad".

f) *Los efectos para una perspectiva revolucionaria:* La violencia forzó a los campesinos a superar el aislamiento y la atomización que alguna vez Marx consideró como características congénitas del campesinado. En el proceso mismo de la lucha, y en defensa contra la represión oficial, el campesino adquirió una elevada experiencia organizativa. Y ésta es una experiencia acumulada para el día en que, dadas las condiciones, el campesinado entre a jugar su papel, al lado y bajo la dirección de otras fuerzas, en la lucha revolucionaria por la toma del poder⁽⁵¹⁾.

Bajo múltiples aspectos, como lo hemos subrayado en páginas anteriores, las acciones emprendidas por los campesinos constituyeron una negación de hecho del poder político existente en cuanto lograron establecer, en amplias zonas sustraídas al control del poder central, sus propias normas para la aplicación de la justicia, la organización del trabajo, la distribución de la autoridad, etc. En este sentido, la Violencia contribuyó a romper, por lo menos parcialmente, el sistema clientelístico de dominación —entendido como un tipo de subordinación política y personal— tan característico de las sociedades agrarias. Por tales razones, Camilo pudo anotar que la Violencia había constituido, para Colombia, "el más importante cambio socio-cultural en las áreas campesinas desde la Conquista de los españoles"⁽⁵²⁾.

Sin embargo, la Violencia creó también una fuerza contrarrestante del despertar del campesinado, pues se convirtió, en la práctica, en una escuela de entrenamiento antiguerrillero para el ejército. De hecho, la primera Escuela Antiguerrillera de Latinoamérica fue fundada en Colombia en 1955⁽⁵³⁾.

50. Fluharty, op. cit., p. 124.

51. Camilo Torres puso especial énfasis en este aspecto de la Violencia.

52. Camilo Torres, en *Camilo Torres Revolutionary Priest*, Edit. por John Gerassi, p. 243.

53. Ver, Francisco Leal, op. cit., p. 916.

Una observación final: El término mismo, "Violencia", acuñado para identificar las luchas del campo en aquella época, cumplió una función ideológica particular, a saber: ocultar el contenido de clase de las luchas agrarias, presentándolas como simples formas de bandolerismo político y social, con el fin de justificar su represión indiscriminada. Un conocido estudioso de los conflictos rurales de Colombia señaló el efecto oscurecedor de tales mecanismos así: "En estos tiempos turbulentos cualquier movimiento campesino corría el riesgo de ser identificado como un acto de violencia. Los propietarios amenazados por invasores, los denunciaban como guerrilleros; los hacendados cuyos arrendatarios se negaban a pagarles las rentas informaban al ejército de la presencia de guerrilleros comunistas en sus tierras. Estas tácticas hacen muy difícil el estudio de los fenómenos del período"⁽⁵⁴⁾.

Evidentemente, no puede desconocerse el carácter anárquico, sectario y ya legendariamente bárbaro que impregnó la contienda. Pero, a medida que se dispone de más y más datos, aparece más y más claramente que el carácter de clase no solamente no le era ausente, sino que era tendencialmente predominante. En esta gestación original de la conciencia de clase, la Violencia representa también, como lo ha mostrado Quijano⁽⁵⁵⁾ un desarrollo único en el contexto de los movimientos campesinos latinoamericanos.

CONCLUSIONES

Aunque en la exploración del complejo fenómeno de la Violencia todavía queda mucho por hacer, los análisis previos nos permiten formular algunas conclusiones tentativas:

1) La primera es que uno de los mayores efectos de la Violencia fue producir una alteración de los canales tradicionales que median entre el campesino y el resto de la sociedad de la cual él forma parte, y en particular, la erosión de las bases clientelísticas del sistema político.

54. Gilhodés, *Las luchas agrarias en Colombia*, Edit. El Tigre de Papel, p. 53.

55. Aníbal Quijano, op. cit.

colombiano en el campo, como nexo dominante entre gobernante-gobernado.

Algunos indicadores que apoyan esta conclusión son:

a) La emigración masiva de terratenientes de los dos partidos a las ciudades, que creó un vacío político en el campo subsiguientemente colmado por organizaciones campesinas.

b) La toma del control y dirección de las guerrillas, inicialmente bajo el dominio de líderes de uno de los dos partidos, por auténticos campesinos (el mencionado caso de los Llanos fue el más importante).

c) La creciente expansión de las áreas bajo comando comunista (evocadas bajo el nombre de "repúblicas rojas", término que alude a su casi completa autonomía del poder central).

En la práctica, todos estos factores representaban un debilitamiento de las formas tradicionales de control del campo desde la ciudad, tan peculiares de la estructura de poder en Latinoamérica.

Todos estos elementos, además, en un determinado momento, aparecieron a ambos partidos como una amenaza real al sistema político existente. A esto se sumaba el hecho de que el ejército se había reforzado numérica, técnica y políticamente. Políticamente, sobre todo, había pasado de tener un papel meramente marginal, subordinado a las confrontaciones de los dos partidos, a tener un papel casi completamente autónomo. Como resultado de ello, se había transformado en árbitro de la lucha entre los dos partidos y, eventualmente, en su rival.

Se puede argüir, por consiguiente, que, con el tiempo, los factores en juego en las contradicciones generadas por la Violencia empezaron a trascender la simple oposición liberal-conservadora. En tales condiciones, la alianza de los dos partidos puede ser vista como una medida de autoconservación contra terceras fuerzas —la fuerza ascendente del campesinado y el intento del ejército de crear un tercer partido.

2) La segunda conclusión general es que, a pesar de los cambios ocurridos, y a pesar de la magnitud de las pérdidas y del hecho de que la Violencia implicó una de las más grandes movilizaciones campesinas del mundo occidental, el sistema político evitó exitosamente una ra-

dicalización generalizada del campesinado y encontró una solución que preservó las estructuras tradicionales.

Esto puede verse, por ejemplo, en el hecho de que:

a) En términos de redistribución de la tierra no se logró una conquista significativa.

b) La cuestión agraria, como tal, no fue una preocupación básica de los acuerdos bipartidistas que llevaron a la formación del Frente Nacional. Ello muestra hasta qué punto llegó la recuperación del control político por parte de las clases dominantes.

c) La Violencia no desembocó en la formación de un verdadero partido agrario que implicara la integración de la masa de los campesinos a nivel del Estado, como ocurrió en las fases iniciales de las revoluciones boliviana y mejicana, por ejemplo.

En casos tales como el mejicano, el cubano y el boliviano, la uniformidad en los objetivos de los movimientos (transformación de la estructura agraria o de la estructura social en su conjunto), y la independencia de las organizaciones campesinas con respecto a las fuerzas tradicionales, en particular los partidos políticos existentes, permitieron el logro de cambios más o menos permanentes en las estructuras agrarias, e incluso en la sociedad en su conjunto.

Claro está, una de las principales causas de la subordinación del campesinado a los partidos políticos en el caso colombiano, se encuentra en la particular estructura agraria del país. La predominancia de un campesinado compuesto principalmente de propietarios minifundistas y de cosecheros que producen café para el mercado (nacional e internacional) creó condiciones de dependencia permanente de los campesinos con respecto a la ciudad. El carácter estacional del grano y la limitada escala de la producción hacen que aquéllos tengan que recurrir al crédito durante la mayor parte del año. Así, los pequeños productores dependen de hecho, para la comercialización de sus productos y la obtención del crédito, de comerciantes locales ciudadanos. Ahora bien, estos comerciantes que monopolizan el crédito son, usualmente, al mismo tiempo, los jefes políticos locales que exigen, como contrapartida, la permanente lealtad de los campesinos a los partidos que ellos representan.

Sin lugar a dudas, estos mecanismos hicieron más fácil la movilización de los campesinos por los líderes ur-

banos tradicionales (liberales y conservadores), y al mismo tiempo, permitieron a éstos mantener la revuelta campesina dentro de los límites de la lucha bipartidista, bloqueando así su desarrollo autónomo en términos de dirección, organización y demanda.

3) Finalmente, se puede concluir que la Violencia es el fenómeno de más duradero impacto en la estructura socio-política del país en el siglo XX:

a) Desde, por lo menos, 1948, hasta 1957, es el eje de todos los desplazamientos en la estructura del poder político.

b) Los 16 años de Frente Nacional son expresamente concebidos para ponerle fin; y

c) Todavía hoy, Colombia se encuentra enfrentada a los conflictos desencadenados por la Violencia o reprimidos por ella.



editorial la carreta

Medellín, Apdo. Aéreo: 51968 Tel. 31-39-79

Pierre Gilhodés. *Las Luchas Agrarias en Colombia.*

Darío Mesa. *Ensayos sobre Historia Contemporánea de Colombia.*

Alejandro López. *Problemas Colombianos.*

CUADERNOS COLOMBIANOS

JOSE FEDERICO PEREIRA LUX
**el mito de los impulsos
filicidas**

INTRODUCCION

“Los grandes mitos —afirma Mircea Eliade— son plurivalentes y su interpretación no se agota en un solo sentido”. Un mismo mito puede ser, en efecto, simultáneamente —como totalidad o en alguno de sus elementos constitutivos—, la alegoría sagrada que encierra una reflexión de naturaleza religiosa; la alusión legendaria a los avatares históricos de un pueblo (origen, migraciones, luchas por el poder, rasgos culturales, etc.); un mecanismo de defensa ante un mundo ininteligible u hostil a través de ciertas explicaciones sobre las fuerzas naturales que, en este sentido, equivalen a aquellas hipótesis científicas que confieren seguridad al hombre moderno para actuar sobre la naturaleza, así sea de un modo objetivamente mágico. Existe también una mitología filosófica como la creada por Platón en “El Banquete” con el fin de explicar el impulso instintivo hacia el otro, la esencia misma del amor; y una mitología literaria, tardía como la filosófica, que aparece cuando ya el significado del mito es oscuro y puede, por tanto, ser utilizado con fines estéticos y aún morales (epopeya, lírica, tragedia, etc.) Cuando el mito es una realidad viva constituye un vínculo entre el presente y el pasado, con derivaciones prácticas: el conocedor del mito puede, a través de los elementos de éste, estructurar el presente, hacerlo inteligible y, por consiguiente actuar. “Para quien vive así, el mito es a la vez una inspiración y una protección, es un modelo para la acción presente”, realidad a la que Thomas Mann hace referencia en estos términos: “los motivos ancestrales del alma humana también son, al propio tiempo, prehistoria, aquella profundidad de las fuentes del tiempo en donde el mito se halla a sus anchas y las normas ancestrales constituyen formas ancestrales de vida. Ya que el mito es fundación de la vida; es el esquema atemporal, la fórmula pía por la que transcurre la vida, y va reproduciendo sus rasgos a través del inconsciente... El hombre antiguo ... busca en el pasado un ejemplo en el que pueda deslizarse como en una campana de buzo, para así poderse lanzar, protegido a la par que afectado, en el pro-

blema actual. Por ello, su vida es en cierto modo una reanimación, un comportamiento arcaizante. Pero precisamente esta vida como reanimación, como nueva reanimación, es la vida del mito". Pero, ante todo, la mitología es un sistema de pensamiento destinado a desvelar lo que desafía la razón. "El espíritu heleno oponía, como dos modos antitéticos de pensamiento, el logos y el mythos, el 'razonamiento' y el 'mito'. El primero es todo aquello de que se puede dar cuenta racionalmente, todo lo que alcanza a una verdad objetiva, y es idéntico para todos los espíritus. El segundo es todo lo que se dirige a la imaginación, todo lo que no es susceptible de verificación, sino que lleva su verdad en sí misma, en su verosimilitud, o, lo que viene a ser lo mismo, en la fuerza de persuasión que le confiere su belleza" (P. Grimal). De esta plurivalencia mitológica somos especialmente conscientes al intentar abordar el mito de los Argonautas, que contiene en sí y, a la vez, se relaciona con un elevadísimo número de temas, de ahí que lo hagamos mediante una serie de aproximaciones, las cuales, plasmadas en forma de artículos, irán apareciendo en esta publicación.

Para cumplir con este ambicioso propósito, es preciso establecer un paralelismo entre ciertos temas de la cosmología helénica y las hipótesis de algunos pensadores modernos. Refiere Hesíodo en sus "Teogonías" que Urano engendró en Gea (la Tierra), su madre y esposa, seis titanes, seis titánidas, tres cíclopes, tres gigantes y a los Hecatónquiros ("los cien brazos") y que Gea, fatigada por la continua fecundidad que le imponía su compañero y disgustada porque Urano obligaba a parte de sus hijos a permanecer encerrados en las profundidades del Tártaro, fustigó a Cronos —su hijo menor— contra el padre. Cronos, armado por la madre, castró al padre y ocupó su lugar de preeminencia. Pero, una vez constituido en autoridad, el hijo incumplió lo prometido a la madre (liberar a sus hermanos), por lo cual Gea se indispuso contra él y le profetizó que, a manos de su propia descendencia, tendría un fin idéntico al de su padre.

Para evitar que la maldición materna se cumpliera, Cronos devoraba a los hijos alumbrados por su hermana y esposa, la titánida Rea. Con la complicidad de Gea, la titánida decidió salvar de la muerte a Zeus, su sexto hijo, el que habría de vengar a su abuela. Zeus, en efecto, liberó a los monstruosos tíos encerrados en el Tártaro y, con el apoyo de éstos, obtuvo la victoria sobre su propio padre y los titanes aliados de éste.

Durante diez años Zeus se vio obligado a luchar contra estas fuerzas monstruosas, especialmente ejemplarizadas en Tifón o Tifeo, otro hijo de Gea, de elevada estatura, cuyas manos estaban rematadas por cabezas de dragón, que poseía ojos fulgurantes, un cuerpo recubierto por víboras, y además, era alado. Solamente después de vencer a estas fuerzas pudo estabilizar Zeus su poder e instaurar un nuevo orden de divinidades, los olímpicos, circunstancia en la que los filósofos griegos veían el triunfo del orden y de la razón sobre la fuerza brutal y la violencia desordenada.

En la primera etapa de este ciclo mitológico es llamativo el hecho de que no exista la prohibición del incesto, pues la madre se une con el hijo, y el hermano con la hermana. En ella, Gea, principio femenino surgido del caos, diosa primordial y madre de quien luego será su marido, está fatigada de la maternidad que le es impuesta por un principio masculino. Y he aquí a la Mujer rechazando el Orden y la Ley encarnados en el esposo —que es su hijo— y llevando a cabo su rebelión a través de Cronos, el hijo menor, de quien se muestra como aliada y protectora en tanto que éste sirve a sus fines subversivos. Pero cuando, a su vez, el hijo-instrumento se erige en autoridad para ella, nuevamente la vemos —aliada a la mujer de éste— conspirando contra la Ley, sirviéndose para ello de un hijo de su hijo. Y la secuencia se repite: Zeus, el padre olímpico, sólo logrará establecer su poderío matando al propio padre y luchando contra las fuerzas del principio femenino-maternal, generador de caos en tanto que es irracionalidad e instinto sin limitaciones. Tentación natural de la mujer —viene a precisarnos Maud Mannoni y con ella otros pensadores—

es impedir el crecimiento del hijo, su independencia como sujeto dejando de ser un objeto en manos de la madre; y tratar ella de realizarse como hombre, negando su carencia, a través del marido y de los hijos; circunstancia que se regula cuando la mujer acepta e interioriza la Ley representada por el principio masculino. El puro afecto, el deseo no regulado aboca en la negación del individuo como sujeto, en otros términos, el instinto incontrolado es indudablemente tanático. Recientes experiencias de Master y Johnson, según las cuales se ha comprobado que la capacidad orgásmica de la mujer es cincuenta veces mayor, si no más, que la del varón, nos permiten aceptar la hipótesis de que las culturas agrícolas, para su instauración, se vieron precisadas al sometimiento legal de la mujer lo que implicaba la regulación y sujeción de su gran capacidad orgásmica por el hombre a fin de garantizar sus funciones de esposa y madre, imprescindibles para la posesión y transmisión hereditaria de la tierra; lo cual supone todo un sistema legal simbolizado en el padre como representante de la Ley, en Urano que se interpone entre Gea y parte de los hijos que en ella ha engendrado.

Las luchas instigadas por Gea contra Urano y contra Cronos, así como las de Zeus en contra de sus tíos maternos se relacionan estrechamente con las hipótesis de Gérard Mendel. Sostiene este autor, en "La révolte contre le père", que únicamente cuando las imagos paternas reforzaron el yo, contrarrestando el poder de las imagos maternas hasta entonces predominantes, se hizo posible una nueva relación del ser humano con el mundo exterior y la naturaleza. Hasta ese momento, que el autor ubica hacia comienzos del Paleolítico, prevalecía un principio fatalista de obediencia y sumisión a las fuerzas naturales. Mundo, Tierra, Naturaleza, Vida, Muerte, eran aprehendidos a través de imagos maternas que se proyectaban sobre ellos. La Naturaleza era la madre universal y todopoderosa, vivida como la imagen de la madre nutricia y frustrante de la infancia; precisamente la interiorización de esas experiencias gratificadoras y frustrantes fueron el origen de la doble imagen (madre buena y madre mala) que coincidía en

la concepción de la Naturaleza como una autoridad materna-intransgresible que, mágicamente, se extendía sobre todas las criaturas, sus hijos. La humanidad —afirma Mendel— no salió de este estado infantil de total dependencia psicoafectiva hasta que los hijos, equilibrando las imagos maternas con las imagos paternas neo-formadas, pudieron modificar el orden de las cosas, utilizando las fuerzas para aligerar eficaz, racional y técnicamente la presión que sobre ellos ejercía el contorno natural donde, cada vez más, se sentían extraños.

En cuanto a las figuras de Cronos y de Zeus, nos parece que constituyen un símbolo de toda esa etapa histórica durante la cual la humanidad introyectaba la imago paterna. Cronos, monstruo devorador de sus hijos, expresa la angustia del hijo ante el rival del triángulo incestuoso infantil, el Padre a quien todo hijo aspira a matar para no morir él mismo. La conquista sobre la Naturaleza, vivida como una violación a la madre —deseo edipiano inherente a la humanidad por cuanto la mujer hacia la que primero se dirige el deseo sexual del niño es su madre—, se logra con la muerte, real o fantaseada, del padre; porque esa muerte y esa comida totémica es lo que ha permitido interiorizar la imago paterna. Su muerte —continúa Mendel— y la culpabilidad ligada a ella están incluidas en todas las instituciones socio-culturales post-neolíticas. La culpabilidad sería, según Freud, el origen de las instituciones externas que constituyen el poder social, religioso y político que, por esta razón, tendrían una función de desculpabilización: una negación de la muerte del padre, algo así como "puesto que él está ahí nosotros no lo hemos matado", permitiendo simultáneamente el beneficiarse de su muerte. Es entonces cuando surge la prohibición del incesto. Los dioses olímpicos, el rey-sabio, el dictador serían imágenes de este padre todopoderoso introyectado. En otras palabras: el precio a pagar por esta desculpabilización es la sumisión externa al poder social. Por otra parte la imago paterna representa, no sólo el rival, sino el mediador que permite llevar aceptablemente las relaciones madre-hijo (Gea y sus vástagos sepultados en el tártaro por disposición de Urano).

Si el padre desaparece, el niño queda expuesto a una relación binaria angustiada, entregado al instinto incontrolado de la madre. Ella es, pues, la encarnación de la muerte y de la vida, como el padre lo es de la mediación y de la rivalidad. Por ello, toda maduración, crecimiento o independencia es vivido por el niño —esto es lo que nos enseña el mito— como un detrimento de las figuras parentales, pues para lograrlo necesita matar al padre y violentar a la madre. Cronos es, por consiguiente, la antítesis y la justificación del Edipo freudiano; el mito cosmogónico transmitido por Hesíodo y el de la horda fraterna, asesinato del padre y comida totémica —creación de Freud— son expresiones simbólicas de una misma realidad psíquica.

ORFEO Y JASON

No deja de ser llamativo el paralelismo temático de todas las hazañas marítimas en los mitos greco-romanos: Eneas es la reencarnación literaria de Telémaco, quien a su vez lo es de Odiseo y éste de Jasón. Pero es que además, de la cuidadosa lectura de todas las versiones escritas del mito de los Argonautas y de sus derivados, se desprende espontáneamente un sutil paralelismo en el retrato de algunos héroes, parecidos que nos obliga a preguntar si no estará esencialmente relacionado con la significación fundamental del gran mito argonáutico. "Se ha preguntado —dice Levi-Strauss— por qué los mitos ... utilizan tan frecuentemente la duplicación, triplicación y hasta la tetraplicación de una secuencia... La repetición tiene una función propia: Hacer manifiesta la estructura del mito". Al respecto nos proponemos examinar ahora el paralelismo existente entre Jasón y Orfeo, uno de sus compañeros de aventuras. Para ello, nada parece más indicado que el precedente señalado por el propio Freud en "Totem y Tabú", es decir la creación de una ficción igualmente mitológica, en base a que determinadas realidades psíquicas no se dejan aprehender sino a través de imágenes y no de conceptos. De este modo, así como el fundador del psicoanálisis da como un hecho histórico, de cuya validez antropológica no duda, la

existencia de la horda fraterna, del parricidio y de la comida del padre, partimos aquí del supuesto de que la expedición de los Argonautas se dio en la realidad; no desde ego, como nos la transmiten las fuentes literarias del mito, sino como la suma de una serie de exploraciones marítimas que los hombres de la península helénica llevaron a cabo en el período Neolítico con la finalidad de establecer rutas comerciales, migratorias y militares. Y suponemos, o tanto, que Orfeo y Jasón fueron seres de carne y hueso, bien arquetípicos, es decir símbolos del hombre primordial que no ha contemporizado con las exigencias de la historia, símbolos de la verdadera naturaleza humana, imposibles de realizar plenamente en ninguna existencia circunstancial.

Jasón hace una entrada espectacular en el mito de los argonautas y la primera impresión que recibimos de él es de su belleza física. Píndaro nos lo describe como un desconocido que un buen día se planta desafiante en medio del ágora o plaza pública de Jolcos. Es de elevada estatura, vestido a la manera de los magnesios y se recubre con una piel de leopardo. Su cabellera rubia, intocada por el filo de la navaja, cae en rizos sobre su espalda. En cada mano lleva una jabalina. Tiene unos veinte años de edad. Nadie le conoce, pero su aspecto impone respeto a quienes lo ven. Atraído, el pueblo se congrega inmediatamente a su alrededor y comienza a hacer conjeturas. Se le compara a Eneas en razón de su amplia y resplandeciente cabellera; a Aquiles por el hecho de presentarse armado y por la impresión de fuerza que se desprende de su recia contextura; a Oto y Efialtes, hijos de Aloeos e Ifimedia, quienes a los veinte años ya medían 9 varas de alto y 9 codos de ancho, declararon la guerra a los dioses e incluso llegaron a encadenar al propio Marte por lo cual fueron muertos por Apolo. A Ticio, otro gigante, que por pretender el amor de la mortal Latona, fue castigado con la muerte por Diana. Esta última analogía no se refiere tan directamente al físico del héroe como a su fisonomía moral, a sus ocultas inclinaciones, si se considera que a través de sus Odas Píndaro insiste en que el mortal no debe imitar a ciertos hombres

que querían parecerse a los dioses. El propio Pelias, rey de Yolcos, admite la magnificencia del joven desconocido al suponerlo hijo de la postrera fecundidad de una mujer, según el criterio helénico de que los hijos de mujeres maduras eran más perfectos y delicados en relación al común de los hombres. Por su parte, Jasón responde a las preguntas del rey con "voz dulce y altiva", es decir, con una voz en perfecta consonancia con su aspecto físico. Pero, fuera de estas especulaciones admirativas, nada sabemos de él hasta que el mismo héroe se presenta.

¿Quién era, pues, Jasón? En síntesis, un salvaje refinado, un hijo del Padre. Acababa de dejar la tutela de Quirón, el centauro, que aunaba en sí la fuerza equina con el poderío intelectual. El héroe era hijo de Esón, el rey de Yolcos destronado por su hermanastro Pelias, hijo de la misma madre (Tiro) pero engendrado por el Dios Poseidón. Temeroso de que el usurpador quisiese dar muerte al niño, aspirante natural al trono, Esón hizo creer que su vástago había muerto mientras que, ocultamente, era conducido al monte Pelión, donde fue confiado al Centauro Quirón. El futuro jefe de los Argonautas permaneció allí hasta su mayoría de edad, conviviendo con Filiro y Cariclea, madre y esposa respectivamente de su preceptor y, más tarde, con las hijas de éste. Al confiárselo en el retiro del Monte Pelión, Esón había segregado a su hijo del resto de la humanidad y, sobre todo, lo había alejado de la influencia de su madre natural. Jasón se educa lejos de la encarnación socio-cultural del padre asesinado y de la culpa inherente a ese delito, culpa con la que carga el resto de los mortales. Filiro y Cariclea no son sus madres y Jasón lo sabe; puede, por tanto, observarlas "objetivamente" actuando sobre su preceptor. Quirón, mente viril con cuerpo de caballo, es un pedagogo y no un hombre de acción porque convive en una cueva con su madre y con su esposa —imagen de su madre— y con sus hijas, perpetuación del mismo principio femenino y maternal. Las gratificaciones que Jasón recibía de estas mujeres representan una tentación en la constante disyuntiva humana entre progresar a favor de los impulsos vitales o regresar, en alas del recuerdo, al vientre materno.

El antro, la cueva de Filiro y Cariclea simboliza la protección, la seguridad, la satisfacción de todas las necesidades sin esfuerzo, el alimento y el calor constantes a cambio de sometimiento. Dentro de la cueva, Jasón ha de renunciar a su espontaneidad, ha de plegar su enorme cuerpo a las reducidas dimensiones de la cavidad rocosa, ha de limitar sus movimientos y, so pena de ser expulsado nuevamente al mundo exterior, doblegarse a las disposiciones de las mujeres que reinan en el hogar. Mientras reposa del esfuerzo exigido por la lucha allá afuera, esto es grato, pero a la larga resulta fatigoso. Cuando su energía vital estaba a punto de estallar, Jasón debía abandonar la cueva; entonces Quirón lo tomaba nuevamente bajo su égida. Es así como en la conciencia del pupilo se forja una imagen paterna ideal, excelente, digna de imitarse, una meta para alcanzar. Meta que se confunde con un destino, pues Quirón recuerda a cada momento que este niño está destinado al cumplimiento de una gran misión: en apariencia vengar a su padre y reconquistar el trono de Yolcos, pero en realidad, ser el pionero del Ponto Euxino. Jasón, es en efecto, un espíritu emprendedor y aventurero, un conductor de hombres a quienes arrancará del costado de sus madres y del seno del hogar para arrastrarlos hacia lo desconocido, hacia la conquista de un nuevo mar. Jasón no teme a la Madre Naturaleza, ni, por consiguiente, al mar. Jasón va a desafiarla y a sojuzgarla, tiene el propósito titánico de someter el mar bajo el peso de su navío Argos y, gracias a esta temeridad, abrir nuevas rutas para la navegación griega. Es un símbolo de esa categoría de hombres que Gérard Mendel llama "devotos del padre", que "apoyándose en el principio paterno, impusieron progresivamente (desde el comienzo del Neolítico) su poder a la Naturaleza, introdujeron la temporalidad y la innovación a lo inmutable y desarrollaron la reflexión, el lenguaje y la racionalidad", librando a los pueblos pre-históricos de esa imago materna arcaica que se proyectaba en el principio fatalista de obediencia y sumisión a las fuerzas naturales. Y como tal, participaba de sus características: "Los hijos de mamá —afirma el autor— se nos aparecen como psíquicamente frágiles y mal dotados para

la lucha por la existencia, pero excelentemente para los goces. Los devotos del padre, más sólidos y mejor armados, no disfrutaban del placer de vivir".

Jasón no se sentía hecho para el placer y, por consiguiente ni lo amaba ni se complacía en él. Sin embargo, no opinaban lo mismo quienes admiraban su viril apostura. Era el fantasma del deseo —encubierto o no—, pero no la realidad, lo que hacía que se le considerase de naturaleza sensual y como fuente de placer. Su vista inspiraba pensamientos carnales, además de otros más elevados, especialmente vinculados a conceptos de nobleza, perfección, intrepidez y heroicidad que le conferían una aureola casi divina, de tal manera que se encontraba natural el hecho de que él se designase a sí mismo como un exponente de la "raza de los dioses" y más concretamente de la raza de Zeus Crónida, nuevo orden de divinidades establecido después del derrocamiento de una divinidad femenina, madre de todos los elementos, por parte de un padre al que sus propios hijos castraron y arrebataron el trono. Pero en cuanto al aspecto sensual, Jasón discrepaba de sus admiradores; existía allí una contradicción a la que él se había sensibilizado y, en cierto modo, le disgustaba saberse objeto de deseo. En parte por ser un "devoto del padre", pero también por la conciencia de no poder colmar de un modo igualmente heroico o, si se quiere, divino, las expectativas sensuales despertadas por su persona. Aquella belleza era, a la vez, su pena y su gloria. No hubiese querido prescindir de un atributo que lo enorgullecía, pero que a veces le pesaba. Con razón se ha podido decir que su tragedia se hallaba detrás de su bello rostro, pues fue este atractivo el que le acarreó sus mayores desgracias. No por obra, sin embargo, de una especie de fatalidad que pesase sobre él, de un destino al que su persona se encontrase ajeno; afirmar tal cosa sería injusto para con las mujeres que lo amaron a su modo y que, por esa misma razón, en mayor o menor grado, labraron su ruina. En su posición narcicística, ningún don hubiera aceptado el héroe a cambio de su hermosura, pues si bien ocasionalmente ésta constituía su pena, era siempre su gloria, la amaba y se servía de ella con fines que, tal

vez, a sus propios ojos permanecían oscuros. En busca del vellocino de oro, por orden de Pelias, obtiene el amor de Hipsípila, reina de la isla de Lennos, en quien engendra dos hijos y a la que luego abandona, episodio que sirvió de inspiración a Virgilio para describir los amores de Dido y Eneas y al que Dante alude en el *Infierno*, XVIII, 92-94: "(Gíasone) Isifile ingagnno la giovinetta / che prima l' altre avea tutte ingannate / lasciola quivi grávida e soletta". Su belleza seduce también a Medea, gracias a la cual, Jasón obtiene el ansiado Vellocino, y luego a Creusa, a través de quien habría obtenido el trono de Corinto.

Caso paralelo al de Jasón es el de Orfeo, pero en un nivel más concreto, de tal manera que resulta relativamente fácil referirse a esta característica del citaredo y cantor: Orfeo no poseía tanto una apariencia extraordinaria como ese don de cantar admirablemente que lo emparentaba con los dioses. No es que únicamente poseyese —ya tendremos ocasión de repetirlo— una voz privilegiada; la tenía, ciertamente, pero por encima de todo en él coincidían el talento y los secretos del arte para exaltar, deprimir o serenar los ánimos de quienes escuchaban su canto. Aquel que cediese a su influjo quedaba subyugado por este extraño poder. De Orfeo se dice que, escuchándolo, los animales feroces depositaban su furor a sus pies; los pájaros solían posarse en los árboles vecinos; los vientos se calmaban; los ríos suspendían su curso y las copas de los árboles formaban coros de baile. Toda esa gama de reacciones que su voz suscitaba en el auditorio le era familiar. Primero venía el asombro del oyente ante la propia emoción, ya fuera exultante, tranquila o melancólica despertada por el canto. Seguía luego una cierta incredulidad, un resistirse a admitir que la conjunción, en apariencia tan sencilla, del sonido emitido por la garganta de aquel hombre y el fuerte tañido de las cuerdas de su cítara tuviese semejante poder sobre los propios sentimientos. Incredulidad que, ciertamente, no hacía sino encubrir una suerte de pudor, una especie de escudo opuesto al poder vulnerante de aquella voz. Pero, a continuación, la curiosidad se encargaba de responder a este reto y, terminada la primera canción de Orfeo, nunca

dejaban de escucharse nuevas demandas. Antes de rendirse, el público quería convencerse de su capacidad emocionante, que equivalía casi a una fuerza física. Al acceder Orfeo el fenómeno volvía a producirse. No había, pues, lugar para la duda: aquel artista, a distancia, valiéndose armónicamente del sonido, era capaz de remover a voluntad los más íntimos sentimientos; bastaba prestarle atención, abandonarse a su iniciativa para llegar a la etapa final: el arrobamiento y la admiración que lo divinizaban. De ahí en adelante, nadie que se hubiera encontrado bajo su poder seductor podía mirarlo como antes, sino con verdadera devoción, y esto, no hay que dudarlo, complacía a Orfeo, constituía su recompensa de artista.

Pero, por desgracia, había mujeres que llegaban a conclusiones desafortunadas en relación a este relicario de los dioses. Nosotros mismos, al referirnos a su talento y a los efectos que éste producía en el auditorio, estuvimos tentados de emplear imágenes de muy diversa índole, equiparando esa comunión anímica al púdico forcejeo de una virgen con el amante que acaba por rendirla a su deseo. Nos abstuvimos en razón de que hubiera constituido un burdo error, una mezcla de niveles, el paso de un orden puramente espiritual al material, salto que, como veremos, horrorizaba al propio Orfeo. Sin embargo, no faltaban mujeres que, bajo el hechizo de su voz pensasen: "Si este hombre amara como canta, he aquí un amante excepcional" y por ello lo deseaban y, lo que es peor, se lo hacían saber. No es que censuremos esta actitud de sus admiradoras, por el contrario, esta espontaneidad es encomiable por cuanto delata una riqueza emotiva que en aquella etapa evolutiva de la humanidad aún era fácil de prodigar, sin el agobio de penosas restricciones y sin que sus manifestaciones recibieran el injurioso e hipócrita calificativo de "antinatural". Hablamos en términos de "mejor" o "peor" pensando en Orfeo que, como se sabe, murió despedazado en manos de las mujeres Tracias. Porque en modo alguno el cantor se hubiera prestado a satisfacer estos deseos nacidos de una quimera. Orfeo cantaba admirablemente, pero no sabía amar y nos inclinamos a pensar que, al menos par-

cialmente, lo primero se daba en razón de lo segundo. Sin embargo, es evidente que ni él mismo ni sus admiradoras compartían esta opinión. Orfeo no se dejaba consolar por mujer alguna desde la muerte de su amada Euribife o Eurídice; su duelo era inmortal, hasta el punto de que lo había conducido al mundo subterráneo de las sombras en busca de la Única a la que él había amado.

A sus compañeros de aventuras, a los Argonautas, les constaba que Orfeo rehuía el trato de las mujeres. Cuando los demás héroes se enorgullecían de ser capaces de amar y de ser amados, él guardaba un prudente silencio. A la par de los demás Argonautas, Orfeo había afrontado todos los riesgos de la aventura y afrontaría de igual modo los que aún estuvieran por venir, con excepción del trato con la Mujer. Sin embargo, Orfeo había amado a Euribife y por ella era célebre su descenso al Hades. Muchas mujeres habían amado a Orfeo a causa de su voz, del poder de que estaba dotada; esta parcialidad de sus enamoradas lo exasperaba. No amaban su persona toda, sino su voz, o más exactamente, lo amaban a través del más notable de sus atributos. Euribife era la única que había sabido comprender el valor integral de este hombre. Aunque él hubiese nacido mudo, Euribife le habría amado igualmente, lo amaba aún antes de escuchar su canto y como a un ser concreto, no como a un fantasma tan tenue como los sonidos engendradores de deseo que se desvanecen en el aire. El, por su parte, le correspondía porque Eurídice era la excepción de una regla. Pero Euribife había muerto el día de las bodas y Orfeo había creído un deber ir a sacarla de entre los muertos. Tomó su lira y bajó por el Ténaro a las orillas del Estix, encantó con las dulzuras de su canto a las divinidades infernales, las hizo sensibles a sus dolores y obtuvo el consentimiento de la vuelta de Euribife. Pero Plutón y Proserpina pusieron la condición de que no había de verla hasta que estuvieran fuera de su reino. Ya salían del Hades, marchando Orfeo delante, cuando, próximos a la puerta, éste no pudo contenerse y volvió la cabeza. De inmediato la sombra amada se desvaneció para siempre. Este deseo prohibido, de satisfacción irrealizable, no tiene de por

¿sí connotaciones incestuosas? ¿Qué mujer es capaz de amar como Eurídice a Orfeo si no es una madre a su hijo?

Existía pues una lamentable discrepancia de perspectivas entre el artista y sus admiradoras. No se veía él a sí mismo como ellas lo veían. No concebía Orfeo cómo, en virtud de su divino arte, pudiera convertirse en objeto de groseros apetitos. A través de este don, un dios tocaba el corazón de los mortales, pero abría un abismo entre ellos y el propio Orfeo. Con su voz, el artista se acercaba y, al mismo tiempo, ponía distancia entre él y los demás. Realidad tan fácil y espontáneamente aceptada que despierta una sospecha: era en verdad la aceptación de un hecho fatídico, irremediable, o se trataba más bien de un recóndito deseo? Lo cierto es que, convencido él mismo de su parentesco con los dioses (era hijo de Apolo y nieto de Zeus), el artista rechazaba con seguridad el deseo femenino como producto de una ilusión bestial, de un trágico error de apreciación e, incluso, como defecto característico de una especie inferior a la masculina. Tal vez sea este el momento apropiado para dejar constancia de que Orfeo reconocía una identidad de naturaleza entre los sentimientos que él despertaba tanto en hombres como en mujeres; pero las manifestaciones de ese sentimiento común, tan diferentes en uno y otro sexo, estaban continuamente a su vista. Los de su propio sexo aceptaban, como él, que un dios lo poseía al cantar. En consecuencia, tomaban una reverencial distancia de su persona y desde ella le hacían llegar gratitud y elogios; las mujeres, por el contrario, parecían negar la existencia de otra divinidad que no fuese la Naturaleza misma, y en lugar de reverenciarlo, querían apoderarse de él y disfrutar de su sexo: le tocaban, se apretujaban en torno a él, en presencia suya lanzaban gritos extáticos, miradas apasionadas, palabras encendidas. Pretendían consolarlo por la pérdida de Euribife! Se diría que tanto deseo intentaba acallar su voz con la violencia de los besos. De ahí la insolente actitud de Orfeo frente a estas acometidas. Su rechazo a las pretensiones femeninas era altivo, categórico, inequívoco. Nunca pretendió usurpar los derechos del dios que se servía de su garganta privilegiada; estaba en él, pero no era él.

La miopía femenina impedía a sus admiradoras dirigir su veneración a quien realmente correspondía, a su dios, a su numen y, alteradas, pretendían profanar el santuario.

Las mujeres nunca comprendieron estas razones de Orfeo y se indignaban ante su desprecio. Un hálito de tragedia emanaba de la persona del artista. Tanto rencor suscitado a su paso, tanto amor trocado en odio no podía presagiar algo positivo. Pero Orfeo permanecía ajeno a la situación; es más, enamorado de su voz, parecía desafiar esta cólera de todo un sexo con su fidelidad a la sombra de una muerta, con su amor a la muerte misma. Fueron, finalmente, las mujeres de Tracia quienes dieron cumplimiento a la sentencia que pesaba sobre el citaredo. Exasperadas por tanto menosprecio, pusieron fin a su existencia y, no satisfechas con despedazar el cuerpo con sus uñas, le cortaron la cabeza, es decir: destrozaron su garganta, pretendieron extinguir definitivamente esta voz odiosa. Luego arrojaron la cabeza a la corriente del Hebro, pero mientras se alejaba, ésta continuó cantando. Como consecuencia de que Jasón había adoptado una actitud más sutilmente fóbica ante el mismo objeto, su final, aunque similar al del célebre cantor, fue menos cruento. No fue llevado a cabo por toda una población femenina, sino que fue obra de una mujer específica: Medea, y a causa de otra mujer: Glaucé o Creusa. No murió física, sino psíquicamente: Jasón quedó destruido hasta el fin de sus días: sin el trono de Jolcos al que tenía derecho; sin el de Corinto al que aspiraba; sin compañeros, pues los Argonautas lo habían abandonado; sin patria, sin hijos, a los que Medea dio muerte, y sin mujer... En el momento de su muerte, herido en la cabeza por una viga desprendida del esqueleto del Argos, es imposible reconocer en este paria la fulgurante y gloriosa figura de Jasón a los veinte años, cuando se disponía a medir sus fuerzas con las de la Naturaleza...

Nos hallamos, pues, ante dos de los cincuenta Argonautas, poseedores ambos de atributos especiales y participantes de una aventura colectiva que agitó profundamente el mundo heroico. Empresa en la que vemos simbolizado el

esfuerzo del hijo por lograr su identidad de adulto en franca lucha con un principio femenino-maternal que se opone a ello: la Naturaleza, lo desconocido. Las actitudes de ambos héroes ante el mismo principio son diversas únicamente en apariencia. Orfeo rehusa su trato, Jasón utilizaba sus encantos en provecho propio: permitía que le amasen para luego herir con la insatisfacción y el abandono, primero de Hipsípila por Medea y luego de ésta por Creusa; siempre en pos de una mujer a la cual destruir en aras de sus intereses personales. Actitudes fóbicas frente al mismo objeto ansiógeno: el afecto femenino, sobre todo cuando éste se muestra exaltado, sin control, en toda su pureza original. Esta rebelión desafiante frente a un orden instintivo retardador del crecimiento es causa de su muerte a manos o por causa de mujeres. Todos los Argonautas, sin excepción, tuvieron un fin trágico como expiación de lo que filósofos y poetas paganos consideraban un verdadero pecado de orgullo: el afán colectivo de autoafirmación frente a una madre todopoderosa encarnada en la Naturaleza. Es así como lo expresa Séneca en su "Medea": "Nunca a nadie le costó mucho la senda conocida; anda por el camino por donde tus predecesores hallaron la seguridad y guárdate de romper violentamente las sacrosantas leyes del mundo. Todos los que pusieron sus manos en los nobles remos del atrevido bajel; todos los que despojaron el Pelión de la espesa sombra de su sagrado bosque; todos los que penetraron en los vagantes escollos y, habiendo desafiado todos los peligros del mar, amarraron su cable a una orilla bárbara de donde habían de volver ... todos expiaron con éxito cruel los violentos derechos del mar. El mar, provocado, vengó sus ultrajes..."

BIBLIOGRAFIA

1. Mircea Eliade. "Imágenes y símbolos". Taurus, Madrid, 1974.
2. Claude Lévi-Strauss. "Antropología estructural". Plon, París, 1958.
3. Sigmund Freud. "Totem y Tabú". Obras Completas, Biblioteca Nueva.
4. P. Grimal. "Mitología griega". Planeta. 1973.

5. Maud Mannoni. "El niño retrasado y su madre". Fax, Madrid, 1973.
6. Thomas Mann. "Freud y el porvenir". Plaza-Jaques, Barcelona, 1968.
7. Píndaro. IV Oda Pítica. Iberia, Barcelona, 1968.
8. Virgilio. "Las Geórgicas". Ibéricas, Madrid, 1961.
9. Séneca. "Medea". Aguilar, 1966.
10. Gérard Mendel. "La révolte contre le père". Payot, París, 1972.

LETRAS LIBRERIA

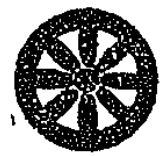
Le brindamos a usted libros de las más importantes editoriales a los precios más bajos del mercado.

CALI, calle 8 No. 4-66. Tel: 894 986. Apdo. Aéreo 8327

LIBRERIA ABY LERNER

Queremos ofrecerle la más completa y actualizada selección de títulos, especialmente sobre ciencias humanas, literatura y temas colombianos.

CENTRO COMERCIAL VERACRUZ
Carrera 51 No. 57-47. Local 105
TELEFONO: 31 48 48
MEDELLIN



editorial la carreta

Medellín, Apdo. Aérea 51968 Tel 31-39-79

CUADERNOS COLOMBIANOS

LIBROS DE LA CARRETA

1. Daniel Pecaut, *Política y Sindicalismo en Colombia*
2. Juan Friede, *Los Chibchas bajo la Dominación Española*
3. Alvaro Tirado, *Introducción a la Historia Económica de Colombia*
4. Miguel Urrutia, Albert Berry, *La Distribución del Ingreso en Colombia*
5. Germán Colmenares, *Historia Económica y Social de Colombia 1537-1719*
6. Miguel Urrutia, *Historia del Sindicalismo en Colombia*

LA CARRETA LITERARIA

Mario Arrubla, *La Infancia Legendaria de Ramiro Cruz*

REVISTAS

Cuadernos Colombianos Nos. 1, 2, 3, 4 (agotados), Nos. 5, 6, 7 y 8.

Ma. DEL SOCORRO CASTRO
la agresividad

I

Si Freud hubiera conocido los trabajos de la etología moderna seguramente les habría sacado un enorme partido *. No había disciplina que escapara a su interés científico. El nos dice: "Dada la oscuridad en que se halla sumido todo lo referente a los instintos, no debemos rechazar desde luego ninguna idea que nos parezca prometer algún esclarecimiento". Hay muchas escuelas que se niegan a aceptar e incluso a conocer los hallazgos que las alejen del mundo simbólico humano. Y si nos ponemos a considerar lo que otras escuelas han hecho del estudio de los animales, hasta podemos darles la razón, pues la trasposición directa y burda de las observaciones hechas en los animales a las conductas humanas tiene un resultado desastroso. No se trata pues de hacer reducciones y traducciones simplistas sino de tomar la etología como una ciencia que abre nuevos caminos para el esclarecimiento de la vida humana, teniendo siempre presente la compleja especificidad de ésta.

Las consideraciones de Norman Brown sobre lo que él llama la dialéctica de los instintos nos pueden ayudar mucho al respecto. En el mundo animal los instintos de vida y de muerte se hallan confundidos en una unidad indisoluble. Actúan como impulsores y preservadores de la evolución de las especies, muy rara vez se confabulan para llevar a una especie a la exterminación, a lo que Lorenz llama un "callejón sin salida", antes bien sirven como correctores de caminos torpes y defectuosos. Se puede decir que en el estudio de las especies actualmente existentes se pueden observar todas las formas útiles de organización de los instintos al servicio de la vida y de la preservación de las especies.

En el hombre, por el contrario, los instintos están amalgamados en una forma tal que pueden separarse, y la se-

* El presente texto reproduce un seminario dictado en la Escuela de Psicología de la Universidad de Antioquia, en noviembre de 1975.

paración puede ser fatal, pues el instinto de muerte es una fuerza incoercible si no está sometido y suavizado por Eros. El hombre escindido por la represión en cuerpo y psique se hace extraño a sí mismo, siendo habitado por elementos malignos de los cuales se tiene que defender pues pueden llevarlo al exterminio. Tanto la vida —Eros— como la muerte vienen a ser sus enemigos, fuerzas que debe permanentemente sujetar, acallar. La libertad y la reflexión rompen la idílica unión con el instinto: si en el animal éste es una guía segura, sin ambigüedades, para la acción, el hombre debe elegir y pensar sus movimientos, si fracasa es su destrucción, si acierta puede vivir. Lorenz cuenta la siguiente sátira: "El ciempiés marcha coordinando maravillosamente el movimiento de sus cincuenta piez izquierdos y sus cincuenta derechos, cuando se encuentra con un sapo maligno que lo contempla unos instantes y le dice: 'Oh venerable animal de muchos pies! Permite que te haga una pregunta un pobre animal que sólo dispone de cuatro: ¿cómo te las arreglas para levantar siempre el pie izquierdo número treinta y siete cuando pones en el suelo el pie derecho número treinta y ocho?'. El ciempiés queda inmovilizado entonces como si hubiese echado raíces, y no puede dar un paso más". Cuando, en la prehistoria, al hombre le pasó lo que al ciempiés, la moral, la religión, las normas sociales vinieron en su ayuda. Estas ocuparon el lugar de la espontaneidad instintiva, trazando pautas, dictaminando sobre el bien y el mal, castigando a los infractores. Pero cuando esas normas y valores están ellos mismos inseguros y se han vuelto contradictorios, inoperantes, el hombre queda sumido en una situación caótica, volcado sobre sí mismo trata de hallar en él un indicio que lo oriente o lo apruebe en su acción. Suspendido, indeciso, no encuentra dentro de sí nada que lo informe sobre su proceder; el bien y el mal se parecen mucho: el bien para sí es el mal de los otros y viceversa. Esta confusión y desvarío es lo que caracteriza a las sociedades en crisis.

La agresión en los animales rara vez aparece como muerte directa; y jamás como pasión destructora, placer en la muerte. En el mundo animal se mata para adquirir

el alimento, y generalmente quienes reciben la muerte son animales enfermos, envejecidos o torpes. Se mata también en situaciones especiales de apiñamiento o escasez de alimentos.

La gran mayoría de las formas de agresión se reducen a despliegues rituales y amenazas. En los animales existen tres modalidades fundamentales: la defensa, la conquista de la pareja sexual y la consecución del alimento.

La agresión es interespecífica cuando se dirige a especies diferentes, e intraespecífica cuando se realiza contra individuos de la propia especie.

La *interespecífica*, que se reduce a la lucha entre el depredador y la víctima, es fundamental para la selección pues en esta lucha son eliminados los débiles y los enfermos, sobreviviendo los más fuertes y hábiles, los mejores representantes de la especie. Cuando la selección únicamente se hace mediante la lucha sexual, es decir, cuando es exclusivamente intraespecífica, la especie puede encaminarse por una vía que la lleve a la extinción o a desarrollar elementos inútiles. Es lo que sucede, según nos cuenta Lorenz, con el colorido plumaje de los faisanes o la cornamenta de los ciervos: lo que los convierte en elegidos dentro de la especie, es lo que los debilita en la lucha interespecífica.

En la agresión *intraespecífica* los animales luchan entre sí por el territorio, por la pareja sexual o por el mantenimiento de la jerarquía. Casi nunca hay muerte directa, pues la lucha está ritualizada y el animal más débil huye. Podemos considerar aquí tres grupos a fin de observar mejor las formas de manifestación de la agresión.

I) Forman el primer grupo los animales que no admiten cerca de sí a ningún otro de su misma especie, son los más agresivos e individualistas, atacan ferozmente a aquél que se acerque a una distancia determinada, que es lo que se considera el límite de su habitat. Los colores llamativos son índices de su agresividad. El ejemplo más típico lo tenemos en los peces de la especie de los cíclidos, y entre ellos en la variedad amarilla. Estos animalitos conviven

tranquilamente con otras especies, sin que esto los conturbe. Pero no pueden ver acercarse a un semejante sin que se desencadene toda su furia. Cuando llega el momento de la procreación, los colorines de bandera disminuyen, iniciándose un ritual complicado que permite los desplazamientos y apaciguamientos de la agresión, y así la pareja puede unirse.

En todos los animales se pueden observar cuatro tipos de conducta o impulsos elementales: alimentación, agresión, fuga, reproducción. Son variables e independientes, pero pueden sumarse y potencializarse, o ser incompatibles entre sí. Por ejemplo, el impulso de fuga elimina a todos los otros, a excepción de la agresividad que se desata en el momento crítico (esto se produce cuando al animal, atacado, no le queda más que luchar o morir). El de alimentación puede ser eliminado por el de fuga.

En los cíclidos se observa lo siguiente: en la hembra la agresión y la sexualidad se inhiben; en el macho el temor, y por consiguiente la fuga, inhiben la sexualidad. En el momento de la reproducción el macho debe ser mucho más agresivo para poder superar la agresión de la hembra; si esto no sucede y la hembra continúa desplegando su agresividad, el macho huye despavorido. La sexualidad disminuye la agresión en la hembra y viceversa. Esta conducta no deja de sugerir algunas similitudes con la pareja humana. En la pareja de cíclidos es donde más nítidamente se observa la acumulación de la agresión y la llamada conducta de apetencia. El cíclido debe estar continuamente en lucha contra sus enemigos. Es un guerrero de tiempo completo. Cuando no tiene con quien luchar, despliega su agresión contra algún animal que tenga colores semejantes a los suyos. En el caso, por ejemplo, de que no haya otros de su especie en el acuario y viva con su pareja por ser el momento de reproducción, atacará a ésta y a sus hijos. Si se desea mantener la vida de la pareja, será necesario mantenerle un enemigo con quien pelear.

II) Tomemos ahora el grupo de los animales que tienen una conducta individualista, pero que periódicamente pier-

den su conducta agresiva y forman una manada. A este grupo pertenecen aquellos que tienen un territorio pero que periódicamente migran. Es muy notorio el hecho de que, cuando aparecen conductas agresivas, surge una verdadera relación personal de amistad, que se denomina vínculo, siendo la agresión enfocada contra los no amigos, es decir, contra el resto de la manada. Para permitir el mantenimiento de la amistad con la pareja elegida, la agresión es desplazada permanentemente sobre los otros. Estos sirven de parachoques, evitando por desplazamiento el ataque a la pareja amada. Cuando migran, la relación personal desaparece y también la agresión.

III) El tercer grupo lo constituyen las especies que tienen una estructura social. No es la misma de la llamada multitud anónima, donde no existe vínculo ni jerarquía y donde la masa actúa como un solo individuo, estando completamente indiferenciados los elementos integrantes.

En las sociedades la agresión intraespecífica debe ser muy bien controlada para evitar que los animales se exterminen unos a otros; debiendo conservar la agresividad que es propia del grupo individualista, es necesario desarrollar mecanismos inhibitorios de la agresión para asegurar la convivencia y compartir el habitat y los alimentos. Entre más agresivos, los controles serán más rigurosos. En los lobos, por ejemplo, famosos por su ferocidad, los mecanismos inhibitorios actúan a la perfección, el lobo nunca ataca a otro lobo.

En este grupo surge la jerarquía como un control eficaz de la agresión. El que ha ganado la más alta posición es el más ágil defensor y el que mejor puede proteger a los miembros de la familia. Hay lucha entre individuos de escalas cercanas, no así entre superiores e inferiores, antes bien aquellos protegen a los débiles. También ocurre que cuando dos iguales se traban en lucha, el jerarca los separa. En las chovas, por ejemplo, la posición de la hembra está supeditada a la del macho que es su compañero. Si una hembra aún no ha conseguido macho, está en una escala muy inferior, sobre todo si es joven. Una vez logra conse-

guir pareja, y si ésta es de rango elevado, la hembra ascenderá en posición y empezará a dar picotazos a los que antes se ensañaban con ella. Entre estas sociedades se destaca una, en la que existe muy poca agresión entre los miembros del grupo, reinando más bien un clima de generosidad y permisividad entre ellos. Todos los autores que han estudiado la sociedad de las ratas han podido observar la gran ternura y simpatía que reina entre los miembros de una gran familia. En cambio, estos animales son de una ferocidad increíble con los miembros de familias extrañas. Las familias más feroces acaban con las otras; en esta especie únicamente, la lucha intraespecífica termina con la exterminación de uno de los bandos. Vista ya la forma en que se manifiesta la agresión en cada uno de estos grupos, veamos ahora cuáles son las formas en que es inhibida y controlada.

Por la *ritualización*, en primer lugar. El ritual consiste en un despliegue de movimientos de lucha que siguen un orden riguroso y que permiten que el más fuerte se muestre como tal y que el débil huya, agotando así la agresión sin que se lleve a cabo la exterminación del rival. El ritual se ejecuta solamente, como es lógico, con los miembros de la misma especie. Los combatientes siguen cada movimiento religiosamente. Si uno de ellos se aparta de la pauta trazada, el otro espera a que lo corrija. El tiempo del ritual marca también el control de la agresión. Entre más rápido se desencadene el ataque, la lucha es más feroz. Entre más tiempo dure la lucha, más se parece a una farsa, a una escenificación. Lorenz cuenta que observó una vez entre unos pececillos una lucha que duró seis horas. El hecho de que los movimientos sean precisos asegura que el rival no se va a desviar y a atacar. Se observa aquí cómo el movimiento desplegado sirve a la vez de ejercicio y agotamiento de la agresividad. Así la especie se mantiene apta para defenderse de los depredadores y a la vez impide el exterminio entre sus propios miembros.

La *inhibición*, en segundo lugar. Mediante esta forma de control, el animal que quiere apaciguar a otro ejecuta

movimientos infantiles o adopta posiciones sexuales. Desencadena de este modo reacciones que van a inhibir la agresión. Es bien sabido que cuando la hembra está en período reproductivo y al cuidado de sus hijos pequeños, su agresión está al rojo vivo. Los pequeños deben desencadenar constantemente reacciones inhibitorias para que la madre no los destruya. Como vemos, la ternura maternal no es un don de la naturaleza, sino que es la resultante de la inhibición de los instintos agresivos de la madre. Los pavipollos deben constantemente emitir un sonido característico para evitar los picotazos de su protectora. Si ésta es sorda, acabará en un santiamén con sus hijos. Estos mismos mecanismos utilizados por las crías son los que se ponen en funcionamiento cuando dos rivales se trenzan en lucha y uno de ellos opta por declararse vencido. También las posiciones sexuales tienen el mismo efecto inhibitorio de la agresión. El papión vencido sólo recupera su tranquilidad cuando el triunfador ejecuta sobre él dos o tres movimientos copulatorios.

El tercer mecanismo de control es el *desplazamiento* o reorientación. En éste, la agresión que provoca el acercamiento de la pareja o de los hijos es desplazado hacia un semejante que esté cerca. En lasocas, por ejemplo, el macho debe desplazar continuamente su agresión contra otros para poder acercarse a su pareja; en esta especie las manifestaciones de amistad claramente son una prolongación de la agresión. El grito de triunfo, equivalente a las soluciones entre los amigos, en algunas especies llega a veces a producir tal exaltación que los que lo emiten rompen las barreras de contención del ritual y terminan en una gazapera.

¿Qué podemos concluir de lo anterior? Ante todo, es evidente que la agresión resulta indispensable para el mantenimiento de la especie. No es un mal, como puede suceder en el hombre, nos dice Lorenz; todo lo contrario, es uno de los principios de la vida y de la fortaleza de la especie. Nunca se mata por el simple gusto de hacerlo. La agresión tiene una función defensiva o de supervivencia,

como es el caso en circunstancias de apiñamiento y cuando el alimento escasea.

Es conveniente observar cómo permanentemente todas las especies están elaborándola, agotándola, dándole múltiples salidas; la agresión no es una reacción a elementos del medio, es intrínseca al organismo; el comportamiento de apetencia es una prueba de ello. Cuando no hay los elementos en el medio para desencadenar la reacción, el animal los busca o los inventa. ¿Quién no ha visto un gato jugando con ratones imaginarios?

II

De los temas tratados en esta exposición, el que vamos a abordar ahora es sin duda el más especulativo, y si se quiere, el menos científico y sistematizable. Pero también es el más apasionante. Con razón Freud decía que el instinto es una entidad mítica. No tiene la realidad ni la existencia corpórea que puede tener una ameba para un biólogo, pero hay una serie de fenómenos que nos llevan a rastrear y a tratar de deducir en ellos un principio único. La cualidad común es la destrucción, su poder desintegrador, que Hegel llamaba principio de negatividad. Este principio debe ser controlado con una infinitud de mecanismos que terminan por convertirlo en un elemento indispensable para la supervivencia de las especies. En el hombre actúa como fundador de la cultura y de la historia. Allí donde haya pues manifestaciones de esta cualidad negativa, estaremos nosotros husmeando y tratando de adivinar sus formas de acción.

Dice Freud: "La tendencia a la agresión es una propensión innata, independiente, instintiva en el hombre".

Dice Lorenz: "No cabe duda de que la agresión intraspecífica es en el hombre un impulso instintivo, espontáneo en el mismo grado que en los demás vertebrados superiores; en sí mismo es tan indispensable como cualquier otro para la supervivencia".

Ambos autores nos hablan de un impulso, de una tendencia, una energía, etc., que es innata y que existe en los organismos vivos —hombre, animales. Es pues un concepto energético, dinámico y que postula que su despliegue no viene a producirse por estimulaciones externas sino que viene del interior del organismo. Ante estimulaciones externas el ser vivo puede huir, ante el instinto que lo acecha desde adentro el ser vivo no puede hacer otra cosa que sufrirlo, no puede escapar a él. Al hombre que reclama una libertad absoluta esta afirmación lo coge de sorpresa y puede hasta considerarla como una afrenta, y si se añade que ese apresamiento postula una sujeción a instintos destructivos y mortíferos, y exagerando un poco, una sujeción al mal, este hombre espiritual no querrá saber nada de la teoría de los instintos. Pero dejemos esto a un lado y tratemos de ver qué es lo que ambos pensadores quieren significar.

El instinto tiene una fuente somática, que es el cuerpo, y que le traza gran parte de su recorrido; tiene un objeto, que es a lo que se dirige la tendencia, y un fin, que es la descarga de la tensión producida por la excitación somática. Es la forma más esquemática de referirse a los instintos, que son en realidad un asunto de gran complejidad.

Freud sostuvo a través de toda su vida, por encima de todo, una dualidad fundamental: instintos sexuales vs. conservación, instinto erótico vs. agresión, instinto de vida vs. muerte. La polaridad es fundamental en su teoría analítica.

Los instintos sexuales o eróticos o de vida no sufrieron grandes modificaciones en su teoría: todo lo que tiende a la unificación y a la construcción de organismos cada vez mayores y más complejos lleva la marca de la vida, de lo erótico. Diciéndolo en términos corrientes, el amor une.

Pero con respecto al polo opuesto tuvo Freud muchas dificultades para articularlo en una forma que diera razón de lo destructivo y mortífero que hay en el hombre. Tal vez por lo que él mismo anotaba: el instinto de muerte es silencioso, no tiene las manifestaciones ruidosas de la vida;

la vida es histriónica, llamativa. La pulsión de muerte es por el contrario lo más reprimido en el hombre, lo que la sociedad, con sus mecanismos defensivos inconscientes, tiene más cuidado en controlar.

Lo que para nuestros objetivos nos interesa analizar más de cerca son los instintos destructivos. Veamos entonces cómo Freud los considera.

Ante todo, debemos decir qué inquietudes llevaron a Freud a postular un principio destructivo o de muerte, distinto de la libido, al contrario de lo que postuló Jung con su monismo. Muchas conductas del ser humano son inexplicables si no se tiene en mente ese elemento negativo, destructor. Así, por ej., el sadismo, esa perversión que consiste en gozarse en el maltrato del objeto erótico, el masoquismo, el suicidio, el homicidio, la neurosis de destino o fracaso, el aferramiento a la enfermedad, en fin todas esas manifestaciones, extrañas para una mente racional, de lo demoníaco en el hombre. Freud se dirigió a lo biológico para extraer de allí los argumentos con base en los cuales construiría la pulsión de muerte: todo organismo viviente debe morir, no por una causa externa sino por un proceso interior. Al respecto, menciona los experimentos de algunos biólogos que muestran cómo el organismo individual muere después de haber cumplido su función de prolongar la vida de la especie. La vida no es más que un proceso, cada vez más complicado, de aproximación a la muerte. Es un principio conservador pues tiende a retornar a la forma inicial de la materia antes de que la vida empezara. Brown señala muy inteligentemente cómo Freud en su pesimismo metafísico extiende el conflicto humano a la naturaleza y hace de ésta una naturaleza enferma.

Esta tendencia, este instinto de muerte propio de la materia viva se encuentra también en el hombre, y es innato a la esencia humana.

Veamos ahora tres de las manifestaciones más generales en que se puede determinar la pulsión en el hombre: el principio del nirvana, la compulsión a la repetición y las manifestaciones del sadismo y el masoquismo.

El principio del nirvana es el equivalente a la homeostasis en biología. La vida tiende al equilibrio, a resolver sus tensiones por movimientos que llevan a la homeostasis. En el animal, por ej., la tensión de la necesidad se resuelve directamente: el hambre con el alimento, la excitación sexual con la copulación, la fatiga con el sueño, etc. En la vida animal este principio del nirvana es principio de vida. Freud, en sus primeras teorizaciones, consideraba el principio del placer como la búsqueda por deshacerse de la tensión y volver al estado de reposo. Y el displacer como un aumento cada vez más insoportable de tensión. Equiparaba, pues, placer a nirvana. Pronto se dio cuenta que había allí una contradicción. La búsqueda de reposo en el hombre es búsqueda de quietud y en última instancia de la muerte. El drogadicto, el suicida busca el cese de la tensión insoportable en la muerte.

Debió por lo tanto introducir una modificación. El placer será sí esa búsqueda, pero no podrá llegar a los niveles de la satisfacción absoluta y el reposo. El hombre es un animal por esencia insatisfecho. Lo que en el animal está directamente realizado no puede hallarse en el hombre. Para la comprensión de esta incógnita viene a ayudarnos lo que en el psicoanálisis se considera un pilar fundamental: la represión. Esta introduce en el hombre la imposibilidad de la satisfacción absoluta del deseo. El instinto reprimido quedará ligado nostálgicamente a la satisfacción primordial y a sus objetos primarios. Expulsado del paraíso, el pequeño infante no volverá jamás a encontrar las delicias disfrutadas, y en su afán desesperado por volver a gustar la felicidad perdida crea la historia, la cultura, o se lanza a la muerte. Debe anteponer al principio del placer el principio de realidad. El instinto reprimido debe buscar fórmulas adecuadas al principio de realidad que le permitan expresarse. A través del estudio de la sexualidad infantil vemos que muchos de los instintos parciales jamás lograrán su realización, otros sólo llegarán a manifestarse en una forma socialmente permitida, que es lo que se denomina sublimación, y otros se supeditarán a la función genital. Pero no todos los individuos tienen la misma capacidad de su-

blimar. Freud dice, por ej., que la gran mayoría de los hombres, la masa, los seres que no han podido tener acceso a una cultura un poco compleja tienen muy poca capacidad de sublimar, y las pasiones en ellos se manifiestan en forma brutal e imperiosa.

Es pues por la represión que el principio del nirvana, el deseo de reposo y quietud, es en el hombre una de las expresiones de la pulsión de muerte. Hay que recordar aquí el aporte de Brown respecto a la dualidad y oposición de los dos principios freudianos y la unidad dialéctica que él considera como la salida al pesimismo de la metafísica freudiana.

Es evidente que los enunciados de Freud sobre la pulsión de muerte llevan implícito un pesimismo con respecto a la labor terapéutica y a la civilización. Si pensamos, por ej., que el enfermo se aferra a su enfermedad, ¿qué esperanzas pueden tenerse de su curación? Si la civilización está fundada sobre la negativa a la satisfacción, y si el hombre está cada vez más acosado por la agresión y por la culpa que sus deseos reprimidos le producen, la capacidad de soportar la desgracia puede llegar al límite y producirse un hundimiento catastrófico.

En el animal no hay oposición como en el hombre. La vida y la muerte no se escinden en él. La vida es un despliegue que termina en la muerte. En el animal hay una unidad inmediata. La agresión es un principio de vida. No hay manifestaciones de angustia ante la muerte interna. Para Brown, Anaximandro debe oponerse a Empédocles. Aquel dice que el conflicto de los contrarios se produce cuando vienen a estar separados, en cambio Empédocles, con quien viene a reunirse Freud, dice que el principio fundamental del universo es la lucha del amor y la discordia. Esta magnífica aportación de Brown nos permite tender un puente entre el animal y el hombre. En este se resquebraja y opone lo que en el animal está armónicamente unido. Esta apreciación puede servir de base para intentar una interpretación del instinto en los animales. No se trata de hacer analogías, pues éstas casi siempre terminan desvir-

tuando lo que se pretende analizar. Es lo que ha sucedido en el caso de los psicólogos conductistas. En una forma muy alegre aplican directamente como un molde universal lo observado en los animales a las conductas humanas.

Vamos ahora a examinar otra de las formas en que se manifiesta la pulsión de muerte: la compulsión de repetición. Freud observó ciertos hechos curiosos, como por ejemplo el empecinamiento de algunas personas en repetir un mismo esquema de acción que conduce inevitablemente al fracaso y a la autoagresión; a estas experiencias de fracasos repetitivos las llamó neurosis de destino. Consideró también el retorno de las experiencias traumáticas, que en vez de olvidarse volvían frecuentemente, atormentando al infeliz. Y en general, esa tendencia del ser humano a volver al pasado, a conservar lo ya estatuido, a recelar del progreso y a recurrir a una fijación regresiva al pasado. Freud, apoyándose en lo biológico, dice que el instinto de muerte es conservador pues tiende a retrotraer las cosas a su punto de iniciación, al principio, es decir, a lo inorgánico. Esta compulsión, con su vuelta regresiva, es en otras palabras el mismo principio afirmado en el nirvana. Pero ¿qué sucede con esta lucha por encontrar el paraíso perdido? El hombre crea la historia, se proyecta en el futuro en la búsqueda de su pasado. Crea toda la superestructura cultural para alcanzarse en algún punto, deslizándose continuamente porque en ningún punto encuentra lo perdido. Es esta tensión permanente la que lo mantiene vivo, y que magníficamente describe Hegel en la Fenomenología. Para éste, como veremos después, el instinto de muerte es el que empuja al hombre a la conquista y a la creación de la historia, por el juego de extroversión de la muerte, de sí al otro.

Finalmente, la pulsión de muerte se manifiesta en las formas del masoquismo y el sadismo, formas donde se observan con mayor nitidez las características del instinto. Freud considera que como primero aparece la pulsión de muerte en el individuo es bajo la forma del masoquismo primario, es decir, como pulsión autodestructiva, y que es

bajo el influjo de Eros como es proyectada afuera en la forma de deseos de destruir al otro. Es decir, la opción es: o autodestrucción o destrucción del otro.

Melanie Klein desarrolla exhaustivamente esta tesis. Ella nos muestra, apoyándose en sus análisis de niños, la ruta que este instinto recorre en los estadios más primarios de la vida del niño. Si partimos de la base de que la fantasía es la expresión psíquica del instinto en el hombre, las fantasías sádicas de la primera infancia serían la comprobación más irrefutable del instinto de muerte; en el niño, entre más pequeño, las fantasías sádicas son más crueles y macabras. Los relatos de Poe o las pinturas del Bosco empalidecerían ante las tenebrosas imagerías de los niños. En los primeros estadios de la vida, el cuerpo, con sus sustancias, excreciones, jugos, funciones, es lenguaje, es el material en que la fantasía se organiza; las fantasías son primero corporales.

Los objetos parciales malos, en que han tomado cuerpo las pulsiones agresivas, deben ser proyectados fuera de sí para que permitan el fortalecimiento y la protección de los objetos parciales buenos. Se inicia entonces todo un juego de proyecciones, introyecciones, disociaciones y unificaciones del objeto, trazando las características de lo que M. Klein denomina la etapa esquizo-paranoide. Es una etapa cargada de fantasías intensamente destructivas, que si tienen su eco en la vida real, por la existencia por ejemplo de una madre rechazante y hostil, dejarán al individuo profundamente marcado, inhabilitándolo para vivir. Es aquí donde se iniciaría el proceso que luego estalla en la psicosis. Spitz nos describe también lo que ocurre con aquellos niños abandonados o torturados por su madre; puede en estos casos producirse un estado irreversible en que, por más atención que se le preste al niño, éste muere.

Atenuada la pulsión de muerte por el instinto de vida logra el individuo controlar la exterminación. En el infante de edad más avanzada, con la aparición de los dientes la agresión se vuelve sádica, es la etapa en que el niño saca placer en morder. En la teoría sobre las etapas de la libido

esta fase se denomina oral-sádica. El placer se encuentra en morder, triturar, pulverizar, devorar. La fase anal-sádica señala otra de las formas que adquiere la fusión instintual.

Las fantasías sádicas con las heces son la expresión plástica de cómo se engarza el instinto de muerte en la etapa anal. La aparición del binomio pasividad-actividad en esta etapa es otra de las formas que adquiere el instinto y en que se muestra también la relación de oposición: pasividad, sumisión, agresión vuelta hacia adentro, feminidad en última instancia; actividad, deseos de posesión, conquista, agresividad vuelta hacia afuera, características de la masculinidad.

La defusión de los dos instintos traería como consecuencia un predominio de la pulsión de muerte: la pura destrucción afuera, o el exterminio de sí; la melancolía, el suicidio, son ejemplos de estos casos.

Abordando el problema de la agresión desde un ángulo más general, podemos considerar lo expuesto por Hegel con respecto a la muerte, el principio de individuación y la relación amo-esclavo.

Para Hegel, la muerte está en el principio de la historia y del tiempo. En el animal no tiene sentido hablar de presente, pasado, futuro, de vida o muerte como individuo pues en él todo es uno. El animal no reprime su muerte ni se afirma inmortal, como el hombre. Simplemente vive, cumple con sus funciones como miembro de una especie, y en muchas especies una vez cumplida la función regenerativa el animal como individuo muere. Entonces, ¿qué es lo que ocurre en el ser humano para que la muerte entre como partera de la historia? Según Hegel, el instinto de muerte es proyectado afuera en el deseo de apropiarse del otro, de hacerse reconocer por él, aun cuando en esta lucha se pierda la vida. El hombre que hace la historia es demoníaco. Para alcanzar la conciencia de sí y su certidumbre, debe hacerse reconocer por otra conciencia y este reconocimiento no puede hacerse sino a través de una

lucha por la que el amo somete y explota al esclavo, su esencia de amo estando en el esclavo. Esta dialéctica del espíritu, de la que la pareja amo-esclavo es apenas una etapa, se vive también al nivel de la formación del yo: el yo del infante ve aparecer sus primeros esbozos en su identificación con el otro, su semejante, la matriz donde se desarrollará está constituida por el otro; él y el otro se intercambian, son el mismo individuo (piénsese por ejemplo en los juegos de transactivismo). Es de este juego especular que se nutre la pulsión agresiva.

En la relación especular el otro soy yo, y no lo soy; donde aparece la diferencia aparece también mi muerte, el otro actúa como negación de mí mismo. Si no es ya mi espejo, entonces me disuelvo en la nada de ser; es el juego de Narciso con su imagen, su fascinación amorosa lo lleva a la muerte. La tensión especular debe dar paso a un tercer término que es el lenguaje, el lugar donde se dominan las tensiones y la pulsión de muerte, donde el individuo fascinado por su yo especular e imaginario debe hacer su trabajo para convertirse en el sujeto de la acción y del lenguaje. No debe ser hablado sino hablar. Esta etapa marca el paso del conocimiento paranoide: reconozco lo que hay en el otro porque ese otro soy yo, o sea que es mi igual. Mi intuición de mi polo paranoide se debe a que en él encuentro lo mismo que en mí. La matriz del yo es así paranoide, se construye con la imagen del otro. En los primeros meses la imagen del otro (la madre), su figura humana, actúa como gestalt, viene a organizar el caos que es la subjetividad del niño; a medida que el niño avanza en edad pasa por el período transactivista en que al ver al otro sintiendo en su propio cuerpo lo que a aquél se le hace o sucede (el niño llora cuando el otro se golpea) y por la etapa del espejo, que es el reconocimiento jubiloso de su imagen en el espejo. De esta relación alienante del yo no pueden salir, o les es muy difícil salir, a los gemelos, pues ellos tienen encarnada, exteriorizada en lo real, la situación imaginaria del yo.

El yo es definido por Lacan como el asiento de lo vivido pasional, opaco a la reflexión, pasión narcísica que es fuen-

te de energía y de agresión. El deseo se constituye, en este fortín narcísico, como deseo del deseo del otro, se quiere el objeto que el otro quiere, situación nítida en la vida del niño. El no quiere su juguete hermoso sino que quiere la cajita de cartón que el otro arrastra, está fascinado por la pasión del otro. Es esta misma dialéctica la que encontramos en la fenomenología del espíritu, en la relación del amo y el esclavo. El deseo de reconocimiento es la pasión del hombre; aspira a imprimir su imagen en el mundo para ser así reconocido por los otros. Es la historia humana, apoderarse del bien del otro, convertirlo en esclavo, es la pasión conquistadora y devastadora: esclavizar a otros.

III

Vamos a tratar de determinar, hasta donde nos sea posible, cómo la agresión individual entra en la dinámica social y qué relaciones tiene con el proceso cultural.

Dejamos supuesto que la agresión, el instinto de muerte o principio de negatividad, es innato en el hombre y propio de la vida orgánica. Vimos cómo el niño, desde que nace debe movilizar sus pulsiones agresivas en un juego complejo de proyecciones, introyecciones, identificaciones, etc., que tienen por objeto alejar de sí, controlar, suavizar el instinto de muerte amalgamándolo con las pulsiones eróticas y poniéndolo así al servicio de la vida.

Podemos ahora preguntarnos: ¿cómo se articula ese juego pulsional con la vida social? Fusionado con Eros, vemos el instinto de muerte recorrer las etapas de la libido hasta culminar en la genitalidad y servir así a las funciones revivificadoras de la especie. Pero esto nos dice poco de su relación con el conjunto social.

Para intentar iniciar una respuesta a la pregunta formulada nos serviremos del mito de la horda primitiva, que tiene un valor arquetípico.

Siguiendo a Freud, decimos que el acto que precede todos los actos y que se ubica al principio de la civilización

es el crimen cometido contra el padre primitivo. El padre déspota, dueño de la horda primitiva, prohibía a los hijos la utilización sexual de las mujeres de la horda. Omnipotente, privilegiado, gozaba de lo que a sus hijos negaba. Estos, asociándose, se rebelaron y decidieron asesinarlo. Creían así poder gozar de los privilegios del padre. Cometer el crimen, devoraron el cuerpo del padre. La libertad alcanzada duró poco. Cada uno de los hermanos quería ocupar el lugar del padre. Estallaron las luchas entre los hermanos. Entonces convinieron, en un acto sagrado, restaurar las prohibiciones paternas. "Así, dice Freud, llegó a existir la primera forma de organización social, acompañada de una renuncia a la gratificación instintiva; del reconocimiento de obligaciones mutuas, de instituciones declaradas sagradas, que no podían ser rotas, en una palabra, del principio de la moral y de la ley".

La agresión fue satisfecha, pero los sentimientos amorosos quedaron y el recuerdo del crimen cometido dio origen al arrepentimiento y a la culpa. El acto liberador había sido en un cierto sentido inútil pues las prohibiciones y represiones debieron restaurarse. Era la única forma de preservar la unidad del grupo humano.

El mito de la horda primitiva, que como el de Edipo tiene una función estructurante para el grupo humano, substituye los movimientos y cambios de la civilización basada en la represión instintiva. Este mito escenifica el surgimiento de la ley. La lucha dual del déspota y el conjunto de los hijos no tiene otra salida que la muerte de uno de los rivales. La lucha culmina con el asesinato del padre y con el surgimiento de un tercer término, ordenador e impersonal, que reprime por medio de una violencia no personificada, que no depende de ninguna voluntad singular. La ley surge pues del asesinato del padre despótico, encarnación del placer no sojuzgado. Este acontecimiento señala el paso de la horda primitiva al grupo cultural, el cambio de un ordenamiento biológico por una organización simbólica, el nacimiento de la cultura.

Es un hecho que la ley personificada se convierte en elemento persecutorio y suscita la violencia de los perseguidos. La esencia agresiva de la ley sirve de vehículo a la violencia personal del déspota que la detenta. Deja entonces de ejercer una función simbólica para caer al nivel de lo pasional.

Esta situación dual en que frecuentemente se cae en el proceso de civilización muestra la dificultad de crear un ordenamiento no persecutorio que permita al mismo tiempo la vida del individuo y del grupo. Compulsivamente se recurre a mecanismos primarios que indefectiblemente llevarán a la extinción del grupo o del individuo y a cataclismos que anuncian el retorno de lo reprimido en la forma de la rebelión de los hijos. El proceso de elaboración de lo reprimido es siempre largo y doloroso, y mientras el trabajo de su elaboración se haga soterradamente, movido por una dinámica inconsciente y espontánea, estará lejos el momento de la construcción de una organización simbólica.

Veamos ahora más detalladamente cómo es la relación del individuo con la ley. En la elaboración del superyó se revive en el individuo el drama de la horda primitiva. El pequeño infante ve oponer a sus deseos orgiásticos la prohibición del padre, prohibición que es vivida como un autoritarismo arbitrario por el niño puesto que el padre goza de lo que a él se le niega. Ante la represión impuesta se suscita el deseo agresivo de asesinar al padre. Deseo y acto son para la realidad psíquica la misma cosa. El parricidio deseado es parricidio cometido. La culpa surge como consecuencia del acto agresivo; el padre amado debe revivir para que así pueda ser reparado el daño hecho; es entonces introyectado en la forma de la identificación; los principios normativos y prohibitivos del padre se instalan dentro de sí, conformando la instancia denominada superyó.

La ley, como sucede en el mito, retoma sus funciones. La agresión dirigida contra el padre se vuelca sobre sí mismo, actuando como superyó, como ley interiorizada. La su-

misión está así asegurada y el individuo es ahora su propio agresor. El círculo vicioso de represión que genera rebeldía y agresión, y ésta a su vez más represión, queda consolidado. Con el superyó nace la conciencia moral que es conciencia social y sometimiento al principio de realidad. Las condiciones de esta lucha del individuo con la ley y la culpabilidad han sido bellamente descritas por un autor a quien podríamos considerar ubicado exactamente en este punto crucial de que estamos hablando. En su novela "El Proceso", Kafka desarrolla la temática de este conflicto; y la vida de este autor es una muestra de cómo pueden llegar a ser insoportables las exigencias del llamado principio de realidad.

Veamos ahora otros caminos seguidos por el instinto agresivo en el hombre. El instinto de muerte, reprimido con especial intensidad, encontrará múltiples formas para articularse en acciones no sólo permitidas sino necesarias para la supervivencia y el enriquecimiento del grupo. La conquista de la naturaleza y la lucha contra la escasez dan lugar a una actividad destructiva, modificadora y creadora, indispensable para el dominio del medio natural. El proceso de verbalización y la sublimación son las vías más difíciles y complejas, pero son también las más eficaces; recuerdan aquellos procesos de la agresión reorientadora y ritualizada de los animales. La realización directa extragrupo, en la forma del asesinato, del genocidio, de la guerra, es la vía más brutal y la menos productiva desde el punto de vista cultural, pero en cambio es la más frecuente y según parece la más fascinante.

La pasión de dominar a otros, si bien es una forma de manejo de la agresión casi tan directa como la anterior, emplea métodos más sutiles, aunque no es raro verla pasar a las vías de hecho. Hegel decía que "la historia es lo que el hombre hace de la muerte". La pulsión de muerte extrovertida se convierte en lucha para apoderarse de otro ser humano y dominarlo. Y en efecto la historia de la humanidad es la historia de la conquista y dominación de unos pueblos por otros, las luchas de clases, de sectas, de

grupos, etc. Esta movilización guerrera, que canaliza la agresión fuera del grupo, tiene la virtud de cohesionarlo. Bion, estudioso del comportamiento de los grupos, observó que en una de sus etapas de funcionamiento, la llamada de ataque y fuga, el grupo que estaba a punto de disgregarse por tensiones hostiles entre sus miembros, llega a unificarse, y ello porque los sentimientos hostiles pueden encauzarse y localizarse en un enemigo. El enemigo puede ser una persona perteneciente al grupo o extraña a él, pero también una ideología.

En la historia sobran ejemplos que ilustran el funcionamiento de este supuesto descrito por Bion. El cristianismo, apoyándose en una ideología religiosa doctrinaria de amor al prójimo en el interior del grupo, con sus guerras santas, emprendidas para masacrar herejes, judíos, árabes, gentiles, logra la unificación de una comunidad humana de las más vastas que han podido constituirse. Los mandamientos que prohíben el asesinato entre hermanos, que ordenan el amor entre ellos y exigen una sumisión absoluta más allá de todo límite racional, facilitan la proyección y realización de la agresión fuera del grupo, constituyendo tal vez una fórmula exquisita para mantener un grupo cohesionado.

La civilización surgida de todo este complicado juego de represiones, sublimaciones y realizaciones directas ha avanzado a empujones a través de movimientos progresivos y regresivos, racionales y mágicos. En la actualidad, nuestra cultura exige del hombre una cuota mayor de renuncia y sacrificio de la gratificación instintiva, con el resultado de que el individuo de nuestras sociedades es profundamente infeliz, amargado y colérico. La falta de gratificaciones reales, la insatisfacción extrema, traen como consecuencia un aumento de la agresividad libre, no ligada. La capacidad de represión y sublimación, dice Freud, no es ilimitada. El sentimiento de culpabilidad, llevado al extremo, enferma la cultura; y la culpa, como sabemos, es la medida de la agresión internalizada. Tal vez será me-

por que cada cual haga sus conjeturas sobre las vías que esta enorme carga agresiva tomará en el futuro.

Por ahora, veamos algunos de los posibles factores que en el mundo actual llevan a un aumento constante de la agresión. Con el enorme avance y el perfeccionamiento de la técnica, la relación del hombre con su trabajo y con el producto de éste se ha esterilizado y convertido en algo impersonal, no existe con el trabajo ninguna relación libidinal, éste tiene el carácter de un trabajo forzado al que hay que ligarse por la presión de la necesidad y de las condiciones externas. Si se piensa, por ejemplo, en el trabajo casi ritual de la cerámica de los orientales, o en la relación que podía tener un artesano medieval con su oficio y con los productos de su trabajo, comparándolos con la relación que tiene el obrero de una fábrica o el burócrata de cualquier empresa con sus trabajos respectivos, la diferencia salta a la vista.

Las posibilidades de elección del tipo de trabajo son limitadas. No se pregunta qué es lo que el hombre desea producir sino qué es lo que el mercado demanda.

Vinculado así a empresas que poco o nada le importan, a asuntos que no le competen personalmente, el trabajador debe pasar la mayor parte de su vida en la oficina o en la fábrica, amarrado como un condenado a los remos de la galera. El ocio, las formas de diversión, y hasta el tiempo dedicado a las actividades eróticas, están calculados y preestablecidos. Son verdaderas estereotipias del placer. Con este solo factor de ausencia de gratificaciones reales la agresividad tiene que aumentar.

Otra motivación importante es el fenómeno de la masificación. Hay una doble faceta que vale la pena anotar. De una parte, el hombre de la era actual, empujado al individualismo más recalcitrante, se hunde en un mundo esquizoide, impersonal, donde las relaciones grupales personalizadas se han perdido. De otra parte, los integrantes de la multitud anónima humana, que a diferencia de la animal, conservan todo su poder agresivo, presentan el fenó-

meno que Freud denominó "miseria psicológica de las masas"; esto quiere decir que el individuo masificado pierde o no puede desarrollar sus capacidades de sublimar, lo que influye poderosamente en la liberación de lo reprimido. Son seres que se desconocen entre sí y cuyas conductas son imposibles de prever. Competidores en un medio sobrecargado por la superpoblación, cada uno es el enemigo del otro, el rival que atentará contra los escasos medios de subsistencia. La lucha abierta, la defensa por medio de la eliminación directa, está legalmente prohibida, aparte de que es una lucha absurda puesto que el enemigo carece de rostro. El único ataque permitido es aquel que emplea esa agresión menos directa y más sutil que es la competencia, en la cual las posibilidades de perder son muchas: es como pelear con un espectro.

Otro factor fustigador de la agresión es el crecimiento y la preponderancia de las instituciones. Con el aumento desbordado de la población se hacen necesarios sistemas organizativos que controlen el buen funcionamiento de las empresas y del Estado. Si estos aparatos ordenadores no existieran o funcionaran inadecuadamente, se produciría el caos y la organización social sufriría los mayores traumatismos. La planificación y la sujeción a las leyes de su funcionamiento abarcan día a día terrenos que antes eran considerados de libre funcionamiento. Piénsese por ejemplo en el paso de la libre producción a la planificada; en los organismos creados, ilícitos o no, para el control de la política de los Estados; a nivel de la familia y del individuo, actúan por ejemplo los sistemas de influencia y de control de los medios de comunicación; tras la careta de la ciencia, la llamada psiquiatría comunitaria se abre paso a lo más recóndito del alma humana. El individuo se ve forzado a una sumisión absoluta a las imposiciones del sistema social. No hay escapatoria, pues estos sistemas son universales, y el ser humano depende hoy para su subsistencia de sus relaciones económicas con un vasto mundo social.

La rebelión contra la insatisfacción y la falta de libertad se hace entonces muy difícil. Si el individuo de la horda

primitiva puede rebelarse contra el padre déspota, bien conocido, al individuo de la sociedad actual le resulta mucho más difícil la rebelión contra el orden institucional. Las instituciones ocupan ahora el lugar del déspota. Sería necesario un esfuerzo sobrehumano y la presencia de una coyuntura favorable para que la revuelta tuviera éxito y diera así movilidad a la tensión agresiva. Cada sociedad defiende ferozmente su estabilidad y su statu quo, empleando para ello todos los medios existentes, aún aquellos que prohíbe y condena en sus integrantes: el asesinato, la utilización del hampa, el internamiento en clínicas psiquiátricas de aquellos que actúan como líderes de la expresión del descontento. Hay otros medios más sutiles y por lo tanto más eficaces, como es por ejemplo el convertir un símbolo de la protesta en artículo comercial, o encajar al líder dentro de las instituciones. Todos los medios se consideran lícitos cuando se trata de conservar el orden establecido. He aquí pues representado el padre primitivo, gozando de todo aquello que prohíbe a su horda, pero ahora en una figura más omnipotente y armado con los más refinados aparatos de destrucción.

Es bien conocida la situación crítica por la que atraviesan las sociedades modernas, hecho que a nivel de los individuos encuentra su manifestación más notoria en el aumento de la criminalidad y de las enfermedades mentales. El cuadro presentado por Fanon en "Los Condenados de la Tierra" ilustra bien lo que ocurre en un grupo humano tensionado al máximo por la violencia acumulada. Los argelinos sufrieron durante largo tiempo la dominación de los franceses. Las primeras generaciones sometidas al colono francés dieron paso a otras inconformes, inquietas, cuyos miembros se mataban entre sí hasta el punto de que estudiosos científicos llegaron a plantear la posibilidad de una falta de corticalización del cerebro de los argelinos, como base de su criminalidad. Se mataban por fruslerías, o por nada. A través de la evolución de una conciencia nacional y de la ubicación del colono como el enemigo causante del malestar, logró el pueblo argelino emprender una lucha que canalizó su agresividad dispersa hacia el colo-

no, cohesionándose a la par como grupo. En Argelia la situación era relativamente transparente. El colono fue siempre un cuerpo extraño en el mundo argelino, nunca se confundió con los colonizados. La situación es más confusa en los países subdesarrollados, políticamente libres, e inaprehensible en los desarrollados. Pero aquí también sectores importantes de la población, particularmente los habitantes de las zonas urbanas marginadas, por su violencia irrup-tiva son considerados retardados mentales y epilépticos, es decir, tarados por enfermedades cerebrales que los inducen a la criminalidad y a la violencia. Enfocado el asunto como una enfermedad orgánica del individuo, se evapora la relación con el contexto social. Es la cómoda política del avestruz: lo que no se ve, no existe.

Los factores arriba anotados son elementos que represan y acrecientan en el individuo la agresividad innata en él, llevándolo, según su historia individual, a la neurosis, la psicosis, la criminalidad o la rebeldía.

La agresividad, que en el proceso biológico pierde su carácter destructivo en virtud de mecanismos controladores instintivos, en el hombre cae bajo los efectos de la represión en el seno del mundo simbólico; desde entonces, controlado por mecanismos culturales como la ley y la moral, el individuo queda en una posición frágil, pues el mundo humano es el terreno de las artimañas y de la mala fe. Hemos visto que por su esencia represiva-agresiva, la ley puede convertirse fácilmente en vehículo de lo que intenta controlar. Es algo muy parecido a lo que sucedía a los cristianos: bajo la figura de Dios estaba escondido el diablo. La conquista de un mundo simbólico donde el ser humano llegue a ser sujeto de su acción exige que la sociedad humana evolucione en un sentido tal que no se rija por supuestos básicos regresivos que inevitablemente conducen a funcionamientos primarios y compulsivos, propios del instinto de muerte.

¿Cómo podremos convertir entonces la pulsión de muerte de elemento exterminador en principio de vida? Volvamos aquí a recordar el postulado de Anaximandro: "El

conflicto de los contrarios se produce cuando vienen a estar separados". ¿Habrá alguna posibilidad de que estos contrarios puedan llegar a una unión dialéctica enriquecedora? Muchos pensadores y líderes de la humanidad han alimentado la esperanza de un mundo en que la ley no sea algo externo y extraño al individuo; en que la sociedad no se levante como fuerza opositora ante el individuo, ni éste ante la sociedad. Es el comunismo de Marx, el espíritu absoluto de Hegel, el estado estético de Schiller. Esta esperanza milenaria moviliza altamente al hombre que se hunde en los estados críticos de la historia, convirtiendo su pesimismo (autoagresión) en rebelión agresiva modificadora.

En la actualidad, los conductistas y las escuelas pseudofreudianas, con una visión completamente simplista y chata de los conflictos humanos, proponen "descargar" la agresión golpeando materiales resistentes y otras muchas tonterías por el estilo. Esto es un engaño, una violencia más. No es posible curar al hombre adaptándolo a un medio enfermo generador de una violencia inusitada. Es como si al hijo de la horda primitiva se le aconsejara la masturbación como medio de satisfacer sus deseos eróticos. Planear la salud mental de un grupo, predeterminedar la disminución de la agresión con fines conservadores es nadar contra la corriente. Esta tarea, en que se empeñan la mayoría de los psiquiatras y la llamada psiquiatría comunitaria, es semejante a la de querer salvar un barco que se inunda achicando el agua con las manos. Se sabe que el grupo que Bion denomina grupo de trabajo es el único que avanza en sus tareas. Es aquel que, haciendo a un lado toda ilusión paralizadora y sin esperar soluciones de un líder omnipotente, arranca a trabajar, aceptando las dificultades y las angustias de lo desconocido, sin pretender alcanzar por un salto mágico lo que se propone. Los problemas que plantea la agresividad no se resuelven con fórmulas estereotipadas y mágicas, sino a través de un trabajo real sobre los obstáculos que paralizan al individuo y a la sociedad.

BIBLIOGRAFIA

- Konrad Lorenz: "Sobre la agresión, el pretendido mal". Siglo XXI Editores.
- Sigmund Freud: "El malestar de la cultura", "Más allá del principio del placer", "Metapsicología".
- Norman O. Brown: "Eros et Thanatos". Ed. Les Lettres Nouvelles.
- Herbert Marcuse: "Eros y civilización". Ed. Seix Barral.
- W. R. Bion: "Experiencias en grupos". Ed. Paidós.

Revista IDEOLOGIA Y SOCIEDAD

No. 16

Salomón Kalmanovitz, *Auge y Receso del Capitalismo Colombiano*

Emilio Pradilla C., *Notas acerca del "Problema de la Vivienda"*

Fernando Cruz K., *Partido Obrero Revolucionario, Arte y Artistas*

Suscripciones:

Cuatro números al año, incluido porte aéreo

Apoyo:	Colombia	\$ 200.00
	Exterior	US\$ 15.00
Ordinaria:	Colombia	\$ 100.00
	América Latina	US\$ 6.00
	Otros Países	US\$ 8.00

Para las suscripciones enviar giro a CISCOL Apartado Aéreo No. 51181 Bogotá 2, D.E., Colombia.

distribuidora de libros la rueda suelta

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Carrera 7ª No. 17-01, Oficina 629
Teléfono: 83 71 94
Apartado Aéreo: 17346
BOGOTA, D. E.

Caracas con Avenida Oriental No. 46-14
Teléfono: 31 39 79
Apartado Aéreo: 51968
MEDELLIN

Calle 8 No. 4-66
Teléfono: 89 49 86
Apartado Aéreo: 8327
CALI

Distribuimos:

Editorial La Carreta
Editorial La Pulga
Siglo XXI - Argentina
Alianza Editorial
y otras editoriales.

CUADERNOS COLOMBIANOS

CeDInCI

ABSALON MACHADO C.
el desarrollo de la economía
cafetera hasta la
década de 1920

1. Factores básicos del desarrollo cafetero

El cultivo del café logró propagarse e introducirse rápidamente en el país, entre otras cosas, por sus características de fácil manejo y exigencia de poca inversión de capital. Este último aspecto es de gran importancia en los inicios del cultivo, ya que ello permitió que las primeras explotaciones que se establecieron en el país fueran de tamaño pequeño, aunque es difícil precisar exactamente qué porcentaje de las 5.000 fincas cafeteras que se estimaban en 1870, especialmente en la región oriental, correspondía a ese tipo de tamaño ⁽¹⁾.

Pero después de 1870 aproximadamente, el café se expandió rápidamente, y al constituirse en una actividad rentable se inició el establecimiento de grandes explotaciones, especialmente en la zona oriental. Se estima que entre 1887 y 1897 se produjo el primer "boom" cafetero, sembrándose en ese período cerca de 30 millones de árboles de café ⁽²⁾ e incrementándose las exportaciones a una tasa promedio de 18.5%.

Autores como Darío Bustamante sostienen que durante la época de la Regeneración se crearon una serie de condiciones muy propicias para la expansión del cultivo del café, tales como el aumento de la relación precios/costos y el incremento de la disponibilidad de recursos de capital.

Bustamante argumenta que en el período 1885-1898 los beneficios de los productores de café debieron aumentar considerablemente, ya que al aumentarse la relación tasa de cambio nominal a salario nominal fue como si se produjera un aumento de los precios en relación a los costos ⁽³⁾ y que a pesar de que los precios internacionales del café eran bajos, la tasa de cambio real fue tan alta que elevó el precio real del café a niveles que nunca se habían obtenido en épocas anteriores.

Estas afirmaciones parecen sustentarse bastante bien con los datos obtenidos de la hacienda cafetera "Santa Bárbara" de don Roberto Herrera (Sasaima), en los cuales

-
1. William Paul Mc Greevey: *Historia Económica de Colombia 1845-1930*. Editorial Tercer Mundo. Bogotá, pág. 202.
 2. Mencionado por Darío Bustamante en *Efectos Económicos del papel moneda durante la Regeneración*. Cuadernos colombianos N° 4, pág. 607.
 3. Op. cit., p. 609.

se observan tasas de utilidades mínimas del 16% y máximas del 72%, con una tendencia creciente a partir de 1894⁽⁴⁾.

Sin embargo, Fernando Lleras de la Fuente⁽⁵⁾ sostiene que el período de inflación de utilidades está bien establecido hasta 1895, pero que es dudosa esta afirmación para el período 1895-98, tiempo durante el cual la revolución liberal elevó los fletes de transporte y se presentaron dificultades en el mismo, además de que se produjo escasez de mano de obra en algunas regiones y se estableció un impuesto a las exportaciones de café que perduró hasta 1898. Concluye el autor que en este período la empresa cafetera estuvo en una situación bastante difícil y que no es muy acertado pensar en un incremento de utilidades.

La afirmación de que fue en la zona Oriental donde se presentó esta fuerte expansión del café con base en grandes explotaciones pareciera explicarse por el hecho de que fue en ese ámbito geográfico (Tolima, Cundinamarca y Santanderes) donde se originó un contingente apreciable de mano de obra barata como resultado de la crisis que se produjo en el sector exportador hacia la década de los años setenta (crisis del tabaco, la quina y el añil). Esta circunstancia puso a disposición del café una oferta casi ilimitada de mano de obra que se tradujo en salarios reales bajos, lo que conjuntamente con una oferta abundante de tierra apta para el cultivo y una tasa de utilidades altas que permitía un autofinanciamiento de la inversión, estableció las condiciones ideales para que se diera una corriente de capitales hacia esa actividad⁽⁶⁾.

Las grandes fincas cafeteras que emergen en ese período y que se mantendrán hasta la década de los años 1940 se formaron con capital propio de los caficultores, capital extranjero e inversión de comerciantes de la época. En Cundinamarca, por ejemplo, de 55 fundadores de ha-

4. Op. cit., p. 615.

5. Fernando Lleras de la Fuente. *El café, antecedentes generales y expansión hasta 1914*. Tesis Universidad de los Andes, 1970.

6. Es importante anotar que la preponderancia en algunas regiones de la mano de obra femenina e infantil que recibía un salario más bajo que los hombres adultos, fue un factor de gran relevancia para producir altas utilidades en la empresa cafetera, ya que fue en esas zonas donde más rápidamente se incrementó la población produciéndose un salario real decreciente. Véanse detalles al respecto en Fernando Lleras de la Fuente, op. cit.

endas de café, había 10 que también fueron comerciantes⁽⁷⁾. Posteriormente, cuando analicemos la estructura de propiedad cafetera, se podrá observar el fenómeno mencionado de que casi desde sus inicios el café se produjo en grandes explotaciones en las principales zonas productoras de eran hacia 1874 los departamentos de Santander y Norte de Santander con el 87.6% de la producción y Cundinamarca y Boyacá con el 7.5%; mientras que la región occidental, Antioquia, Caldas, Cauca, Nariño y Valle, apenas producía el 3.9%.

Esta situación se había modificado hacia 1913, época en la cual ya se hacía sentir el avance de la zona cafetera de Antioquia y Caldas con el 35.4% de la producción, mientras que Santanderes producían el 30.2% y Cundinamarca y Boyacá el 18.7%, pero era todavía evidente que la mayor producción de café provenía de las zonas donde existían las grandes explotaciones: Santanderes, Cundinamarca y Tolima, con el 54.2% de la producción⁽⁸⁾.

En la zona de Cundinamarca, por ejemplo, es muy notorio este proceso de establecimiento de grandes fincas cafeteras en aquella época. Medardo Rivas⁽⁹⁾ menciona una lista muy amplia de los fundadores de cafetales, la cual permite establecer si estos capitales provienen del comercio, del exterior, o fueron fruto del esfuerzo personal en el sector agropecuario.

Entre los más importantes fundadores de fincas cafeteras Rivas menciona los siguientes: Sr. Tirrel Moore, inglés que hizo capital en la explotación de minas en Antioquia y luego invirtió en café; José Antonio Mejía, comerciante; señores Lorenzana y Montoya, con capitales posiblemente provenientes del tabaco; Domingo Martínez, maestro de escuela; Francisco Ospina, antioqueño; Alberto y Ricardo Williamson, fundadores de varios cafetales; Dr. Pedro Alejo Forero, abogado; Carlos Abondano, arruinado en negocio del añil y enriquecido después con el café; Jorge Páez, americano, comerciante, dueño de un cafetal de una finca; Alejandro Ruiz, militar; Eustacio de la Torre, empleado público que se hizo cafetero; Froilán Vega y Heróles, capital conseguido con esfuerzo personal en el cam-

Lleras, op. cit., p. 62.

Miguel Urrutia, Mario Arrubla, *Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia*, pp. 210-211.

Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*.

po; Tobar Hermanos, Nicolás Osorio, señores Samper, José María Vargas, Ramón Umaña Rivas, José Manuel Umaña, José María Sáenz Montoya, comerciantes; Manuel H. Peña, ingeniero; Andrés Marroquín y Eduardo Gómez, capitalistas urbanos; Alejandro Herrera y Nepomuceno Santamaría, también hombres con una fortuna conseguida en las ciudades; Manuel Plata Azuero, médico; Roberto Herrera, exportador, cultivador y ganadero, etc.

En Norte de Santander se destacan: Alberto Camilo Suárez, médico y agricultor, fines del siglo XIX y principios del siglo XX; Manuel María González, agricultor dueño de varias haciendas y quien intervino en la polémica sobre poda de cafetos, defendiendo el libre crecimiento racionalizado ⁽¹⁰⁾.

En el Huila se destacan los agricultores Rafael Paraga, Vicente Durán Alvira, Compañía Durán Avila, Miguel Cano, García Trujillo, Patricio Falla, entre otros.

En el departamento del Magdalena sobresale Orlando L. Flye, un americano que en 1889 se vinculó al café e hizo la hacienda Cincinati que tenía alrededor de 500.000 árboles.

En el departamento de Antioquia fueron pioneros del cultivo y la industria del café: Epifanio Montoya Uribe, cultivador y comerciantes, con varias explotaciones en Amagá, Fredonia, Itagüí y Angelópolis, todas con los sistemas más modernos del momento y quien se preocupó por organizar el comercio del grano cuando éste se hacía por el sistema de consignación en casas comerciales extranjeras; Alejandro Angel Londoño, fundador de la casa Angel López y Cía., para compra y exportación de café, quien abrió oficinas en New York hacia 1904; capitán Julián Uribe Gaviria, cultivador de Fredonia, hijo del general Uribe Uribe, quien moderniza en 1914 la finca dejada por su padre; Victoriano Toro Echeverri, médico cultivador ⁽¹¹⁾.

En el departamento de Caldas se destacan: Cipriano Calderón Mejía, agricultor y comerciante; general Panteleón González Ospina, cultivador que a fines del siglo XIX fue el primero en hacer pitar el vapor en su maquinaria para beneficiar el café propio y ajeno, fundando grandes haciendas e introduciendo trapiches de hierro movidos por

10. *Enciclopedia del Desarrollo Colombiano*, Vol. III, *El Café*.

11. *Ibidem*.

agua en 1872; Luis Jaramillo Walker, cultivador, quien instaló la primera trilladora en el Quindío y fue el primero que compró y exportó café en Caldas; Carlos E. Pinzón Posada, comerciante dedicado a la exportación hacia fines del siglo XIX, quien estableció varias casas compradoras y exportadoras, construyó trilladoras en casi todos los municipios caldenses y fue el primero en introducir el sistema de guardiolas para el beneficio del café; José Jesús Restrepo, agricultor que en 1893 emprendió el negocio de exportación a Inglaterra; Sinforoso Ocampo Giraldo, bancario y exportador a principios del siglo XX; Justiniano Londoño Mejía, agricultor nato y transportador; Manuel Mejía Jaramillo, cultivador y exportador, principios del siglo XX; Pedro Uribe Mejía, agricultor y Gabriel Jaramillo Botero, comerciante y agricultor, principios siglo XX ⁽¹²⁾.

Una simple mirada a la lista de fundadores de cafetales recopilada por Medardo Rivas, indica que en el negocio del café participaron desde su inicio todos los estamentos sociales del país, unos en mayor medida que otros de acuerdo a su capacidad financiera, de organización y de trabajo.

Este origen y desarrollo popular del café hizo que no se presentara, como ocurrió por ejemplo en el cultivo del tabaco, la preeminencia del terrateniente rentista y tradicional como único dueño y señor de la principal actividad agropecuaria.

Factores como la capacidad de producir permanentemente un excedente, la rentabilidad en pequeñas parcelas, el no desplazamiento de cultivos de subsistencia, las características del suelo, el clima y los requerimientos bajos de capital para iniciar una explotación en zonas donde este factor no era el más abundante, son los que hacen concluir a Lleras de la Fuente que este cultivo resultaba accesible a la población, asegurándose una amplia base popular.

2. *Formas de explotación del cultivo y condiciones en las haciendas*

¿Cómo se cultivaban las explotaciones cafeteras? No hay información que permita sacar deducciones muy precisas al respecto para esa época, pero es de creer que, en concordancia con el grado de desarrollo de las fuerzas pro-

12. *Ibidem*.

ductivas en estas regiones, el trabajo se realizaba en las grandes haciendas, desde el inicio del cultivo, fundamentalmente con base en el arrendamiento de tipo pre-capitalista, el concierto agrario y algunos tipos de aparcería, formas éstas que aparecen como predominantes en la década de los años veinte del presente siglo y que nos hacen pensar que, dados los pocos cambios que se produjeron en la economía agrícola en general y en la estructura económica del país en este período, fueron formas de explotación que se reprodujeron constantemente y no variaron (exceptuando el concierto agrícola) durante ese lapso. Por otra parte existía el tipo de pequeña explotación familiar que no requiere contratar mano de obra para las labores del cultivo y su cosecha, forma de explotación muy típica tanto en la zona occidental como en la oriental, pero mucho más importante en la primera donde también había arrendamiento y aparcería aunque no en la magnitud observada en la franja oriental del país.

Es pues muy lógico concluir que el trabajo en las grandes haciendas era realizado por arrendatarios, aparceros y concertados, que tributaban bajo estas modalidades de producción principalmente rentas en trabajo y en especie, ya que las rentas precapitalistas en dinero no se habían desarrollado todavía con fuerza en esa economía agrícola que apenas comenzaba un proceso de irrigación monetaria amplio con la aparición del cultivo del café en vastas zonas del país. Este tipo de rentas monetarias es de suponer que se hizo presente a fines del siglo XIX y en los inicios del siglo XX, cuando las primeras crisis que afrontó el cultivo debieron haber producido algunos cambios en las relaciones trabajador-patrón, tal como el paso del pago de la renta en productos a dinero, en un acomodamiento de la economía cafetera a las nuevas realidades de la economía en general.

El trabajador concertado era evidentemente el que estaba en peores condiciones ya que recibía su pago en alimentos, generalmente pocos, y tenía que trabajar la mayor parte del tiempo en las tierras del hacendado; mientras el aparcerero era el de mejor situación si se le compara con el arrendatario que pagaba toda su renta en trabajo; sin embargo, tanto el aparcerero como el arrendatario se veían envueltos en el proceso de deterioro lento a que están sometidos los campesinos parcelarios. El cultivo contaría también desde sus inicios con peones asalariados, utilizados principalmente en las épocas de recolección del grano, con grandes discriminaciones en el salario según se tratara de

hombres adultos, mujeres o niños. Su situación no era tampoco la mejor frente al deterioro del nivel de vida que se presentaba en la época y por la circunstancia de que no había todavía una perfecta movilidad de la mano de obra entre regiones, lo que permitía que fueran explotados por los hacendados en sus sitios de ubicación u origen; además de esto, tenían que pagar algunos impuestos como era el de trabajo personal para construcción y mantenimiento de caminos.

Estos trabajadores provenían de unidades agrícolas familiares la mayor parte, y de la mano de obra liberada durante la crisis del sector exportador en los años setenta del siglo XIX, la cual pudo ubicarse en forma más o menos rápida en las regiones donde el café empezó a constituirse en la mayor actividad agrícola y por tanto en la más rentable y segura desde el punto de vista del productor y del trabajador asalariado. Para los campesinos parcelarios, que tenían libre parte de su tiempo de trabajo ante la imposibilidad de utilizarlo en su parcela, el café fue un medio muy efectivo de sostener su economía parcelaria al brindarles oportunidad de incrementar sus ingresos en las épocas de recolección, trabajando en las haciendas; las unidades parcelarias agrícolas fueron así un perfecto complemento de la economía cafetera en esa época de auge y fortalecimiento de la expansión del cultivo.

Ejemplos de fincas organizadas con arrendatarios los encontramos en Medardo Rivas quien menciona la existencia de una gran finca en las vegas del Rionegro (Cundinamarca), adquirida por el señor Francisco Núñez en el año de 1889 con una extensión de 42.000 fanegadas, en donde "había diseminada una porción considerable de arrendatarios". Igualmente la hacienda de Subia, de propiedad de los señores Núñez y Cía., con un millón de árboles de café hacia 1906, era atendida muy bien por 300 arrendatarios seleccionados ^(12a).

Otro de los ejemplos de haciendas donde utilizaban fundamentalmente arrendatarios es el de la finca Santa Bárbara de don Roberto Herrera en el municipio de Sasaima, que llegó a tener 100.000 árboles de café ⁽¹³⁾. Malcom Deas,

12A. *Revista Nacional de Agricultura* No. 15, diciembre 1906. (Artículo sobre la carretera a Subia).

13. Malcom Deas: *Una finca cundinamarquesa entre 1870-1910*, Universidad Nacional. Centro de Investigaciones para el Desarrollo, Bogotá, junio de 1974.

utilizando la correspondencia de Roberto Herrera con su administrador, establece algunas características de este tipo de explotaciones que vale la pena sintetizar con relación a las formas de utilización del trabajo. La hacienda contaba con un administrador, ya que el dueño debía estar normalmente en la capital atendiendo asuntos difíciles de manejar desde el campo, como era el de la obtención de capitales. En la hacienda había una división del trabajo bien determinada: para las diferentes labores se contaba con el administrador, un herrero, un carpintero y ocasionalmente albañiles calificados, quienes tenían salarios superiores al resto del personal compuesto básicamente de arrendatarios, "la fuente principal de trabajo en la hacienda" para el cultivo y el beneficio, y de peones asalariados para la recolección y parte del beneficio.

El mayor grupo de trabajadores era el de los arrendatarios, cuya obligación era trabajar dos semanas al mes en la hacienda, como un trabajo obligatorio pero remunerado; vivían en casas que les suministraba la hacienda y no llegaron a constituir nunca una solución satisfactoria frente a la escasez de mano de obra, ya que "no era fácil forzarlos a cumplir sus obligaciones y en tiempos normales el administrador disponía de muy pocas sanciones" (14).

Aunque este tipo de estructura de la hacienda no se puede obviamente atribuir a todas las fincas cafeteras del país, da sin embargo una idea del tipo de relaciones precapitalistas existentes en la explotación de este cultivo en las principales zonas productoras.

Además de todas las obligaciones que el arrendatario, aparcerero o peón debía cumplir generalmente en las haciendas, y de todas las multas, castigos y restricciones a que estaba sometido, existían otras que no tenían que ver directamente con el cultivo y que vale la pena mencionar porque dan una idea de las condiciones en que se realizaban los trabajos en las haciendas no solamente cafeteras, sino también de otra naturaleza. La principal de ellas era el llamado trabajo personal subsidiario o también denominado contribución de caminos. Esta modalidad de contribución consistía en que el trabajador de la hacienda y el hacendado o su administrador debían aportar determinado tiempo de su trabajo al arreglo de los caminos, sin recibir por ello remuneración de ninguna naturaleza. El hacenda-

14. Ibidem.

do o administrador utilizaba a los peones para pagar su contribución. Este fenómeno afectaba a los dueños de las haciendas en el sentido de que si en las épocas de recolección del café, o en las épocas lluviosas, se cobraba esta contribución personal, ello producía la desbandada y el pánico y por tanto dificultades para el hacendado, el cual proponía en estas circunstancias el aplazamiento de la prestación del servicio personal para las épocas que no fueran de cosecha ni de lluvias. El problema para el hacendado de Cundinamarca era que tenía que traer la mano de obra de Boyacá y cobrar esa contribución al peón, unas veces en trabajo y otras en dinero (\$ 100 hacia 1908) (15).

En la época mencionada, el cobro se hacía en casi todas partes en dinero, en montos diferentes por persona según algunas clasificaciones o categorías, lo cual determinaba la protesta de parte de los caficultores, porque ese dinero no se empleaba en la reparación y construcción de caminos sino que eran fondos que "constituyen una Caja de Ahorros para los tinterillos y parásitos de parroquia", según palabras del caficultor Gabriel Ortiz Williamson (16), quien proponía que el gobierno confiara esos fondos o el trabajo personal a grupos respetables de agricultores en cada región para que ellos los emplearan eficazmente en la composición de los caminos vecinales y nacionales, de tal manera que así el hacendado pudiera utilizar el trabajo personal de sus peones en arreglar los caminos que cruzan la hacienda.

Además de esta obligación, los trabajadores de la hacienda estaban vigilados por un comisario o policía rural, nombrado por el alcalde, quien debía ir al pueblo cada domingo a informar sobre sus labores si no quería sujetarse a multas y castigos (17). Esa función policial era una obligación que se imponía a un labriego para modificar la vida de los otros, sin recibir un sueldo ya que "estos infelices apenas alcanzan con su trabajo diario a sostener sus necesidades y las de sus familias y esto de manera lastimosa" (18). El personal de policía podía ser numeroso por ser gratuito; cuando el policía rural bajaba al pueblo, regresaba con 10 ó 12 boletas para citar a otros tantos individuos a la al-

15. *Revista Nacional de Agricultura*, abril 1° de 1908.

16. Ibidem., No. 6, agosto 1° de 1909.

17. Ibidem., abril 1907, "Una práctica inútil y perjudicial".

18. Ibidem., agosto 1° de 1906, No. 6, "La Joven Colombia".

caldía o al Juzgado, lo que despertaba odios y maldiciones para estos humildes labriegos. Este servicio se debía prestar gratuitamente durante 6 meses, y al respecto anotaba Don Jesús del Corral en un interesantísimo artículo que "el puesto de Comisario gratuito de Policía Rural, es una esclavitud disimulada, y consentida por la ley, en una República que se dice libre y cristiana" (19). Para la época en que el señor del Corral criticaba esta práctica, ya muchos hacendados comenzaban a considerarla inútil y perjudicial, ya que se traducían en problemas constantes en la hacienda, además de que muchos arrendatarios se trasladaban de un municipio a otro para no dejarse imponer ese yugo de la Comisaría. Aparte de este Comisario, los hacendados disponían de grupos de bravos y fieles, usados para someter a los arrendatarios y aparceros.

Para una visión más o menos clara sobre la situación de los campesinos hacia el año 1915 en las grandes haciendas de Cundinamarca y de otros departamentos, basta transcribir algunos párrafos del interesante artículo de don Jesús del Corral —ya mencionado con anterioridad—, uno de los miembros de la Sociedad de Agricultores de Colombia, que posteriormente fue Ministro de Agricultura y Comercio, y quien con meridiana claridad llamaba la atención a los miembros de la SAC sobre la situación de miseria en los campos y la necesidad de adelantar una campaña para erradicar instituciones arcaicas. Dice el mencionado miembro de la SAC que quedan en algunos departamentos de Colombia restos del antiguo feudalismo español: "Hay algunas haciendas en donde los pobres jornaleros y muy especialmente los que trabajan en calidad de arrendatarios, están sometidos a un régimen verdaderamente feudal. El patrón dispone de ellos a su talante, de la suerte de todos los que le están subordinados, y ese uso no interrumpido de una autoridad férrea, sin contradicciones por parte de quienes la soportan, acaba por endurecer los corazones de quienes la ejercen, hasta el punto de que muchos caballeros respetables y estimados en la alta sociedad, de esos cuya corrección en los negocios y cuya conducta en el hogar son irreprochables, llegan en ocasiones al extremo, en su vida de hacendados, de no compadecerse de la desgracia de aquellos infelices que les ayu-

19. Don Jesús del Corral, "Restos de feudalismo, moralización de las haciendas, en plena esclavitud", *Revista Nacional de Agricultura*, edición extraordinaria, junio de 1914.

dan a cultivar sus tierras y a recoger sus óptimas cosechas". Se ve claramente que el autor comprende muy bien que esos honrados y respetuosos caballeros hacen fortuna sobre la base de la miseria de aquellos "infelices cultivadores"; pero no entiende que dentro de la estructura entonces prevaleciente de la sociedad colombiana no podía ser de otra manera, es decir, que no bastaban las expresiones humanitarias de algunos agricultores o hacendados para lograr una transformación de esas miserables condiciones de trabajo sino que se requerirían aún muchas décadas de lucha de los campesinos y de progreso de la economía en general para modificar la estructura que configuraba la situación descrita.

Don Jesús del Corral anotaba a continuación la forma como los hacendados desplegaban sus influencias políticas y sociales para el nombramiento de alcaldes, que llevaban el sello de la parcialidad y se convertían en agentes incondicionales suyos, viniendo luego la prisión por deudas aplicada a los arrendatarios, mediante diversos subterfugios y de acuerdo con los alcaldes, que le daban al proceso visos de legalidad. El sistema era éste: "Los dueños de haciendas les imponen multas a los arrendatarios, en la mayor parte de las veces fuertes y desproporcionadas con la falta cometida por éstos; y, cuando por razón de la pobreza, o de la injusticia irritante, no son pagadas esas multas inmediatamente, los patronos se dirigen a los alcaldes, por medio de simples boletas, y les dicen que regalan el valor de esas multas al Distrito, a fin de que se hagan efectivas autoritariamente. Para nada se hace intervenir en el asunto a las Personerías Municipales, y los Alcaldes, sin averiguar la procedencia de la deuda y sin oír los descargos de los multados, colocan a éstos en la disyuntiva de pagar prontamente o ir a la cárcel. Y de ahí que al aceptar el último término, por carencia de recursos, quede burlado ignominiosamente uno de los más justicieros artículos de nuestra Constitución".

La burla se hacía a través de la famosa frase registrada por el Alcalde en el libro de anotaciones: "Se condena a fulano a tantos días de arresto por irrespeto a la autoridad"; y los alcaldes se ponían así, con este sistema de terror, un sobresueldo.

El articulista urge entonces a los Gobernadores para que en sus visitas a las cárceles escuchen las quejas de los campesinos contra el llamado "irrespeto a la autoridad" y para que se publiquen circulares poniendo remedio a este

mal, de modo que los campesinos sepan que cuentan con la protección del gobierno y puedan defender sus derechos. Nuevamente el autor no alcanza a intuir que este sistema no se acababa con simples visitas y circulares del Gobernador ya que hacía parte de toda una estructura social de la vida nacional.

Se anotan en el artículo otros elementos que conforman este sistema de dominio, terror y sojuzgamiento de los campesinos por parte de los hacendados, tales como el despojo de que son víctimas los arrendatarios cuando por cualquier motivo el patrón no quiere que continúen viviendo en las haciendas; también se suma a esto la imposición de nuevas obligaciones al arrendatario, agobiándolo con multas, aumentándole la cuantía de las tareas, desviando el curso de las aguas que riegan sus predios y forzándolo al fin a vender su estancia por cualquier cosa o abandonarla para "evitarse demandas injustas y constantes mortificaciones". Era evidente que en un tipo de estructura de sojuzgamiento de esta naturaleza abundaban los aspectos de desmoralización y miseria, que son narrados admirablemente por el señor Del Corral así: "En casi todas las haciendas de cafetales y cañamerales que conozco en Cundinamarca, la mayor parte de los peones y arrendatarios viven en estado de amancebamiento, y por ende no se preocupan de formar hogar ni de cuidar y educar los hijos, muchos de los cuales, por falta de abrigo, de sustento oportuno y de régimen higiénico, mueren en la infancia, flagelados por los efectos del guarapo y por la anemia tropical, y los que logran escapar de la muerte prematura se convierten en hombres débiles, anémicos, de mala digestión y llenos de vicios degradantes y de supersticiones estrépidas. La suerte de las mujeres que viven con aquellos peones y arrendatarios es verdaderamente desastrosa y deplorable, pues sufren las consecuencias rigurosas y avasalladoras del amancebamiento, con el cual la carga ponderosa de la familia recae exclusivamente sobre esas madres infelices que, incapaces para conducirla, caen al fin, agobiadas por la miseria y las enfermedades. Sus hombres las tratan a bofetadas y garrotazos; las obligan a trabajar en exceso y pretenden que ellas ejecuten simultáneamente un sinnúmero de tareas: que laven y cosan la ropa de la familia; que ganen jornal cogiendo café o desyerbando plantaciones; que cuiden de las sementeras, que le den comida a los cerdos y a las gallinas. Y para desempeñar aquel cúmulo de cosas heterogéneas, hacen esas pobres mujeres esfuerzos increíbles. A menudo se les ve, con el pequeñuelo

a la espalda, manejando el azadón o recogiendo leña; unas veces dejan el hijo recién nacido, entre perros y marranos, para ir a lavar ropa al arroyo distante, y no faltan ocasiones en que por ir al mercado a proveerse de víveres, mientras los hombres que tal cosa debieran hacer, se divierten en las tabernas, las sorprende la noche en el camino. Y no es raro el hecho de que en el rancho abandonado durante todo el día estalle el incendio, producido por una travesura o un descuido del niño desamparado". Además, para concluir este lamentable cuadro, "los hombres abandonan a las mujeres con sus hijos, acentuándose su miseria, y el hambre refuerza la anemia que en poco tiempo acaba con niños y madres".

El miembro de la SAC continúa confirmando lo anterior con estas interesantes palabras ante el auditorio de aquella organización: "Si pensais que exagero al pintar estos cuadros de miseria física y moral, haced a la ligera el recuento del personal que habéis tenido en vuestras haciendas, y veréis cómo son muy pocos, relativamente, los individuos que han logrado vivir en ellas más de diez años, recordad los niños y mujeres que han desfilado por esos campos y se pondrá de resalto en vuestra memoria la verdad de lo que afirmo con respecto a la suerte de aquellos desheredados de la fortuna, pues no serán muchos los que aún viven, y eso, demacrados, envejecidos prematuramente por la anemia, inservibles para la agricultura y listos para ocupar un puesto en el hospital, si es que la pobreza y la ignorancia los dejan moverse hacia Bogotá o hacia otros centros cualquiera en donde haya asilos de caridad". Las consecuencias del alcoholismo y de la anemia tropical eran verdaderamente alarmantes para el gremio de los hacendados, es decir, para la Sociedad de Agricultores de Colombia. De no ponerse remedio a esa situación se presentaría aún más escasez de mano de obra para las labores agrícolas y pecuarias, fenómeno que preocupaba mucho a los cafeteros por la utilización intensiva de este recurso en las épocas de recolección. Era necesario pues tomar medidas para que la reproducción de la fuerza de trabajo estuviera garantizada; de ahí que el señor Del Corral instara a la SAC para acabar con esa "funesta costumbre de prodigarles guarapo a los niños, verdaderamente criminal"; y que fuera la SAC la que a través del Ministerio de Agricultura y Comercio iniciara una campaña para erradicar la anemia tropical. Para el efecto se pudo concretar hacia enero de 1920 la traída de un médico especialista de la Fundación Rockefeller para que hiciera un diagnóstico del pro-

blema y planteara un programa intensivo de combate contra la uncinariasis en el país, con ayuda financiera y técnica de esa Fundación. Al efecto vino al país el doctor Schapiro que examinó 8.465 personas en Cundinamarca en Enero de 1920, encontrando que 6.613 tenían el bacilo de la uncinariasis, es decir el 78.1%; pero en muchas regiones como en La Mesa (Cundinamarca), esos porcentajes llegaban al 95%; se pedía colaboración fundamentalmente a los hacendados dueños de ingenios y cafetales por ser "los más perjudicados" (20).

Nuevamente el autor propone a la SAC soluciones que no se compadecen con el problema y que dejan intacto el sistema imperante en las haciendas; sugiere, por ejemplo, que se haga un compromiso entre los hacendados para "moralizar" las haciendas a través de la exclusión de los trabajadores que vivan amancebados, concediendo plazos prudentes para legitimar las uniones o para desocupar las viviendas; es decir, la simple represión.

Se termina el artículo anotando que desde los tiempos de la colonia hasta la fecha, en muchos departamentos los campesinos pobres han ganado muy poco en materia de libertad, y que la misma esclavitud no ha hecho sino cambiar de formas "para continuar oprimiendo a los infelices, mañosamente y con aspecto de legalidad". Ahí están las costumbres ya mencionadas, el servicio de Policía Rural gratuito, el trabajo personal en los caminos públicos, cuyo reparto "era de lo más injusto", y la recluta en tiempos de revuelta.

Estas y otras prácticas comunes en las haciendas nos dan una idea del ambiente y condiciones en que laboraban los agricultores de la época. Como ya lo enunciamos, fueron condiciones bajo las cuales se dio toda una gran expansión del cultivo del café en esas zonas. Estas condiciones empezarían a modificarse en parte solamente hacia la década del treinta del presente siglo.

3. Primeras Crisis en la Economía Cafetera

El cultivo del café tuvo su primera crisis grave entre 1898 y 1905 aproximadamente, debido a una serie de factores entre los que sobresalen la baja de precios en el mer-

20. *Revista Nacional de Agricultura*, No. 188, febrero de 1920.

ado internacional y la guerra civil de los mil días, hechos que conjugados con los todavía altos costos de transporte y la escasez de brazos para las cosechas colocan a los cultores frente a las primeras dificultades, que no serían las únicas en el transcurso del desarrollo del cultivo.

Los precios, que empezaron a caer después de 1895, se recuperaron un poco de 1901 a 1905, pero los salarios siguieron con su tendencia al alza. Hasta 1911 se produce una baja en el precio real del café. Al mismo tiempo los cultivos empiezan a decrecer a partir de 1905, con el resultado de que concluido el período de la Guerra Civil, se vuelve a producir una inflación de utilidades que se reflejaría en un incremento acelerado de las exportaciones ya que el precio se sitúa a niveles superiores a los alcanzados en el período 1880-1900 (21). Este período de crisis afectó más notablemente a la región oriental que a la occidental, ya que por ejemplo en Antioquia la guerra de los mil días comienza tarde y termina primero que en el resto del país. Así, los cafeteros de Antioquia gozaron de una situación de privilegio pudiendo salir avantes con la producción en las haciendas modernas de Fredonia.

El período de mayores dificultades se sitúa entre 1895 y el término de la guerra, tiempo en el cual quebraron una gran parte de las haciendas cafeteras. Antes de la guerra mencionada, muchas haciendas cafeteras tenían billetes propios de pequeño valor y monedas de níquel u hoja de lata, con las cuales hacían todas sus transacciones internas; estos signos se cambiaban por monedas nacionales cuando se requería alguna transacción con el exterior. Con ello se establecía un circuito cerrado para la circulación de ese dinero dentro de la hacienda, de tal manera que los trabajadores de la misma se veían obligados a comprar enseres en la tienda que el mismo hacendado establecía, constituyéndose esto en un nuevo factor de explotación del trabajador. Durante la guerra se prohibió el uso de tales billetes y monedas y los cafeteros comenzaron a tener dificultades para hacer sus gastos, especialmente para la recolección, ya que todas las haciendas requerían dinero para el pago a los jornaleros en esta tarea, viéndose obligados muchos a aceptar condiciones onerosas, entregando incluso su cosecha a comisión, según testimonio de un cafetero (22).

. Lleras de la Fuente, op. cit.

. *Revista Nacional de Agricultura*, No. 15, diciembre de 1906.

Igualmente el crédito que los caficultores utilizaban como capital de trabajo era obtenido en condiciones muy onerosas. En Bogotá, la tasa de interés era del 18% en 1906, mientras que en los otros departamentos o ciudades alcanzaba hasta el 36%; los cafeteros pagaban esos intereses sin dificultad cuando los precios del café eran altos, pero tan pronto caían los precios se les presentaban dificultades para cancelar las deudas contraídas ⁽²³⁾.

Se llegaron a dar incluso casos de tasas de interés del 60% al 120% anual en los Santanderes, como el caso descrito por Gustavo A. Pinzón en carta enviada al director de la Revista Nacional de Agricultura, quien dice: "Triste es la situación de los agricultores en estas pobladas regiones (Simacota), porque están ellas agobiadas y empobrecidas por el papel de la usura. Laboriosos ciudadanos tienen su familia en la miseria, a causa de haberles chupado la sangre los vampiros del dinero, que dan éste a la razón del 5 al 10% mensual, tipo corriente en estas plazas" ⁽²⁴⁾.

Esta situación se tornaba muy crítica en los momentos de la cosecha del grano, ya que era difícil obtener el dinero, y si se conseguía, era a tasas del 3 al 5% mensual con hipoteca, siendo el valor del préstamo muchas veces menor al valor de la finca de café hipotecada. Se perdieron así muchas cosechas por no disponer el caficultor del dinero ⁽²⁵⁾.

Si a esta situación se agrega el factor que va unido a este crédito, que es la hipoteca del cafetal y de la propiedad, se vislumbra mejor la difícil situación de muchos cafeteros. Este crédito hipotecario es la expresión del pago de la renta de la tierra al acreedor hipotecario, quien obtenía una renta elevada por préstamo hechos a fincas de altos avalúos, determinados estos últimos por los altos precios del café. La renta recibida por el acreedor en forma de interés permanecía inalterada cuando bajaban los precios y por tanto los avalúos. Esto conducía a la ruina del propietario quien tenía que vender su propiedad para pagar la deuda al no poder obtener una renta similar mediante una mayor explotación de la mano de obra que utilizaba, sea de arrendatarios, aparceros o trabajadores asalariados. Finalmente su propiedad era confiscada por el acreedor, para su remate. Es de anotar que los más afectados con este

23. Ibidem., No. 12, octubre de 1906. Artículo sobre Crédito Agrícola.

24. Ibidem., junio 1º de 1907

25. Ibidem., febrero 15 de 1907.

proceso eran los pequeños y medianos caficultores, no así los grandes hacendados que tenían capacidad de pago en esos momentos por tener otras fuentes de ingreso o capitales que respaldaban las deudas.

En los departamentos de Santander Norte y Sur era donde más hipotecas existían hacia 1906, por ser el principal centro productor del país. Muchas de estas hipotecas habían sido obtenidas con casas extranjeras, de quienes los plantadores recibieron dinero a préstamo para sostener los plantíos y recolectar las cosechas ⁽²⁶⁾.

El crédito externo contribuyó tanto a la expansión de la empresa cafetera como a su ruina en los inicios del cultivo. El crédito se obtenía directamente de los comisionistas de la casa extranjera, la que también facilitó capitales a las firmas exportadoras nacionales. El desastre mayor que produjo este crédito se dio a partir de 1897 a raíz de la elevación del tipo de cambio. Lleras de la Fuente explica tal fenómeno así: "Muchas firmas exportadoras y productoras habían contraído préstamos en oro, mientras que recibían el pago en dinero desvalorizado. La mayor parte quebraron y Beyer señala cómo en este momento fue cuando se produjo la llegada de firmas extranjeras exportadoras de café al país" ⁽²⁷⁾.

La caída de los precios del café arruinó a muchos de los cultivadores abandonándose muchas fincas en donde se habían establecido ya las bases de un pequeño capital; de tal manera que en esa época, la zona santandereana afronta en especial una disminución de la producción, reflejada en el hecho de que los dos Santanderes, que producían en 1874 el 87.6% de la producción total, sólo producían en 1913 el 30.2% ⁽²⁸⁾. En la carta de Rincón, mencionada antes, se

26 Ibidem., No. 12, octubre de 1906, artículo sobre Crédito Agrícola, y artículo de G. Ortiz Williamson, septiembre 1º de 1910.

27. Lleras de la Fuente, op. cit., p. 149.

28. Urrutia y Arrubla, op. cit., p. 211. El caficultor G. Ortiz Williamson anota en 1910 cómo la totalidad de los fundadores de café en los últimos quince o veinte años han quebrado y cómo los acreedores extranjeros, aunque están en mejores condiciones para vender el grano una vez que han obtenido la finca por incapacidad de pago del caficultor nacional, se han llevado también sus "buenos clavos" y sufrido grandes pérdidas, y señala cómo es notorio el proceso de abandono lento de los cafetales, reflejado, como ya lo señalamos, en el descenso casi espectacular de la importancia de esa zona como productora.

dice al respecto: "el movimiento de la finca raíz está paralizado por la causa precitada, y por consecuencia, su valor venal se deprecia enormemente día a día; cálculos aproximados dan el 35% de la propiedad raíz hipotecada bajo usuarios o ruinosos intereses".

Estos factores explican por qué en toda la primera y segunda década del Siglo XX el clamor más urgente de los agricultores era el establecimiento de un banco agrícola hipotecario que garantizara intereses razonables para librarse de la opresión de los intermediarios y usureros. Sin embargo, los cafeteros que autofinanciaron buena parte de la expansión cafetera habían logrado fundar un Banco de exportadores hacia 1897 con capital de tres millones de pesos en papel moneda, atenuando algo la acción de los intermediarios. Este banco, que prestaba a los caficultores dinero a tasas de interés más favorables, fue una de las víctimas de los préstamos externos, ya que las obligaciones que adquirió de casas extranjeras para financiar la producción debió cubrirlas en oro mientras que recibía los pagos en papel moneda⁽²⁹⁾. En esta forma el banco quebró después de la guerra de los mil días, quedando nuevamente los cafeteros en manos de intermediarios y usureros.

La propuesta más importante hecha en la primera década del siglo provino de grandes propietarios de Cundinamarca, quienes sugirieron la creación por ellos de un Banco de Crédito Territorial sobre propiedades que alcanzaran el valor efectivo de 200 millones oro, para que el Gobierno les entregara una emisión oficial de billetes correspondiente a la mitad del valor de las fincas comprometidas como garantía. El Banco prestaría esa suma a los agricultores a un interés del 10% anual a largo plazo⁽³⁰⁾.

Sobre la escasez de mano de obra que también afrontaba la economía cafetera al iniciarse la guerra civil y después de ella, y que fue un elemento importante en la agudización de la crisis, puede anotarse que además de la dificultad de obtener dinero para contratar jornaleros para la recolección se presentaba el fenómeno mismo de la escasez de trabajadores, fundamentalmente para las grandes haciendas de Cundinamarca, Santanderes y Tolima; no así en el Occidente, y a que con el proceso colonizador antioque-

29. Lleras de la Fuente, op. cit., p. 150.

30. *Revista Nacional de Agricultura*, febrero, marzo, abril, junio y julio de 1907 y agosto de 1906.

ño se había establecido una forma de propiedad que podía afrontar escaseces, con la utilización intensiva de la mano de obra familiar.

La escasez de mano de obra se refleja en los siguientes hechos: a) La Sociedad de Agricultores de Colombia pide permanentemente que ningún individuo sea reclutado u obligado a servir en el ejército y que éste se forme sólo por el enganche de voluntarios, indicando que la resistencia al reclutamiento era legítima⁽³¹⁾; b) Muchos campesinos emigraron por esa época a la Costa Atlántica y a las plantaciones bananeras, tratando la SAC de convencerlos de que ello no era negocio, pues no ganaban nada al cambiarse de lugar y que por tanto les convenía más permanecer en las zonas cafeteras; c) En septiembre de 1906 se hablaba de cómo la mayor parte de los plantadores de café de Cundinamarca y Tolima no habían podido iniciar las desyerbas de los cafetales por la escasez de trabajadores, de tal suerte que en algunas zonas se habían registrado pérdidas de un 50% de las cosechas⁽³²⁾; d) La SAC propone traer obreros del exterior para construir los ferrocarriles, ante una demanda de 4.000 obreros que hacen los contratistas del ferrocarril del Cauca y que serían reclutados en Antioquia, Tolima y Cundinamarca, lo que arruinaría grandes cafetales según la SAC⁽³³⁾; e) Hacia 1908 en Cundinamarca los hacendados tenían que traer peones o enganches desde Boyacá para la recolección del café, por la escasez de los mismos en el Departamento⁽³⁴⁾; f) Todavía en 1914, se presentaban dificultades para garantizar mano de obra en las cosechas, ya que la SAC hace gestiones en agosto de ese año para obtener rebaja de pasajes en los ferrocarriles para que los trabajadores pudieran desplazarse entre la altiplanicie de Cundinamarca y las tierras calientes; la tarifa que existía entre Bogotá y La Dorada, era tan excesiva, que ningún trabajador estaba en capacidad de pagarla⁽³⁵⁾.

En relación con ello, Malcom Deas, en su descripción de la hacienda "Santa Bárbara", relata el problema de la escasez de mano de obra y la forma como se comisionaban personas para contratar peones en Boyacá, en donde los hacendados en ocasiones impedían los enganches. "La llegada

31. Ibidem, No. 7, diciembre 30 de 1910.

32. Ibidem, No. 10, septiembre de 1906.

33. Ibidem.

34. Ibidem, abril de 1908.

35. Ibidem, agosto 1914.

de la mano de obra migrante era confiable, pero en esta época (1903-1904) siempre había ansiedad de que no alcanzara la cantidad suficiente, o de que se fuera para otra finca, o de que desapareciera inoportunamente. Había quejas de que los cosecheros se marchaban muy pronto, pues debían volver a sus siembras en Boyacá”⁽³⁶⁾. La mano de obra migrante llegaba a pesar del temor a las enfermedades y a las malas condiciones de vida en las haciendas.

Con relación a los transportes, a pesar de que en 1905 ya existían algunos ramales importantes de ferrocarril para el transporte del café y de que la navegación a vapor por el Magdalena había rebajado los fletes, todavía los costos seguían siendo apreciables. En 1906 algunos cafeteros de Cundinamarca piden la rebaja del flete de transporte por el ferrocarril de Girardot, pues muchos productores de la región de Sumapaz consideraban esa tarifa tan alta, en relación a los precios del café en el exterior, que si antes enviaban la carga por tren, ahora la estaban transportando en mulas hacia Girardot por resultar más barato.

La industria cafetera en ese entonces vio todavía amenazada su existencia, más que por la falta de vías de comunicación “por los monopolios de las compañías de ferrocarriles y fluviales que en algunas ocasiones han llegado a pedir por transportes un valor casi equivalente al de la carga transportada. En esas condiciones estuvo el café como dos años”⁽³⁷⁾. Este fenómeno condujo a solicitar por parte de la SAC que la prima a la exportación establecida por decreto 832 de Julio 20 de 1907 fuera cambiada por una rebaja del 40% en los fletes fluviales y la eliminación al impuesto de tonelaje y sobordo, que había sido creado después de la prima de exportación.

Se propuso también por parte de los señores Escobar Gogorza y Cía., desde Nueva York, la rebaja de las tarifas del ferrocarril de La Dorada en un 50%; esta rebaja deberían hacerla las compañías de transporte que actuaban en esa línea en el país: La Hamburg American Steamship Co., la Royal Mail Steam Packet Co., Arthur Thomas Esq. y Tomas Ribon Esq.; igualmente la adoptarían los señores G. O. Dell y Robert Hancock del ferrocarril de Girardot, y los gerentes del ferrocarril de Antioquia y las compañías que operaban en el río Magdalena. Anotaban los señores

36. Malcom Deas, op. cit., p. 8.

37. *Revista Nacional de Agricultura*, noviembre de 1906.

Escobar que si esta rebaja se hacía efectiva, “millares de plantaciones, hoy abandonadas por ser imposible a sus dueños trabajarlas con resultados satisfactorios, debido al excesivo costo de transporte, serían de nuevo cultivadas y el renacimiento de la industria cafetera del país sería asombroso”⁽³⁸⁾.

Sin embargo, el conjunto de la producción cafetera pudo afrontar este primer período de crisis y mostrar incrementos apreciables en el volumen de producción que pasó de 114.200 sacos de 60 kilos en 1874 a 1.085.000 en 1913⁽³⁹⁾, incremento explicable por el avance de la colonización antioqueña que permitió a la región de Caldas y Antioquia convertirse en la primera zona productora del país en este último período, con incrementos significativos en los niveles de productividad que le permitían mantener tasas de ganancias aún atractivas a pesar de las fluctuaciones de precios, tasas estimadas por McGreevey en el orden de más del 35% en los veinte años posteriores a 1893 (lo cual sin embargo no está plenamente establecido). De todas maneras, el café seguía siendo la inversión más atrayente en el sector agropecuario.

Los efectos que todo este conjunto de factores mencionados produjeron sobre las modalidades de producción del café parecen evidentes desde el punto de vista de la productividad. Si realmente la tasa de ganancia pudo mantenerse alta por un largo período de tiempo, contando con el deterioro en los precios y la escasez de mano de obra en determinadas épocas, con los altos costos del transporte y del capital usado como préstamo, ello sólo fue posible por los aumentos en la productividad y por el alto grado de explotación de la mano de obra especialmente en las fincas de los propietarios que tenían hipotecados sus bienes y rendían al acreedor hipotecario rentas altas, y por la integración entre la producción y el comercio en el caso de los grandes hacendados.

En este sentido, parece ser muy claro que las grandes haciendas del oriente del país no estuvieron en capacidad de lograr desde un comienzo modificaciones en la tecnología de la producción utilizada que fueran significativas, puesto que en esa región los rendimientos siempre fueron inferiores a los de la región occidental, y se podría afir-

38. *Ibidem*, No. 11, septiembre de 1906.

39. Urrutia y Arrubla, op. cit.

mar sin temor a equivocaciones que la tecnología no se varió en un período de 50 años. En cambio en la parte antioqueña y caldense fue más notorio el continuo incremento de la productividad y la temprana utilización de trilladoras y despulpadoras de café: en 1883 se introducen éstas en las fincas de Fredonia (Antioquia) mientras en Manizales se fabrican las primeras despulpadoras del país. Aunque en estas regiones no se establecieron haciendas tan grandes como en otras partes del país, las explotaciones que se formaron se hicieron desde un principio con toda la tecnología conocida, como es el caso de las fincas de Julián y Eduardo Vásquez y del doctor Mariano Ospina Rodríguez en Fredonia, quienes seguramente aprovecharon muy bien la rebaja de los derechos de aduanas para los abonos solicitada por la SAC en 1906 y concretada en el Decreto 1026 de Agosto 28 de ese año ⁽⁴⁰⁾.

Los niveles de productividad diferentes entre las dos regiones se pueden incluso apreciar a través del proceso de recolección del grano, ya que en Antioquia, por el hecho de estar la propiedad raíz muy dividida, la recolección se podía hacer en buenas condiciones ⁽⁴¹⁾, mientras que en el oriente "dá lástima contemplar un cafetal a raíz de la cogida, cuando ésta se ha verificado por el bárbaro sistema de tareas. No parece sino que un furioso huracán se hubiera desatado sobre la plantación" ⁽⁴²⁾. Efectivamente, el sistema de recolección por tareas, muy corriente en las grandes haciendas, donde tandas de mujeres y chicos desgranaban atropelladamente el grano con el fin de sacarle al patrón el más alto salario posible, resultaba en que se cogía tanto el café maduro como el verde y el seco mezclado con hojas, además de que se quebraban las ramas del árbol, lo que necesariamente incidía en los rendimientos actuales y futuros del cafeto. En cambio el sistema de peones a jornal diario, resultaba más eficiente, porque no existía el afán de coger desesperadamente el grano, pudiéndose seleccionar el mismo sin atropellar la mata ni quebrar las ramas, garantizándose una productividad permanente y alta del cafetal. Es de suponer que en la región antioqueña y caldense este último método fue el más utilizado, por la tecno-

logía existente, y que el primero lo fue más en las grandes haciendas de Cundinamarca y Santanderes.

A pesar de que en general puede afirmarse que no se dieron aumentos espectaculares en la productividad física en el período analizado, es de suponer que el espíritu empresarial que animaba a los fundadores de cafetales, al concebir su empresa con espíritu innovador —lo que no sucedió con los terratenientes que incursionaron en cultivos como el tabaco, la quina y el añil— los haya llevado a estar dispuestos a introducir sin dificultades los nuevos métodos de producción y organización de la finca que exigían las incursiones crecientes en un mercado internacional competitivo a base de calidades. La disminución de costos de producción se convierte así en el principal objetivo del caficultor cuando debe enfrentar a un mercado internacional no controlado por él, y esto sólo se logra en la medida que se pueda alcanzar incrementos en productividad de importancia frente a unos fletes de transporte todavía altos, alzas en los salarios y dinero caro. Estos incrementos en productividad se obtendrían principalmente en la etapa de beneficio del grano y no tanto en el cultivo del mismo.

A todos los factores que permiten sostener la tesis de que la región occidental pudo sortear mejor la crisis, se agrega un factor adicional de gran importancia, relacionado con la propiedad y no propiedad del factor tierra y la explotación o no por el propio dueño. En un período de baja de precios del producto, los productores que explotan su propia tierra y que por tanto no pagan renta de la tierra, pueden soportar bajas en el precio simplemente manteniendo su subsistencia a nivel más bajo y produciendo a un costo mucho menor. El precio a que se vende puede así ajustarse a un nivel de subsistencia mínimo y una de las características de la colonización antioqueña fue el establecimiento de unidades familiares que cultivaban el café con la mano de obra familiar. No sucedía así con los grandes y medianos propietarios que explotaban sus haciendas por el sistema de arrendamientos y aparcerías y que se vieron obligados a hipotecar sus fincas, cediendo su renta al acreedor hipotecario, la cual no podía bajarse una vez que se hubiera fijado, siendo difícil de otro lado para el propietario aumentar más la renta que extraía de los arrendatarios, a no ser que fuera a costa de la existencia misma de la fuerza de trabajo dada la intensidad de la explotación a que se vería sometida y teniendo en cuenta las condiciones penosas en que se desarrollaba el trabajo. En estos términos de no aumentarse la productividad, la única alternativa era

40. *Revista Nacional de Agricultura*, septiembre de 1906. Artículo de Francisco Ospina Alvarez, "Los abonos químicos y el cultivo intensivo del café".

41. Diego Monsalve, *Colombia Cafetera*.

42. *Revista Nacional de Agricultura*, junio de 1910, "Sistemas de recolección del café".

sucumbir. Los cafeteros sin embargo se idearon formas alternativas de afrontar la urgencia de aumentar la productividad: la más socorrida fue incursionar también en la esfera comercial, entrando a controlar el proceso de comercialización del producto. Se forma así la trilogía terrateniente-productor-comerciante-exportador, que permitiría una acumulación de capital mayor y una diversificación de actividades que cubrían al productor de los riesgos de la producción. Se pudo dar entonces el fenómeno mencionado por Lleras de la Fuente de que casi todo el espíritu innovador se concentró en el comercio de exportación e importación y no tanto en la producción, ya que en ese proceso era donde más fácil se podían obtener ganancias y rebajas en los costos de fletes y de mercadeo, a través de una organización para el comercio.

Esta intervención del caficultor en el comercio será de gran trascendencia para explicar posteriormente el proceso de acumulación de capital obtenido no solamente en el comercio interno sino en el externo y en la producción.

¿Se produjeron, bajo todas estas circunstancias, cambios en las relaciones sociales de producción en la economía cafetera a principios del siglo XX? Las escasas informaciones sobre los sistemas de arrendamiento y aparcería de la época no permiten sacar una conclusión al respecto, pero los factores que se han señalado tuvieron que producir algunos cambios en esas relaciones, si no a nivel general por lo menos a nivel de fincas o zonas muy determinadas, pues es difícil pensar que en un período tan corto se hayan producido cambios significativos en las relaciones sociales de producción en el sector agropecuario. En el caso del occidente pareciera que hubo en ese período un avance de importancia en las formas de explotación más modernas con trabajo asalariado.

En el oriente la quiebra de explotaciones cafeteras y la escasez de mano de obra parecen no haber afectado fundamentalmente esas relaciones, permitiendo mantenerlas y reproducirlas a medida que transcurren los años, exceptuando posiblemente la ampliación de la forma de pago de la renta en dinero a través del arrendamiento precapitalista y por supuesto la intensificación de la explotación de la mano de obra como consecuencia de la crisis. La decadencia evidente de esta zona en términos de producción es un elemento que apoya decididamente esta observación, ya que si se hubiera dado un cambio radical en las relaciones de producción y un avance de la tecnología no hubieran

existido razones para tal declinación, puesto que en esta zona no existió una actividad productiva que compitiera con el café como para desplazar capitales de esa actividad y, además, no existían condiciones a nivel social como para esperar un cambio en esa dirección.

Pudiera afirmarse, en este sentido, que a principios del siglo XX se habían conformado ya unas formas típicas de utilización de la mano de obra en la economía cafetera, que se daban fundamentalmente a través de los arrendamientos con pago de renta en trabajo y dinero, las aparcerías y el trabajo concertado, como formas precapitalistas, y por otra parte la explotación de tipo familiar establecida a raíz del proceso de colonización en el occidente y en menor medida en el oriente, y finalmente unas pocas explotaciones que pudieron llamarse modernas donde el trabajo asalariado era más importante que otros tipos de trabajo. Todo este conjunto de formas de producción había de mantenerse hasta principios de la década de los años treinta cuando empieza a generarse un proceso acelerado de cambio en las relaciones sociales de producción con hondas incidencias en la economía agrícola del país.

Todas estas formas de explotación se enmarcaban en una esfera comercial donde predominaba el monopolio, la usura y la explotación del pequeño productor por parte de intermediarios, unas veces ligados al cultivo mismo del café, y otras, a actividades propias de una economía urbana. El proceso de quiebra de los cafeteros, al no poder pagar las deudas contraídas y respaldadas con hipotecas, acentuó los factores de concentración y monopolio de la propiedad territorial tanto en manos nacionales como extranjeras, con lo cual se desarrollan grandes haciendas cafeteras en Cundinamarca, Santanderes y Tolima. Se exceptúan a algunas regiones conquistadas por la colonización antioqueña, donde no se dio un proceso tan fuerte de concentración de la propiedad.

Al iniciarse la primera guerra mundial, la economía cafetera había logrado recuperarse, especialmente a partir de 1910 cuando los precios superaron los niveles anteriores; sin embargo, los cafeteros, como siempre lo han hecho, mostraban con datos que aún en esas condiciones las utilidades eran demasiado pequeñas y que los altos fletes terrestres, férreos y fluviales, transbordos, derechos de fero, derechos consulares, derechos de tonelaje y sobordo, etc., eran todos gastos y contribuciones abrumadoras para el gremio; y pedían a los legisladores que los dejaran si-

quiera vivir y pagar las deudas, para rescatar los cafetales de los acreedores extranjeros.

De otra parte se hacían intentos de aumentar la productividad de los cafetales mediante la utilización de abonos, en relación con lo cual se habían hecho hasta 1914 algunos ensayos en Cundinamarca. La SAC solicitaba así al Congreso se eximiera a los abonos químicos de los impuestos de navegación (derecho fluvial, derecho de tonelaje y sobordo) ⁽⁴³⁾, ya que para usar esos abonos se requería entonces que el precio del grano se mantuviera en ultramar a una suma mayor de 12 centavos la libra, pues con precios menores se hacía difícil mantener las plantaciones. En Cundinamarca había cafetales que en 1915 tenían 40 años sin utilizar abonos, e incluso se menciona el caso de la finca del señor Luis Mejía que tenía cafetos de 60 años en buen estado ⁽⁴⁴⁾.

El escaso grado de desarrollo tecnológico en el cultivo de los cafetales de la región oriental, que puede deducirse de los datos anteriores, el decaimiento de la producción en esta zona y las descripciones del presidente de la SAC sobre los innumerables ensayos hechos en su finca para determinar el mejor abono para las plantaciones (cal, superfosfatos, nitrógeno, bacterias, abonos completos, torta de semilla de higuera), se sintetizan en la siguiente expresión del señor Jorge Ancizar: "Por lo expuesto se comprende que nosotros los cafeteros estamos abandonados a nuestra propia suerte; que todos los conocimientos que adquirimos los tomamos de publicaciones extranjeras que tratamos de aprovechar, copiándolas en nuestras haciendas sin saber si la clase de suelo, las condiciones climáticas, enfermedades, etc., son iguales a las nuestras, dando por resultado que cometemos quién sabe cuántas barbaridades, y estropeamos la ciencia a causa de nuestra ignorancia. Los cafeteros tenemos que ser en nuestras haciendas dentistas, médicos, cirujanos, químicos y bacteriólogos, y ya podrán figurarse ustedes el cúmulo de desaciertos en que incurrimos" ⁽⁴⁵⁾. No había todavía una tecnología definida para la explotación moderna de los cafetales, y los cafeteros debieron aprenderla en ese proceso descrito por el presidente de la SAC, a través de un período de tiempo muy lar-

43. Ibidem, No. 115, enero 1914, artículo "Industria del café en Colombia".

44. Ibidem, mayo de 1915. Conferencia sobre Café, de Jorge Ancizar, presidente de la SAC.

45. Ibidem.

go, siendo solamente después de la creación de la Federación de Cafeteros cuando se lograrían avances significativos en la productividad y conocimiento tecnológico adaptado a nuestro medio. Esta apreciación no invalida de ninguna manera lo que ya se anotó sobre los aumentos en productividad en la zona occidental, ya que esos incrementos eran allí notorios, aunque fueran pequeños en comparación con los permitidos por la tecnología existente en otros países. Debe agregarse, sin embargo, que el avance tecnológico más importante en las dos zonas se dio en las labores de beneficio, no así en el cultivo del grano. Esta apreciación debe matizarse por zonas, ya que es muy claro que la región de los Santanderes estuvo muy atrasada en cuanto a la modernización de las máquinas para beneficiar el grano en comparación con las haciendas cundinamarquesas y tolimeses; y es muy probable que en la región occidental el avance fuera mucho más rápido en Antioquia y Caldas que en Valle, Cauca, Nariño y Huila.

La guerra mundial afectó relativamente poco a la economía cafetera, ya que la inflación producida en Estados Unidos y las heladas del Brasil beneficiaron lisonjeramente al grano; además se presentó como consecuencia de la guerra y las dificultades de transporte, una escasez del grano en Estados Unidos, lo que ayudó a mantener alto el precio; en Octubre de 1918 el café se cotizaba a 25 centavos en promedio ⁽⁴⁶⁾. Restablecido el transporte, se acumularon excedentes en USA, y este hecho conjugado con la política norteamericana de abaratamiento del costo de la vida en la postguerra, contribuyó a bajar el precio nuevamente, sin que éste bajara mucho en relación con los límites alcanzados antes de iniciarse la guerra.

La paz social pregonada por la SAC y los cafeteros, sin embargo, fue brevemente interrumpida en 1918, cuando se presentan los primeros conflictos en las zonas cafeteras que señalan el preludio de los innumerables enfrentamientos de arrendatarios, aparceros y jornaleros contra los propietarios en los años veinte y treinta.

La SAC recibió hacia fines de 1918 una serie de manifestaciones y denuncias de agricultores sobre conflictos con arrendatarios o colonos, que pretendían que las tierras que cultivaban eran baldías, lo que les daría derecho a ser propietarios. Se referían los agricultores a aquellos departa-

46. Ibidem, octubre de 1920 y octubre-noviembre de 1918.

mentos donde se había implantado el sistema de dar porciones o lotes a colonos o arrendatarios para que los cultivaran, con derecho a usufructuar las mejoras, pero a cambio de que contribuyeran con su trabajo personal a las labores y menesteres de la finca⁽⁴⁷⁾. La SAC recurre entonces a las autoridades para que intervengan, aplicando el Código Penal a los usurpadores del derecho de propiedad. Estos primeros conflictos se basaban en la idea que los arrendatarios o colonos se formaron en el sentido de que las partes de las grandes haciendas no cultivadas eran baldías y que debían pasar a los campesinos que las denunciaban como bienes ocultos de la Nación. Este fenómeno se presentó en regiones de Fusagasugá, Pandi y Usme en Cundinamarca⁽⁴⁸⁾. Como puede observarse, no se luchó en ese momento por mejorar o cambiar las condiciones de trabajo, aunque de por sí, ello representaba un intento de liberación de las formas oprobiosas de trabajo.

4. La Sociedad de Agricultores de Colombia y los intereses de los caficultores

En el período que estamos analizando, la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) era el gremio que representaba los intereses de los cafeteros, ya que efectivamente los principales miembros de las Juntas Directivas fueron caficultores de gran poder económico, que evidentemente utilizaron esa agrupación como el principal vehículo para exigir al Gobierno la implementación de una serie de medidas, encaminadas a favorecer sus intereses.

Los antecedentes de la creación de la SAC se remontan hacia 1871, época en que a iniciativa del doctor Salvador Camacho Roldán y de don Juan de Dios Carrasquilla, se fundó la "Sociedad de Agricultores Colombianos", con el concurso del General Eustorgio Salgar, presidente del Estado Soberano de Cundinamarca. Pero este empeño fracasó en 1875 por la inconsistencia de unos y la indiferencia de otros, sin contar la indolencia gubernativa por el desarrollo agrícola; y finalmente por los conflictos bélicos que se dieron en ese entonces.

El auge que tuvo el café a fines del siglo XIX y la forma como la guerra de los mil días afectó a los cafeteros llevaron a éstos a agruparse para redimir de la ruina a la

47. Ibidem, agosto de 1918.

48. Ibidem, septiembre 1918, pp. 1701-1702.

industria cafetera; fue así como, por iniciativa de don Francisco Ospina Álvarez, se fundó en noviembre 17 de 1904 la "Sociedad de Productores de Café", cuyos objetivos básicos eran fomentar la industria del grano y afrontar los diversos problemas referentes al cultivo, al beneficio y a la exportación.

Los cafeteros que se reunieron en ese año eran un selecto grupo de hombres de trabajo, de capital y de alta posición social, y merece nombrárseles por el papel que muchos de ellos representaron en los años siguientes como políticos, hombres de Estado, ministros, congresistas, etc. Fueron ellos los doctores Francisco Ospina Álvarez, Pedro Alejandro Forero, Rafael Díaz Gómez, Jorge Ortiz Williamson, Gabriel Ortiz Williamson, Eduardo Sayer, Carlos Uribe, Alfredo Caballero, Luis Patiño J., Francisco A. Gutiérrez, Francisco de P. Gutiérrez, José M. Sáenz, Francisco Montaña, Carlos Crane, Gabriel Prieto de la Torre, Hernando Valenzuela, Max Aya, Miguel Nieto, Julio Silva, Rafael Uribe, Guillermo González, Adriano Escobar, Julio Mier, Eugenio Umaña, Lorenzo Cuéllar, Ricardo Santamaría, Indalecio Liévano, L. González, Alfonso López y Rafael Pinto⁽⁴⁹⁾.

En 1906 la Sociedad de Productores de Café, para darle mayor amplitud a la institución, cambió su nombre por el de "Sociedad de Agricultores de Colombia" (SAC) y obviamente esta entidad fue dominada completamente por los cafeteros hasta 1928, año en que se creó la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, aunque después de ese año tanto la SAC como FEDERACAFE siguieron unidas para defender sus intereses y muchos miembros de la Junta Directiva de la SAC lo eran a su vez de FEDERACAFE. En todo el período analizado en este capítulo, la SAC se compuso de propietarios fundamentalmente de la Sabana de Bogotá y caficultores de Cundinamarca, aspecto que sólo varió después de la primera guerra mundial cuando empezaron a funcionar las Sociedades de Agricultores de Antioquia, Caldas, Tolima, Valle, etc.

En los dos años que trabajó la Sociedad de Productores de Café se afrontaron los problemas referentes a los fletes, lográndose celebrar un contrato para el transporte del café por el río Magdalena con el señor Francisco Pine-

49. Rafael Flores, "Reseña histórica de las labores ejecutadas por la Sociedad de Agricultores de Colombia en los veinte años de su existencia", octubre de 1924. Número especial de la *Revista de la SAC*.

da López, representante de las compañías Aliadas, contrato que fue de gran beneficio para los cafeteros. Pidió además la Sociedad la rebaja de fletes fluviales, marítimos y férreos. Pidió y obtuvo en parte la disminución de los derechos consulares y la entrada libre al país de herramientas y maquinarias para la agricultura. Además la Sociedad se financió por la cesión a ella del 5% del valor de los retornos que hicieran las compañías Aliadas sobre los fletes de café pergamino, contando así con una sólida estructura financiera desde sus inicios⁽⁵⁰⁾. En su conformación política, la SAC dio permanentemente cabida a los dos partidos tradicionales, y fue un semillero de presidentes, ministros, senadores, representantes, etc., tal como se observa a continuación:

- a) Miembros de la SAC que alcanzaron el solio de Bolívar: General Rafael Reyes, General Ramón González Valencia, General Jorge Holguín, en el período que cubre este capítulo. En los años veinte se agrega el doctor Miguel Abadía Méndez.
- b) Miembros de la SAC que fueron ministros en el período anotado: Ministros de Gobierno: Dr. Bonifacio Vélez, Dr. Luis Cuervo Márquez, Dr. Miguel Abadía Méndez; Ministros de Hacienda: Dr. José M. Goenaga, don Félix Salazar, Dr. Pomponio Guzmán; Ministro de Guerra: General Alfonso Jaramillo; Ministros de Instrucción Pública: Dr. Bonifacio Vélez, Dr. Miguel Abadía Méndez; Ministros de Agricultura y Comercio: General Benjamín Herrera, Luis Montoya S. y Dr. Jesús del Corral; Ministros de Obras Públicas: Dr. Nemesio Camacho y Dr. Carmelo Arango; Ministro del Tesoro: Dr. Jorge Ancizar.
- c) Seis miembros de la SAC fueron a su vez senadores y 16 fueron miembros de las Cámaras en el período considerado⁽⁵¹⁾.

Aunque en el análisis hecho anteriormente sobre el surgimiento de la economía cafetera, sobre su crisis y las condiciones de explotación de las haciendas, ya se han señalado una serie de intervenciones y concepciones de la SAC sobre los diferentes problemas, parece importante anotar otros elementos que pueden servir de base para la eventual elaboración de una interpretación más completa sobre la

50. Ibidem.

51. Véase Rafael Flores, op. cit.

ideología y los intereses que este grupo representaba en las dos primeras décadas del siglo XX.

En los años 1912, la SAC, es decir, los cafeteros, se pronuncia contra un proyecto que cursaba en las Cámaras y que pretendía gravar la exportación de café, argumentando que los buenos precios que en ese año tenía el grano apenas sí comenzaban a servir para que los cultivadores saldaran las deudas contraídas y los quebrantos producidos en la larga época en que su producto se mantuvo entre 7 y 10 cvs. la libra.

Se continúa enunciando los postulados que ya venían siendo planteados desde principios del siglo, sobre la necesidad de que se emprendieran acciones encaminadas a mejorar el transporte y disminuir los fletes, como únicas alternativas viables para poder competir en el mercado internacional, alegándose que mientras ello no se efectuara no se podía pensar en imponer nuevos tributos o cargas a la exportación del grano.

El proyecto de gravamen a las exportaciones, presentado por el Ministro de Hacienda, no llegó a establecerse, aunque estuvo casi dos años en debate. En septiembre de 1914, la SAC felicitaba calurosamente a los que intervinieron en la negación del proyecto, e incluso llegó a presentar un proyecto que elevaba a canon constitucional la prohibición de gravar el café y a las exportaciones en general, proyecto que no fue acogido por el Gobierno⁽⁵²⁾ a pesar de una gran presión de la SAC⁽⁵³⁾.

Los cafeteros sintetizaban a fines de 1914 su posición sobre el gravamen a las exportaciones en esta forma: "Los exportadores colombianos trabajamos con dinero suministrado por casas comerciales de Europa o de los Estados Unidos. Un gravamen a los productos colombianos destinados a las plazas del exterior no resuelve el problema que confrontamos, sino que lo agrava con caracteres alarmantes; porque desde el momento que los agentes de las casas vendedoras de ultramar se informaron que sobre las difi-

52. *Revista Nacional de Agricultura*, No. 123, septiembre de 1914.

53. Véase al respecto el artículo de Gabriel Ortiz Williamson, en *Revista Nacional de Agricultura*, abril de 1912, titulado "Cuentos alegres de un Diputado", que en 1912 ya sugería a los agricultores y cafeteros la necesidad de llevar representantes de sus intereses a los cuerpos legislativos para que obtuvieran leyes contra los gravámenes a la exportación.

cultades que pesan en contra de los productores de café se agregaba la del impuesto de exportación, manifestaron a sus clientes que ellos, a su vez, se verían forzados a disminuir el giro o letra que dan sobre conocimiento de embarque. Y en último análisis el resultado se traduce en que el café se perdería en los árboles, por imposibilidad de recolectarlo" (54).

Evidentemente, la presencia del conflicto mundial impedía poner gravámenes a las exportaciones, ya que ello agravaría la situación fiscal de la Nación, y por otra parte a fines de 1914 los precios del grano ya mostraban signos de descenso, al pasar de 17½ centavos la libra en julio a 12½ centavos en septiembre.

En 1915 ya los cafeteros plantean claramente los puntos sobre los cuales están decididos a luchar unidos: "Los cafeteros necesitamos lo siguiente: continuar unidos como hasta ahora lo hemos hecho, para batallar contra fletes y tarifas, y para impedir que los congresos nos agobien con nuevos impuestos, que arruinen nuestra industria. Necesitamos cultivar esmeradamente nuestras tierras, desyerbando con frecuencia, regando cal y abonando. Necesitamos buenas vías de comunicación y apoyo del Gobierno para ayudarnos a financiar nuestras cosechas..." (55). En estos puntos se centró fundamentalmente la política de la SAC en las tres primeras décadas del siglo, en lo que hace relación al café, haciendo frecuentemente énfasis en la disminución de los costos de transporte como una medida viable para competir en el mercado internacional, ante la dificultad de incrementar apreciablemente los niveles de productividad en el corto y mediano plazo.

Al terminar la segunda década del siglo, la SAC hace reflexiones sobre lo que ha sido su intervención o participación en las decisiones públicas, y ello está muy bien sintetizado en el siguiente editorial de su revista:

"Nada eficaz hemos logrado los agricultores en favor de la industria redentora. Aún existen los caminos coloniales que no pasan de la categoría de sendas intransitables; día por día aumentan los impuestos que agobian la población rural, sin que de ellos se benefician los que los pagan humildemente, porque

54. Ibidem, p. 90.

55. Ibidem, mayo 1915. Conferencia sobre café de Jorge Ancizar, presidente de la SAC.

ese dinero no se transforma en reparaciones útiles de vías de comunicación; aún no existe el primer banco agrícola que facilite y ensanche la producción de los cultivos que alimentan al pueblo y sostienen la exportación; no hay un reservatorio de aguas destinado a fecundizar la tierra con riegos oportunos, no existe siquiera un silo público para conservar los granos en buenas condiciones y evitar así el hambre durante las épocas de malas cosechas. Todo está por hacer, y en vano hemos clamado porque se haga al menos lo indispensable. ¡Los legisladores no nos han atendido sino cuando están en ciernes, es decir, de simples candidatos! Y eso porque saben que son los agricultores los que hacen surgir del comicio popular la mayor parte de los Diputados y Representantes.

"Después de considerar todo esto, y tras mucho tiempo de sufrir decepciones silenciosamente, hemos resuelto tomar una actitud defensiva que juzgamos muy conveniente para la patria. Si continuamos en la pasividad y en el quietismo, en asuntos electorales, no lograremos vencer nunca la política estéril que hasta ahora se ha enseñoreado del campo. Es preciso que los que nada esperamos de ella, salgamos unidos y resueltos, a disputarle el dominio absoluto.

"En tal virtud, hacemos un llamamiento sincero y formal a todos los agricultores de la República, y muy especialmente a las treinta sociedades agrícolas, que nos han hecho el honor, agradecido de veras por nosotros, de secundarnos en anhelos y aspiraciones, para que organicen una campaña definitiva, con el principal objeto —que lo demás vendrá por consecuencia lógica— de obtener buena y sincera representación en concejos, asambleas y congreso.

"Guerra a la política infecunda y odiosa, debe ser nuestra bandera" (56).

El editorial termina con la manifestación de que sólo apoyarán por ahora a los candidatos que prometan cumplir con un programa "de acuerdo a nuestros ideales y del cual hemos seleccionado puntos para presentarlos en oportunidad y en relación con el giro que tomen las circunstancias".

De este editorial podemos deducir varias cosas importantes, algunas de las cuales serían de gran trascendencia para la consolidación del gremio de los cafeteros en los años veinte. En primer lugar, la descripción inicial es una radiografía muy concisa sobre el estado de desarrollo del sector

56. Ibidem., No. 175-176, enero-febrero 1919.

agropecuario, que refleja su atraso, y la poca intervención estatal en la conformación de una infraestructura física básica para su desarrollo. Este atraso del sector lógicamente se compadecía con el escaso grado de desarrollo industrial que había alcanzado el país y con el aún incipiente grado de división del trabajo a nivel social; no se había conformado todavía lo que pudiera llamarse un sector moderno dinámico en el sector agropecuario, exceptuando algunas regiones cafeteras, donde el cultivo sí se desarrollaba con avances en productividad de gran importancia.

En segundo lugar, los agricultores culpan de tan lamentable estado a los legisladores que no han seguido las pautas de desarrollo trazadas por la SAC. Evidentemente esta es una inculpa de la cual no estaban libres los mismos agricultores; pues como ya lo dijimos, el grado de desarrollo del sector, que reflejaba un escaso desarrollo de las fuerzas productivas y que se sustentaba en unas relaciones sociales de producción que entrababan el progreso social, obedecía a unas fuerzas económicas determinadas, que difícilmente podían ser controladas por los legisladores ya que su misma actitud hacía parte de ese esquema de formación social existente.

En tercer término, cabe resaltar la llamada actitud defensiva de la SAC, que no era en realidad otra cosa que una posición de ofensiva para intervenir en la vida pública directamente, en las decisiones que afectaban al gremio.

Las decepciones silenciosas soportadas por el gremio, según expresión de sus voceros, no parecían tales a la luz de las manifestaciones, comunicaciones, decisiones y actitudes de la SAC y especialmente de los cafeteros, frente a las decisiones de política económica del período considerado. No hubo ningún acto gubernamental, en beneficio o en contra a la SAC, que no contara con una manifestación de apoyo o rechazo. Si hubo en realidad algún silencio, ello obedeció simplemente a que la política económica impuesta por los distintos gobiernos fue benéfica en el corto y mediano plazo para el gremio, lo cual podría deducirse fácilmente de las expansiones tan fuertes del café, que en alguna medida tuvieron que basarse necesariamente en una política económica favorable a los cafeteros.

La unión bipartidista que se produjo después de la guerra de los mil días, mencionada continuamente en las diversas páginas de la Revista Nacional de Agricultura, a través de mutuos elogios por haber obtenido "la paz", de mo-

do que ahora no quedaba más que trabajar en conjunto por el bien de la patria y el desarrollo de la nación, tuvo sus consecuencias de interés para la SAC. En el nuevo clima, la Sociedad de Agricultores pudo aglutinar alrededor de las diferentes sociedades agrícolas a agricultores, agricultores-exportadores, agricultores-comerciantes y agricultores-políticos, de los más diversos matices políticos; de tal manera que al llegar a los años veinte, la SAC contaba con 30 organizaciones en todo el país, que constituían un mecanismo de presión en favor de sus intereses en todo el ámbito nacional. Esta capacidad de presión era la que la SAC quería aumentar cuando proponía participar en todos los niveles de las decisiones de política con auténticos representantes del gremio.

La unión alrededor de estos intereses fue un elemento fundamental para que los cafeteros pudieran consolidar su gremio, formando en 1928 la Federación Nacional de Cafeteros, que tendría una participación mucho más decisiva en la toma de decisiones políticas a partir de entonces. Es decir, los cafeteros supieron aprovechar muy bien la estructura organizacional que la SAC montó desde sus inicios. Años más tarde, la Federación de Cafeteros continuaría con las campañas para llevar a las corporaciones públicas a sus representantes, manteniendo la cohesión política mediante el bipartidismo, y utilizando el mecanismo de rotación política en el nombramiento de sus gerentes y presidentes de la Junta Directiva.

La fuerza de la SAC era ya tan apreciable que a los pocos meses de escrito el editorial citado atrás, fue nombrado Ministro de Agricultura y Comercio Jesús del Corral, Secretario de la SAC, a semejanza de lo que había sucedido antes con otros miembros de esa agrupación. Además, los cafeteros ya empezaban a considerar más en serio la posibilidad de hacer un gremio aparte, de ahí que la SAC organice el primer Congreso de Cafeteros de Colombia, que se reunió en Agosto 26 de 1920.

5. Efectos sobre la División del Trabajo

Sin entrar en mayores detalles sobre los efectos que este surgimiento de la economía cafetera tuvo en la ampliación del mercado interno, parece conveniente anotar algunos elementos que pueden ser útiles para comprender el significado que desde el punto de vista económico y social tuvo la generalización del cultivo del café en el país.

En la economía del café deben distinguirse 4 etapas muy definidas, que representan otras tantas fases de la división social del trabajo que contribuyen a la ampliación del mercado interno:

1. El cultivo del grano con sus diferentes etapas de siembra, deshierba, abono, descopado o deschuponada y recolección; 2. Beneficio del grano en la finca, que comprende el despulpe, fermentado, lavado y secado; 3. Beneficio urbano que comprende trilla, selección y empaque para el comercio interno o externo, y 4. Industria del café, es decir, transformación del grano en café listo para el consumo.

Lo interesante de estas etapas es que las dos primeras se sitúan a nivel rural o de la finca, mientras las otras dos, a nivel de los centros urbanos. El proceso del cultivo y del beneficio en las dos primeras fases es realizado fundamentalmente por las mismas personas, estableciéndose así una división del trabajo interno a nivel de la finca, en el sentido de que el tiempo de trabajo utilizado en el año se divide en varias tareas que van siendo realizadas según avance el cultivo, dándosele así a la mano de obra una cualidad de versatilidad y facilidad de desarrollar diversas tareas sin necesidad de recurrir a mano de obra especializada para cumplir ciertos procesos, fenómeno que también fue esencial para la ampliación popular que tuvo el cultivo en sus primeras etapas de desarrollo.

Aparece así a nivel de la finca una división del trabajo en trabajo agrícola e industrial, pues el beneficio aquí es una actividad industrial que se realiza en unos casos con instrumentos rudimentarios y en otros con maquinaria moderna; este tipo de actividades debió generar una mano de obra con calificación suficiente para que se emprendieran procesos industriales en las ciudades.

Al realizarse otras etapas en los centros urbanos, se creó una división más amplia del trabajo, es decir, una separación de la agricultura de la industria y una ampliación del mercado.

El café permite que se generen así los primeros procesos industriales de importancia en las ciudades, que pasaron a convertirse en centros productores importantes del grano. La escogida, clasificada, trillada y empaque del grano se constituyeron al parecer en bases de la principal actividad industrial en centros como Medellín y Manizales. Hubo un marcado proceso de división del trabajo a nivel social que dio lugar a actividades agrícolas, industriales, de

transporte, comercio y finanzas; pero no es el objetivo de este trabajo analizar cada una de ellas ni medir y evaluar su importancia en el proceso de crecimiento y desarrollo de la economía colombiana.

Interesa ante todo anotar cómo el café, por sus características mismas, da lugar a un proceso amplio de división del trabajo en la sociedad, permitiendo así el surgimiento de una serie de actividades o procesos conexos que se van convirtiendo a su vez en ramas industriales con marcada influencia en el proceso de ampliación del mercado interno⁽⁵⁶⁾; tal vez ningún otro producto agrícola en el país ha tenido la importancia que tuvo el café en la generación de este proceso.

Por otra parte, es necesario anotar que este proceso interno de división del trabajo que da lugar al surgimiento de actividades industriales (transporte, empaque, fabricación de maquinaria) y comerciales, se enmarca a su vez en un esquema de división internacional del trabajo en que el país desempeña inicialmente el papel de productor de alimentos y materias primas para los países desarrollados y se convierte en importador de bienes manufacturados para satisfacer su consumo interno, quedando de momento congeladas las posibilidades del surgimiento de una industria fuerte en el país.

Pero el café, en medio de su propia dinámica de desarrollo y generación de interrelaciones industriales, iría rompiendo poco a poco este esquema, a través de la monetización de la economía y la creación de una demanda interna de productos manufacturados simples que poco a poco fueron produciéndose en el país, hasta originar un proceso de industrialización importante, sin que por lo demás, ello rompiera definitivamente el esquema de división internacional del trabajo impuesto a nivel mundial por las potencias occidentales.

La rápida integración al mercado mundial que se logra con el comercio del café fue así una característica de singular importancia para el desarrollo de la economía en general y del sector agrícola en particular, ya que ello determinó la necesidad de modernizar la tecnología del culti-

56. En relación con los aspectos teóricos sobre la división del trabajo y el proceso de separación entre el campo y la ciudad, véase: *El proceso de la división del trabajo, agricultura e industria*. Notas elaboradas por el autor para la Universidad Nacional, Departamento de Economía, marzo de 1975.

vo, incrementando los rendimientos del mismo, para poder competir a nivel mundial con otros países productores; y este proceso de modernización del cultivo, inducido así desde fuera, fue muy importante para ayudar a generar el cambio que lenta y gradualmente se fue produciendo en las relaciones sociales de producción, hasta convertir en nuestros días el cultivo del café en una empresa capitalista que alterna con una empresa de tipo familiar que también se ha modernizado.

LA DISTRIBUCION DEL INGRESO EN COLOMBIA

Miguel Urrutia M.

Albert Berry

Colombia tiene hoy por hoy una distribución de ingresos extremadamente desigual, fuente de la mayor parte de la pobreza que se encuentra en el país. Tal pobreza, sostienen los autores, no es necesaria con el nivel de ingreso existente, y la redistribución del 7 al 8 por ciento del ingreso nacional sería suficiente para doblar los ingresos de la cuarta parte más pobre de la población.

El libro presenta un cálculo de la distribución de ingresos en 1964 y estudia el comportamiento histórico de la distribución en las últimas décadas, para discutir enseguida los efectos sobre la distribución de cierto tipo de políticas —fiscal, educativa, financiera y agrícola— que ha adoptado el gobierno en el pasado, y formular, con base en esto, recomendaciones para el futuro.

CUADERNOS COLOMBIANOS

lecturas

ANOTACIONES SOBRE LA DISTRIBUCION DEL INGRESO

Miguel Urrutia M. y Albert Berry, *La Distribución del Ingreso en Colombia*, Ed. La Carreta, Medellín, 1975.

Alejandro Foxley (Compilador), *Distribución del Ingreso*, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Durante las tres últimas décadas, el tema de la distribución del ingreso ha suscitado un creciente interés en América Latina. Durante mucho tiempo, sin embargo, y exceptuando las referencias de la CEPAL, se careció de trabajos que permitieran una ubicación acertada del problema. Fueron notorias también, por lo menos hasta la década del sesenta, la proliferación de posturas teóricas, las divergencias sobre el sentido en que la cuestión debía debatirse, sobre los elementos a incluir en el análisis etc., al punto que resultaba difícil saber que era lo que realmente se estaba discutiendo.

De hecho, era evidente que la dirección inicial del interés por la distribución del ingreso nacía de las implicaciones sociales y políticas de la desigualdad de su distribución. Se pensaba, en efecto, que las tensiones inherentes a tal desigualdad dificultaban la viabilidad política de cualquier modelo de desarrollo. Sin embargo, ante la presencia de mecanismos políticos más expeditos para reprimir los conflictos, la mayoría de los países latinoamericanos optaron por seguir una política desarrollista, que lejos de suprimir la desigualdad, contribuía a acentuar las diferencias en los niveles de ingreso ⁽¹⁾. Así, mientras las preocupaciones caían en el terreno de los "problemas sociales", el asunto hacía parte más de los pronunciamientos verbales que de las realidades efectivas de la política económica.

En los años recientes, el orden de las preocupaciones cambió visiblemente, centrándose en el terreno puramente económico. No se trataba ya de un "problema social" sino más bien de las distorsiones que la desigualdad en la distribución del ingreso podría provocar en el aparato productivo a través de las características que aquella le

1. El lector podría comparar en la compilación de Foxley, las diferentes políticas y la manera como afectaron al grado de concentración del ingreso. Así, p. ej., encontrará la política de distribución que sirvió de marco al "milagro brasileño"; la política de escalas salariales en Cuba después de la revolución o los resultados de la reforma agraria en el Perú. Un punto de interés en el libro de Foxley es el conjunto de artículos sobre la distribución del ingreso en los países socialistas (se analizan los casos de Rusia y Europa oriental, Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia), aspecto casi desconocido en América Latina.

imprimiera a la magnitud de la demanda global y sobre todo a su composición. En este sentido, empezó a señalarse insistentemente que la concentración del ingreso restringía la producción de bienes de consumo masivo a la par que incrementaba las importaciones de carácter suntuario y simultáneamente estimulaba la sub-utilización de capacidad instalada en aquellos sectores emergentes de la industria latinoamericana (2). La desigualdad se convirtió así, en opinión de la mayoría de los economistas, en una de las causas más relevantes de las tendencias al estancamiento económico. Quienes se oponían a este punto de vista señalaban la incompatibilidad entre distribución y crecimiento. Con un argumento bastante conocido, sostenían que la concentración se traducía en un mayor ahorro y por lo tanto en una mayor inversión, estimulando así la actividad productiva (3).

De cualquier modo, este desplazamiento de interés por el tema, se resolvió en un cambio de orientación de la política de distribución. En uno comienzo, sin tomarla demasiado en serio, la política tendía a una redistribución (o distribución ex-post, como suele llamársele) del ingreso a través de la política fiscal incrementando los gastos en educación, salud, o algunas ayudas directas del Estado, lo que, de una parte, solía beneficiar a los grupos ya privilegiados y, de otra, no afectaba esencialmente el funcionamiento del aparato productivo. Posteriormente, en la mayoría de los planes de desarrollo empezó a figurar una modificación ex-ante de la distribución a través de políticas salariales o de reorientaciones de la inversión pública que modificaran a su vez la utilización del excedente de la economía. Esta "redistribución ex-ante" tenía el propósito (jamás cumplido) de transformar la composición de la demanda y se complementaba (en algunos casos era equivalente) con la "redistribución del consumo" bien a partir de una discriminación de precios o a través de subsidios o de políticas de distribución al margen del mercado para alentar el consumo de ciertos bienes de los cuales está excluido algún sector de la población (4).

2. Sobre este aspecto véase el artículo de Ricardo French-Davis, en Foxley, pp. 320-358.

3. La crítica de este punto puede verse en el artículo de A. Foxley y Oscar Muñoz, en Foxley, pp. 359-391.

4. Sobre las implicaciones de una distribución ex-ante o ex-post véase el artículo de Anibal Pinto y Armando de Filippo en Foxley, pp. 239-258. Sobre la "Distribución del ingreso o del consumo", el artículo de French Davis. Sobre las orientaciones "sociales" o "económicas" de la política de distribución véanse los trabajos sobre Perú, Venezuela y Colombia (este último de Miguel Urrutia y Clara Elsa de Sandoval).

El trabajo de Miguel Urrutia y Albert Berry (5) se ubica claramente en el primero de los terrenos mencionados. Señalan, desde el comienzo, la exclusión de los efectos de la distribución sobre el crecimiento, para centrarse, de una parte, en los aspectos cuantitativos de aquella y de otra en la discusión de algunas políticas desde el punto de vista de la distribución. La preocupación que subtiende todo el trabajo, y particularmente su parte segunda, es la de las distribuciones ex-post. Más adelante examinaremos algunas de las implicaciones de este punto de partida.

El enfoque teórico elegido es el modelo neoclásico de distribución con algunos ajustes —a nuestro juicio nada brillantes— para adaptarlo a las condiciones de la economía colombiana, insistiendo particularmente en las modificaciones que un exceso de oferta de mano de obra (el conocido modelo de Arthur Lewis) puede introducir en el modelo convencional. Los otros elementos adicionales son preferencialmente: la distribución sectorial de la población económicamente activa, la distribución de la riqueza y los aspectos demográficos con poco énfasis en los efectos del proceso de sustitución de importaciones sobre los mecanismos de distribución, relación que en opinión de la mayoría de los autores que se ocupan del tema, resulta esencial para comprender cabalmente las dimensiones del problema.

En buena parte, el marco teórico elegido va a determinar no sólo los alcances de la investigación sino el interés que pueda asignársele al tema. En buena parte, también, las diferencias y la ambigüedad del terreno explorado nacen de enfoques teóricos cuyos elementos no se hacen explícitos. Ocurría así que los economistas que acogían la teoría neoclásica subrayaban la distribución funcional del ingreso por estratos de población o correlacionaban la distribución con algunas "variables sociales", pero difícilmente se preocupaban por la distribución entre sectores o ramas de la actividad económica. Los post-keynesianos, por su parte, subrayaban la composición del gasto del ingreso sin preocuparse demasiado por su distribución fun-

5. Miguel Urrutia es autor de una conocida "Historia del sindicalismo en Colombia" y de un artículo histórico sobre la inflación y la distribución del ingreso en el siglo XIX, además de algunos trabajos más especializados. Albert Berry es autor de uno de los más completos estudios sobre el sector agropecuario colombiano ("The Development of Colombian Agriculture"), aún inédito, y de numerosos trabajos, también inéditos casi todos, sobre diversos problemas de la economía colombiana. Este trabajo sobre distribución del ingreso en Colombia sintetiza, de cierto modo, trabajos anteriores de Urrutia, Berry y de Clara Elsa de Sandoval, aparecidos en las publicaciones del CID. (U. Nal.), y en la Revista del Banco de la República.

cional, y los marxistas apenas si veían en la distribución la injusticia inherente al desarrollo capitalista.

Conviene pues detenerse brevemente en las teorías de la distribución. Ello nos permitirá, de una parte, la ubicación del problema y de otra posibilitará el establecimiento de sus verdaderas dimensiones.

Como se sabe, en la teoría neoclásica las participaciones relativas de los factores (es decir, la distribución del valor del producto entre salarios, beneficios y renta) están determinadas por las productividades relativas y por los precios relativos de los factores empleados. Si los mercados son perfectos, la participación de un factor será igual a su producto marginal y si son imperfectos aquella estará en todo caso cercana a éste. Cualquier cambio técnico que modifique la productividad o cualquier alteración de las magnitudes relativas de factores afectarán consiguientemente la distribución⁽⁶⁾. Esta teoría es estrictamente funcional y esencialmente microeconómica. La transición hacia el análisis macroeconómico se realiza, sin mayores mediaciones, a través de las funciones agregadas de producción. El terreno en que se desenvuelve la teoría impone de inmediato restricciones al análisis. La teoría puede explicar (suponiendo que pueda explicar alguna cosa) cómo se distribuye el ingreso, pero su propio carácter hace difícil, si no imposible, pensar una relación entre la distribución y el comportamiento del aparato productivo, ya que no se ocupa del gasto del ingreso sino de la repartición dentro del proceso de producción.

El enfoque poskeynesiano no es propiamente una teoría de la distribución del ingreso sino de su gasto una vez que ha sido distribuido. La teoría descansa en las diferentes propensiones a consumir (y ahorrar) de asalariados y capitalistas, vía por la cual se descompone el gasto del ingreso entre diferentes tipo de bienes y se determina la tasa de inversión en la economía y por tanto la expansión de la capacidad productiva. Es claro que este punto de vista no explica la distribución del ingreso pero establece inmediatamente la relación entre ingreso y comportamiento del aparato productivo.

Finalmente, la economía marxista ubica la distribución en el terreno general del proceso de reproducción. Se pregunta esencialmente cuáles son las leyes que rigen la repartición del valor entre las clases y cuáles las relaciones entre los salarios, los beneficios y las rentas. Colocada en el terreno general de los antagonismos sociales del capitalismo, la distribución no hace más que reproducir las relacio-

6. Una exposición amplia de la teoría neoclásica puede verse en Urrutia y Berry, pp. 14 a 38. Puede verse también el artículo de Irma Adelman y Cinthia Talft Morris, en Foxley, pp. 25 a 72.

nes de producción. Las formas concretas de la distribución se manifiestan entonces como tendencias a la concentración y a una consolidación de la acumulación capitalista a través de un aumento en la composición orgánica del capital. Análisis más recientes (revista *Critique de la Economie politique*) han hecho ver la necesidad de restituir, para el análisis concreto del capitalismo, lo específico de la composición de clases (diluída en este terreno general en que se ubica el problema de la distribución) introduciendo las "capas medias" las cuales, en tanto que receptoras de transferencias de plusvalía desde el aparato productivo, son capaces de sustentar el ritmo de acumulación en los países dependientes (tal parece ser lo ocurrido en Brasil durante algunos años de la década del sesenta).

Las referencias anteriores, aunque seguramente tediosas, eran sin embargo necesarias. Como se ve, al abordar el tema no se sabe exactamente de qué se está hablando. Se opera sobre terrenos distintos, bajo preguntas distintas y categorizaciones esencialmente diferentes, lo cual podría hacer pensar que el tema carece de especificidad y pertinencia. Sin embargo, en relación a los problemas concretos del desarrollo capitalista, la distribución del ingreso resulta una cuestión esencial, tanto porque pone al descubierto las manifestaciones concretas de las contradicciones sociales, como porque determina en buena medida la forma específica que asume el aparato productivo.

Abordar la crítica del modelo neoclásico utilizado por Urrutia y Berry es una cuestión puramente secundaria. Es evidente la debilidad de un modelo como este (así se asuma como de carácter aproximativo) para la aplicación de la distribución en un caso como el colombiano⁽⁷⁾. En todo caso, deberíamos gastar menos tiempo discutiendo sobre lo que no sirve que discutiendo sobre lo que sirve.

A pesar de que Urrutia y Berry advierten que excluyen el análisis del efecto de la distribución sobre el crecimiento (aspecto que a nuestro juicio sería el verdaderamente relevante), centrándose por el contrario en un punto secundario como es el responder a la cuestión de cómo las características del desarrollo han determinado la

7. Los supuestos básicos del modelo: mercados perfectos, homogeneidad de la estructura económica, integración del mercado y movilidad de los factores, están lejos de constituir las características de las economías dependientes. La "heterogeneidad estructural", las "imperfecciones" de todos los mercados (especialmente el de mano de obra), etc., implican que este modelo no es utilizable ni siquiera por aproximación. Intentar ajustes de los supuestos perdiendo su articulación significa de hecho cambiar de terreno, hablar de otra cosa. Sobre este punto pueden verse la introducción al libro de Foxley y el artículo de Aníbal Pinto y Armando Di Filippo.

distribución por estratos en los sectores urbano y rural y entre estos mismos sectores, no por ello su trabajo deja de ser útil.

Aparte de la información elaborada, importante por sí misma independientemente del uso que le dan los autores (véanse p. ej. las series de empleo, salarios y precios elaboradas por primera vez y cuya importancia es indiscutible), el trabajo es útil en múltiples aspectos. La primera parte se ocupa de "medir" la distribución. Una inversión del orden de análisis podrá dar pie, seguramente, a esclarecedoras reflexiones sobre varios aspectos del desarrollo nacional. Así p. ej. el capítulo 2º discute la distribución del ingreso en la agricultura. Cualquiera, si no está muy afanado en negar todo crédito a los teóricos burgueses, podría deducir de su lectura las características esenciales del desarrollo agrícola. Del mismo modo, el capítulo 3º discute las tendencias de la distribución entre 1930 y 1960. Una lectura atenta de este capítulo podría iluminar más de una característica del desarrollo industrial.

Con todo, lo que nos parece esencial es lo que aparentemente sería menos importante. La segunda parte del libro discute las relaciones entre la política económica y la distribución centrándose en la política fiscal, en la educación, en el sector financiero y en la política agrícola. La sola enumeración de los temas debería advertir sobre una relación imprevista: la existente entre este libro y el plan de desarrollo conocido bajo el título de "Para cerrar la brecha". De hecho, el plan actual, a diferencia del anterior, no hace explícitas las concepciones sobre la economía nacional. Lo que en el plan aparece como "política económica" subyace teóricamente en este trabajo sobre "la distribución del ingreso". Lo primero que debe anotarse es la diferencia, crucial en este aspecto, entre "Las cuatro estrategias" del gobierno de Pastrana y "Para cerrar la brecha" del gobierno de López. Se habla ciertamente de lo mismo pero no en los mismos términos ni en el mismo sentido. Mientras que el primer plan partía de las preocupaciones por la marcha del aparato productivo frente a la distribución del ingreso (en el sentido al que se alude al comienzo), el segundo plan parte de la preocupación por las implicaciones "sociales" de la distribución. Mientras el primer plan esperaba mejorar la distribución a través de los aumentos del empleo y de la movilidad ocupacional, el segundo plan espera redistribuir a través de la política fiscal. Mientras las cuatro estrategias proponían una distribución ex-ante, "Para cerrar la brecha" propone una redistribución ex-post. En suma, mientras el primer plan convierte la distribución en una estrategia económica, el segundo la convierte en una "estrategia social" cuyos límites con la demagogia no son fáciles de establecer. Puesta la distribución del ingreso en un contexto semejante, se comprende con facilidad el sentido "social" de la distribución del ingreso y de los restantes "programas sociales" del gobierno que figuran en "Para cerrar la brecha". Tanto la política de ali-

mentación y nutrición, como la política educativa e incluso la política agrícola, descansan sobre la eficacia de los mecanismos redistributivos de la política fiscal. Aunque no es éste el lugar para un examen de estos puntos, la lectura de "La distribución del ingreso" en la perspectiva de su relación con el plan de desarrollo puede contribuir a esclarecer las implicaciones políticas de éste.

JESUS ANTONIO BEJARANO

 EDITORIAL LATINA

BOGOTA: Calle 18, No. 6-16 - Tel. 82 42 25
Cra. 40, No. 25A-20 - Tel. 44 06 75

Próximamente:

Avenida 19 y Avenida 3a.
Centro Comercial Procoil

QUITTO: Facultad Jurisprudencia,
Universidad Central

IBAGUE: Calle 12, No. 3-51

LIBRERIA - GALERIA

Originales y reproducciones de Guayasamín



EDITORIAL LA OVEJA NEGRA

APARTADO AEREO 51022. — TEL. 45-16-48
MEDELLIN — COLOMBIA

CUADERNOS LA OVEJA NEGRA

3. Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Tercera edición, 84 pp.
4. André Gunder Frank, Rodolfo Puiggrós y Ernesto Laclau, *América Latina: ¿Feudalismo o capitalismo?*, Tercera edición, 152 pp.
5. Nguyen Khac Vien y Vo Nhan Tri, *Breve historia del neocolonialismo norteamericano*, 176 pp.
6. Estanislao Zuleta y ANUC, *La tierra en Colombia*. Segunda edición, 160 pp.
7. Bernard Carrère, Paul Sweezy, Gabriel Kolko, Vo Nhan Tri, Jean Paul Vigier, Houari Boumedienne y Fidel Castro, 1974: *Crisis estructural del capitalismo (Crisis energética - Crisis política)*, 148 pp.



BANCO DE AMERICA LATINA

el banco que le da la mano

BOGOTÁ. Principal: Cra. 8ª No. 15-73, conmutador 348060.
Oficina El Lago: Cra. 15 78-39. Oficina Niza: Calle 120 52-12. Oficina Parque Nacional: Cra. 8ª 37-08. Oficina Pepe Sierra: Avenida 19 116-37. Oficina Sector Industrial: Calle 9ª 39-01. Oficina Marly: Cra. 13 No. 49-35.
Sucursal Cartagena: Avenida Daniel Lemaitre No. 8A-51
Sucursal Cali: Edificio Seguros Bolívar, Cra. 4 No. 12-41, Apto. 41-41

CUADERNOS COLOMBIANOS

Tarifa para suscripciones:

COLOMBIA, Correo Nacional	\$ 200.00
EXTERIOR, Correo Aéreo	US\$ 10.00

Los cheques o giros deben enviarse a nombre de:

Editorial LA CARRETA

Apartado Aéreo 51968, Medellín (Colombia)

Libros de la Carre

PROBLEMAS COLOMBIANOS

Alejandro López, C.

2^a Edición

"Problemas Colombianos", publicado por primera vez en París por Editorial París-América en 1927, analiza algunos de los obstáculos que encuentra el desarrollo de la economía del país. Es particularmente notable la lucidez del análisis sobre el problema agrario y el consecuente planteamiento, formulado en 1927 por este ideólogo del liberalismo, de una política agraria que resulta radical comparada con cualquiera de las que se han ejecutado desde entonces y que plantea problemas que aún hoy enfrenta el país.